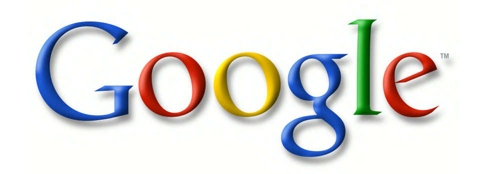
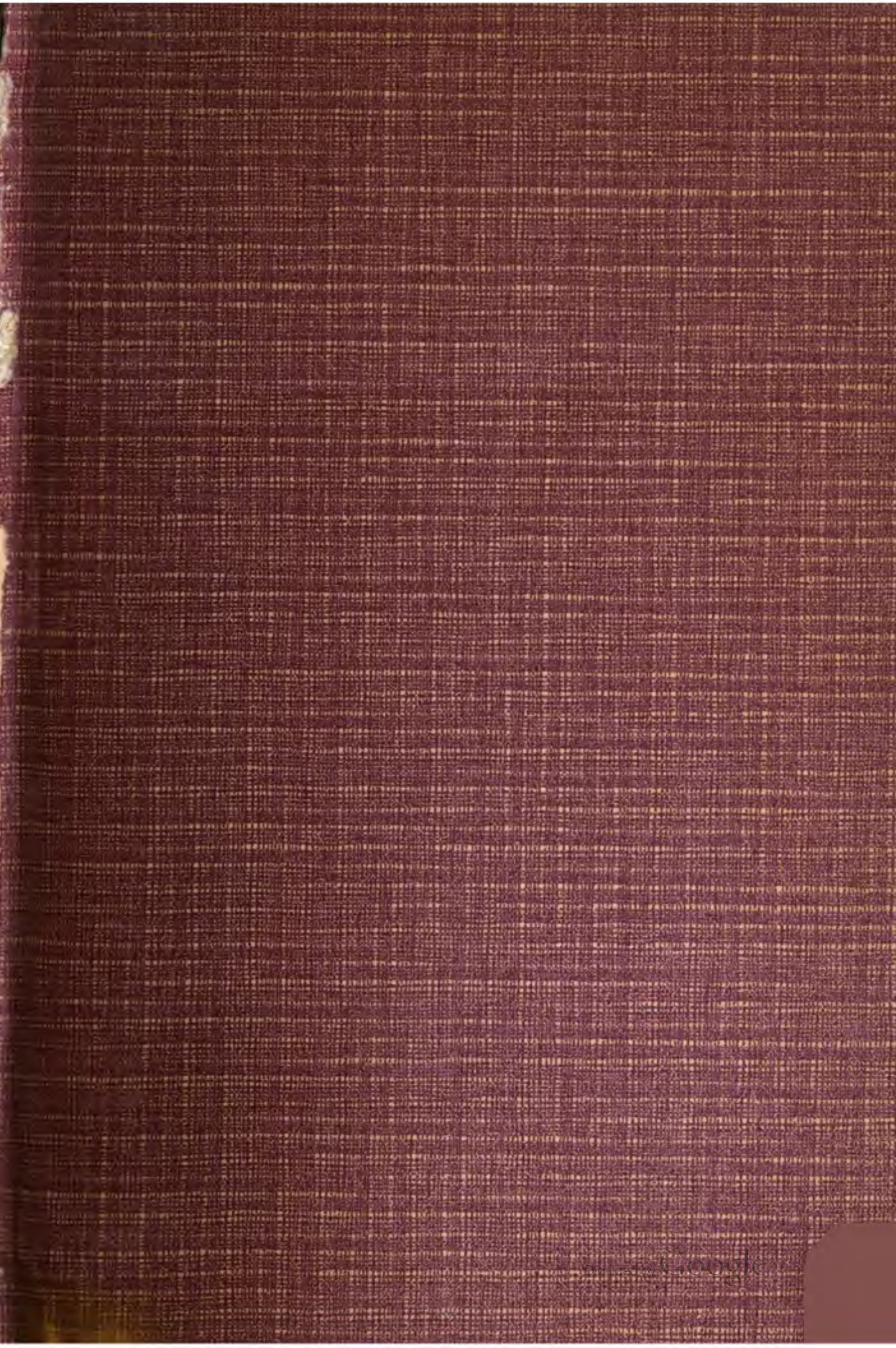


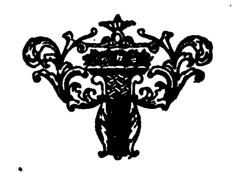

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



SOMBRAS QUE PASAN

RAIMUNDO CABRERA

SOMBRAS QUE PASAN



HABANA

IMPRENTA «EL SIGLO XX»
DE AURELIO MIRANDA
TENIENTE REY, 27
1916

PREFACIO

Son escenas reales las que relato en estas páginas. Las he vivido y las he sentido.

La leyenda sentimental de unos amores juveniles e inocentes se enlaza con la elegía de la patria. Los personajes "pasan" en mi recuerdo como "sombras" en un horizonte lejano, que tiene fulgores indefinidos; luces de aurora y crepúsculos de ocaso.

Los que quieran que todo se olvide, que no me lean. Los que piensen que el alma nacional debe depurarse recordando las penas y martirios de anteriores generaciones, no arrojen este libro, que en cierta manera evoca melancólicamente el triste pasado.

I

SE ALQUILA UN CUARTO

Al terminar el Dr. Bernardo del Riesgo la explicación elocuente de las circunstancias agravantes del delito, el grupo de estudiantes de derecho—que escuchaban deleitados—se disolvió alegremente por las galerías de la vieja Universidad, instalada en el Convento de Santo Domingo, y se esparció en los patios para aguardar la hora de otras lecciones y entretener su receso.

Ricardo, llevando su texto de Pacheco bajo el brazo, descendió la escalera central de tosca piedra y peldaños carcomidos y se dirigió apresurado a la puerta de salida. En el umbral le detuvo la concurrencia que en aquella hora invadía el tramo de la calle de O'Reilly cruzando la de Mercaderes.

Pasaba en dirección al Parque de Isabel II la banda del Quinto Batallón de Voluntarios ejecutando un paso doble y precediendo a los piquetes en marcha que acababan de ser relevados en los cuerpos de guardia de los Palacios del Capitán General y del General Segundo Cabo y del Cuartel de la Fuerza.

Seguía la carrera militar, llenando las dos aceras de la estrecha calle y renovándose sin cesar, la muchedumbre de pilluelos y de ociosos que en las ciudades forman siempre la más nutrida masa de las procesiones militares, religiosas o cívicas, y a las puertas de los establecimientos de comercio, que tenían en aquel sitio de la capital su centro, asomaban sus rostros entusiastas los mercaderes y sus dependientes.

—¡Viva España!—gritaba con voz estentórea alguno de los que marchaban en las filas. —¡Mueran los insurrectos!—respondían otros gritos uniéndose a las vociferaciones del populacho.

Ricardo contempló mudo y extático aquel desfile sin cambiar una palabra ni una mirada de protesta con otros estudiantes detenidos como él en la puerta, y cuando la vía quedó despejada emprendió su marcha, si-

lencioso, por la calle de San Ignacio en dirección a la Catedral.

Las esquinas estaban llenas de coches, carros y vehículos diversos que habían sido detenidos por el desfile de la tropa y cruzó difícilmente y volteando entre ellos sin oir las blasfemias de los aurigas y carretoneros, ni asombrarle verles las cabezas cubiertas con la boina roja vizcaína, los pies con alpargatas, sin medias, el vientre y las piernas con pantalón de cáñamo y el busto con camisetas de punto, sudorosas y amarillentas...

Dejó atrás el Colegio de Escribanos, el edificio de dos pisos gacho que cerraba la plazoleta de la Catedral y que a esa hora era invadido por gente de curia y justicia, pasó por bajo los portales del palacio de los marqueses de Aguas Claras, convertido en mercado ambulante de juguetes, locería y baratijas, ladeó el antiguo templo de la Catedral y al llegar frente a las puertas del Seminario de San Carlos torció su paso a la izquierda por la estrecha calle de Tejadillo.

En esta vía, aún no empedrada en aquella época—el mes de octubre de 1870—cesaba el bullicio matutino de la ciudad. Empezaba el barrio silencioso de las residencias

particulares, sin tiendas, oficinas, ni cuarteles, y el número de transeuntes era escaso.

Ricardo se sintió reanimado en aquella soledad y silencio relativos y dirigió su mirada a uno y otro lado de la calle.

Sus ojos tropezaron con un cartel blanco, cuadrado, clavado con puntillas a través de un corcho en cada una de sus puntas, que decía, con letras entintadas y borrosas:

"Se alquila un cuarto a hombre solo."

Maquinalmente se detuvo. Un cuarto en casa de familia, en lugar tranquilo, era lo que precisamente necesitaba.

El edificio era de un solo piso, bajo, techado de tejas, con una gran puerta de zaguán al frente y dos ventanas de rejas anchas y sólidas con postigos.

Puesto un pie sobre el quicio de la gran puerta, elevado sobre el nivel de la vía, otro apoyado en el piso interior y el cuerpo inclinado hacia afuera, estaba en esos momentos una mulata esbelta, alta, de cutis claro y pelo lacio peinado hacia atrás, vestida de listado azul con el talle corto, que dejaba ver su cuello robusto descubierto, y adivinar el nacimiento de los senos redondos y abultados. Sus ojos negros, brillantes, son-

deaban con curiosidad los extremos de la calle, como si buscasen o esperasen a alguien.

Ricardo se acercó y le preguntó cortésmente:

—¿Puedo ver el cuarto que se alquila?

—La señora no está levantada—contestó ella mirándole fijamente—, pero *su mercé* podría ver el cuarto ahora o volver luego.

—Deseo verlo ahora...

—¡Ah!—exclamó la mulata, que acababa de divisar en la calle el objeto que antes buscaba.—Espéreme el *niño* un momento—y saltando el quicio pasó al otro lado de la calle a encontrarse con un mulato joven, apuesto, correctamente vestido, que venía en dirección del Seminario; cambió con él algunas palabras en voz baja, le estrechó la mano con efusión y precipitadamente volvió a donde la estaba aguardando Ricardo...

—Perdone *el niño*—le dijo.

—Yo no molesto; yo volveré...—contestó él.

—No, *niño,* venga—exclamó sonriendo ella—es que tenía que decir algo a ese mulato y ya se lo dije...

Ricardo dirigió una mirada de excusa al mulato aludido, de pie en la acera opuesta, que le contestó con un gesto respetuoso y una

sonrisa de asentimiento, y entró precedido de la criada en el zaguán.

La casa era una de aquellas antiguas construcciones de un solo piso que, por la amplitud de los patios y salas y de los aposentos levantados a uno y otro lado de aquéllos, constituían el único *confort* de las residencias habaneras.

Del zaguán, separado de la gran sala por un tabique con puerta de reja, se pasaba a la antesala o recibidor, destinada muchas veces para comedor y separada del primer patio por arcos de mampostería cerrados con grandes puertas de persianas y medios puntos de cristales de colores.

A cada lado del primer patio se veían las puertas y ventanas de grandes cuartos; al fondo otro cierre de arcos y de persianas—para un salón propiamente destinado al servicio de las comidas—con cuartos a los lados; a continuación un segundo patio, más pequeño, también con cuartos laterales y el cierre en el fondo de un cobertizo destinado a cocina, caballerizas y barbacoas para albergue de los sirvientes.

Ricardo llegó precedido de la mulata al segundo patio sin encontrar alma viviente, pues todas las puertas y ventanas se halla-

ban cerradas y los habitantes parecían estar aún recogidos; a la izquierda del patio la doméstica le mostró el cuarto vacío. Recibía la luz por una ancha puerta y una media ventana en el testero, con bastante espacio para su cama, su baúl, la mesa y la silla de estudio y sobre todo descubría desde él un gran pedazo de cielo azul y lo inundaba la brisa de la mañana.

—¿Cuánto gana?—preguntó.

—Espere *su mercé* un momento—contestó la criada, y volvió hacia el interior de la casa.

A poco regresó exclamando:

—La señora se ha levantado y viene en seguida: siéntese; y le acercó un taburete de cuero que sacó de la cocina inmediata.

Ricardo se sentó dándole gracias y mientras la doméstica volteó por el patio y la cocina atendiendo sus labores, vió entreabrirse ligeramente el postigo cerrado del cuarto de enfrente y a través de la rendija unos ojos negros y brillantes fijos en él, en un rostro de mujer, joven y bello. Apartó su mirada discretamente para someterse a la curiosa inspección de que era objeto...

La señora de la casa no tardó en llegar. Era una mujer de unos cuarenta años, del-

gada, cubierta sencillamente con una bata de muselina, ceñido el cabello alisado con una cinta, y con un rostro dulce y melancólico que atraía a la primera impresión.

—¿Le conviene el cuarto?—preguntó mirando fijamente al joven y bien impresionada por su aspecto y modales.

—Sí, señora—contestó él—; me conviene porque busco una habitación clara y tranquila.

—Clara sí lo es—contestó ella—; pero no sé si tranquila, porque hay niños y mucha gente en la casa.

—Yo lo ocuparé sólo de noche al recogerme y de mañana... antes de esta hora en la que parece que todos duermen.

—¿Trabaja usted fuera?—preguntó la dama.

—Sí, señora; soy estudiante y doy clases durante el día en un colegio.

—¡Ah! pues convenimos ambos—dijo ella.

—Y ¿cuánto gana la habitación?

—Media onza por mes y fiador.

—¿Fiador?...—replicó vacilante Ricardo.—¿Le convendría el mes adelantado?

—Bien—dijo ella después de un momento de reflexión—; me parece usted buen sujeto: acepto el pago adelantado.

Ricardo registró sus bolsillos, sacó de una cartera escuálida dos doblones de a cuatro y los entregó a la dueña.

—Tendré que darle un recibo: espere.

—No se ocupe usted, señora; cuando traiga mis muebles me lo dará usted. Hasta la vista y gracias.—Y se dirigió a la calle a través de los patios.

Cuando atravesaba el comedor oyó una voz argentina que preguntaba por el postigo entreabierto:

—¿Alquiló ese jovencito el cuarto, Cándida?

—Sí—contestó la señora.

—¡Qué me alegro—gritó la misma voz desde adentro.—Parece muy simpático.

II

LA PRIMERA NOCHE

Próximamente al obscurecer, entre dos luces, como si quisiera recatar la modestia de su equipaje, regresó Ricardo a su nuevo alojamiento.

Juana le recibió en la puerta y le precedió otra vez al cuarto.

En el primer patio estaban dos niñas juguetonas que quedaron extáticas y en silencio al ver entrar a Ricardo y al carretonero llevando al hombro parte del equipaje y en seguida corrieron gritando:

—¡Es el inquilino nuevo! ¡Cándida, aquí está el hombre que alquiló el cuarto!

A estos gritos asomó su rostro simpático en la segunda saleta la señora de la casa, saludándole y aquietando con gestos a las chicuelas.

En la segunda saleta estaban sentadas otras dos mujeres; la una, con marcado aspecto de enferma, pálida y flaca; la otra, una niña de unos trece años, de rostro angélico y alegre, rosada y fresca como una flor temprana, la cual se puso de pie a la entrada del joven y lo contempló azorada.

Al entrar en el segundo patio Ricardo intuitivamente dirigió la mirada al cuarto de la derecha buscando el rostro y los labios que ocultos tras el postigo le dieron por la mañana la credencial de simpático.

La puerta del cuarto estaba abierta de par en par y cerca de la ventana se hallaba una mujer joven sentada, de espaldas ante una máquina de coser, abstraída en el trabajo.

Cuando levantó y volvió el rostro al sentir los pasos y la gritería de las niñas, ya Ricardo se dirigía al umbral de su nueva habitación y apenas tuvieron tiempo de cambiar sus miradas; pero Ricardo lo tuvo bastante para divisar las líneas de un semblante trigueño y expresivo.

El carretonero fué trayendo uno tras otro los objetos del modesto mobiliario.

Una camita de madera que entre ambos armaron y colocaron en el ángulo interior de la habitación, una mesita de noche, un

palanganero de metal con sus garrafas y vasijas, un sillón de brazos, una silla de roble, una mesa sencilla de cuatro patas con su tapete que colocaron junto a la ventana y sobre ella una lámpara de petróleo con pantalla verde, un tintero, plumas, lápices, un cartapacio lleno de papeles y un estante de pino de cuatro tablas repleto de libros.

Al terminar estas operaciones y retirarse el cargador, asomó su rostro complaciente la mulata Juana.

—¿Quiere el niño que le ayude en algo? —preguntó.

—Ya que eres tan buena—le contestó Ricardo—ayúdame a hacer la cama.

La criada entró diligente en el cuarto y esperó a que el joven extrajese del gran baúl, dos sábanas, dos fundas, una frazada de lana y una colcha o cubierta de piqué blanco, bordado y con flecos; con cuyas piezas quedó vestido prontamente el lecho limpio y sencillo del mancebo.

—¿De dónde tomaré el agua?—preguntó el joven.

—De aquella llave—contestó la doméstica, señalándole en el fondo del patio un tubo descubierto con llave metálica dorada que goteaba sobre la boca de un caño, y ella

misma llevó y llenó las garrafas que colocó en su sitio.

—¡Qué buena eres!—exclamó el joven encantado con la amable solicitud de la sirviente. Ayúdame ahora a preparar la lámpara porque es de noche.—Efectivamente, el último rayo de luz solar se había disipado y la sombra crepuscular obscurecía la habitación. Mientras la mulata encendía el mechero y colocaba en su sitio el bombillo y la pantalla, Ricardo desde la puerta volvió su mirada curiosa al cuarto de enfrente. Estaba cerrado, pero a través de las rendijas de la puerta y de los postigos abiertos de la ventana y de las cortinillas tupidas que lo cubrían por dentro, observó que también se habían encendido en él luces y la sombra de la joven interesante, moviéndose en la habitación, acaso haciendo su tocado.

Al mismo tiempo que se daba cuenta de esto, observó que detrás de las persianas de la saleta inmediata, que se abrían y cerraban con cuidado, le miraban fijamente los ojos penetrantes de la bella niña de trece años, a la cual saludó con una sonrisa que no tuvo respuesta, pues huyó al verse sorprendida.

—¿Necesita algo más el niño?—le pre-

guntó en este momento Juana que había ya encendido la lámpara.

—Sí, hija mía, ayúdame a poner este cuadro.

Una puntilla clavada en el testero de la cabecera facilitó la operación de colocar un marco dorado con la fotografía de una anciana.

—Creí que era un santo—dijo la mulata.

—Ya lo ves—dijo Ricardo—, es más que santo, es el retrato de mi madre.

—¡Qué linda es! ¡qué venerable!—exclamó la sirviente... y luego, mirando al joven dulcemente, continuó con espontaneidad:—el niño debe ser muy bueno.

—Quiero serlo, hija; pero tú lo eres también, que me has servido tanto. Toma; guárdate este pañuelo de seda para que veas que soy agradecido.

—¡Ay, qué rico!—gritó Juana dando vueltas en sus manos al regalo.—No se prive de él el niño; no merecía tanto.

—Llévalo, que sí lo mereces...

En ese momento se abrió la puerta de enfrente y la joven trigueña, sencilla pero elegantemente vestida, salió al patio y se dirigió a la antesala...

—¿Quién es esa señorita, Juana?

—Es la niña Sunta.

—¿Sunta?

—Sí; así la llaman: es una niña muy buena, no tiene padre ni madre: perdió su padre de una manera horrorosa... la señora Cándida la tiene recogida y la quiere mucho; cose para afuera y le cose también a ella. Trabaja mucho, la pobre. Ahora va a la sala a recibir a su novio y a conversar con él hasta las diez: la señora lo permite porque es un joven decente... y ella es muy honrada.

—Pero, ¿tiene novio?

—Sí, niño; y van a casarse pronto... ¿El niño no tiene novia?...

—No, muchacha—contestó Ricardo, no sin sentir cierta contrariedad al saber el compromiso de su vecina;—no tengo tiempo para eso; soy pobre, trabajo y estoy estudiando para hacerme abogado... Mi único amor es la de ese retrato: mi madre...

—Cuando digo que el niño es muy bueno... Si algo más necesita el niño me llama y le serviré gustosa.

—Gracias, voy a estudiar ahora; apenas si necesito nada.

Al salir la mulata Ricardo enjugó su rostro, cansado por la tarea de la tarde, arrimó

la silla a la mesita de trabajo, escogió del estante los libros necesarios; se sentó y dobló meditabundo las miradas sobre las páginas.

La saleta inmediata se hallaba iluminada; desde el sitio en que estaba sentado, por la puerta abierta, pudo ver que pasaba dos o tres veces, y a intervalos, la niña fresca y sonriente de trece años, echando miradas curiosas para su cuarto.

Después... entregó su pensamiento a la labor, absorto en el trabajo; y cuando las campanas del reloj de la Catedral tañeron las diez con sones melancólicos, cerró la puerta; se desnudó, apagó la lámpara y se echó en el lecho casi dormido sin darse cuenta de que en la saleta inmediata tertuliaban la niña Sunta, la señora de la casa y la niña de trece años... y de que Juana les informaba en voz baja, respondiendo a sus preguntas: cómo estaba amueblado el cuarto; que el niño había pasado la prima noche estudiando; que parecía muy bueno; que le había regalado un pañuelo de seda porque lo había ayudado, y de que puso en la cabecera el retrato de una hermosa mujer anciana diciendo que era su única novia: su madre.

—Es interesante el jovencito—dijo Sunta. Hay que tratarlo.

—Parece muy fino y comedido—dijo la dueña de la casa.

—¡Qué bobo!—exclamó la niña de trece años riendo. Estudia de noche; se pondrá calvo.

III

EN LA UNIVERSIDAD Y EN EL COLEGIO

A las seis menos diez minutos de la mañana, abrió Ricardo la puerta de su cuarto: ya vestido y acicalado.

En toda la casa reinaba profundo silencio, pues nadie más que él podía estar levantado a hora tan temprana. Necesitaba salir y registró con avidez el patio buscando quien le abriese la puerta de la calle. No había tenido la precaución de anunciar su salida matinal a Juana.

La puerta de la cocina se abrió y vió salir de ella a un negro viejo, de *pasa* canosa, abrigado con un chaquetón negro de felpa, cubierta la cabeza con un sombrero de pajilla de alas anchas, y llevando en la mano derecha colgada de dos cuerdas a manera de asa, una cesta de paja.

—Buenos días, amo—dijo.—¿Qué desea el niñito?

—Buenos días, *taita*—contestó Ricardo.

—Necesito salir; voy a mis clases.

—Venga el niño conmigo; yo también salgo, porque voy a la compra de la plaza.

Y cruzaron los dos patios y la saleta y llegaron hasta el extremo del zaguán junto a la puerta de la calle.

En el espacio vacío que dejaba un coche de cuatro ruedas, arrimado a la pared, cubierto con un forro de tela de cáñamo con dos letras iniciales bordadas a su frente, J. C., y a través del que salían y se elevaban al techo las dos barras delanteras del vehículo, sobre un catre de tijeras, de rusia, sin coberturas, dormía un negro rollizo que roncaba con fuerza denunciando unos pulmones anchos y sanos.

—Juan—dijo sacudiéndole el viejo cocinero—, levántate, que van a dar las seis.

Juan abrió los ojos y saltó de la cama: estiró los dos brazos hacia arriba echando el cuerpo hacia atrás; con la boca abierta, dejó ver sus dos filas de blancos dientes, al dar un largo bostezo.

—Aligérate—repitió el viejo—que el niño necesita salir.

—¡Ah!, perdone el niñito; no lo había visto—exclamó el portero recobrándose y sacan-

do del bolsillo de su pantalón una gran llave de hierro que introdujo en la cerradura del ancho postigo y dió franco paso a la calle a Ricardo y al viejo cocinero.

El joven con sus libros en la mano siguió apresurado su camino hacia la Universidad. En los corredores y patios del antiguo convento secularizado, de paredes carcomidas vestidas de lechadas blancas, y pobremente convertido en cátedra, apenas había aún una docena de estudiantes paseando por la galería abierta o sentados en los quicios de las puertas, repasando los textos, platicando y aguardando la próxima llegada del catedrático. Ese día tocaba la lección al civilista Dr. A. Prudencio López, a quien los años y la dedicación a la enseñanza no habían quitado la costumbre de acudir a la clase en la primera hora de la mañana.

Ricardo se dirigió al último ángulo interior del atrio a reunirse con un joven que parecía engolfado en la lectura.

—¿Qué noticias hay?—le preguntó en voz baja Ricardo.

—Toma el libro—contestó con naturalidad el otro—; dentro está la correspondencia de New York, el último número de *La Verdad* y lo demás. Llévalo, en seguida que



salgas, a Chavarre, y que mande todo lo que tenga mañana mismo para que lo lleve el vapor *Missouri* que sale a la una.

—¿Van bien las cosas, Julián?—murmuró Ricardo.

—Perfectamente. Si llega la expedición que esperan en Camagüey los generales García y Betancourt, en seguida estarán invadidas las Villas. El *Hornet* la traerá... No hablemos más, no llamemos la atención; vamos a clases, que ya está ahí el Catedrático.

Los dos jóvenes conspiradores, separándose, subieron apresurados las escaleras y asistieron aplicados a la lección, sin acercarse ni cambiar más una sola palabra.

Al terminar la clase, a las ocho, Ricardo, después de cambiar saludos y frases cordiales con algunos de sus compañeros, se encaminó a la puerta y siguió hacia las afueras la calle de O'Reilly, llevando apretado bajo el brazo como un tesoro entre sus libros el que Julián le había entregado.

Al llegar a la calle de Compostela dobló a la derecha por el frente del convento de Santa Catalina y continuó su marcha hasta la esquina de Tejadillo. Allí penetró en el zaguán de un viejo edificio de dos pisos y saludando con un breve *buenos días* a un

portero vestido de soldado voluntario, con blusa y pantalón de rayadillo azul, gorra de cuartel y en las mangas dos grandes galones de cabo, ascendió a saltos una escalera de piedra con la franqueza del que entra en casa propia: pasando un vestíbulo penetró en un gran salón que estaba atestado de niños sentados en largos bancos paralelos, con pupitres fijos e inclinados sobre éstos en estudio. En el centro del salón un profesor silencioso y grave de barba rubia y cabello escaso prematuramente cano, tendía su mirada reflexiva y solícita sobre aquel rebaño. Era el salón de estudios del colegio Santo Angel.

Ricardo atravesó el salón y llegó hasta la mesa del pedagogo.

—Buenos días, Chavarre—le dijo en alta voz—: aquí te dejo mis libros—y puso sobre la mesa los que traía bajo el brazo. Y agregó en voz muy baja, casi a su oído: —Traen la correspondencia.

—Bien—le contestó Chavarre, también en voz queda—: al terminar las clases a la tarde, ve a mi cuarto—; y, en seguida, poniéndose de pie, gritó: —¡La clase de historia del Sr. Campos!

Más de una veintena de niños abandona-

ron las carpetas y siguieron disciplinados, cariñosos y sonrientes a Ricardo por la galería del fondo hasta un gabinete de clases.

—¿Qué nos toca explicar hoy?—preguntó Ricardo cuando estuvieron en sus puestos atentos y callados.

—Esparta—gritó uno.

—Hasta las Termópilas—gritó otro...

—¡Ah!, bien: pónganme atención que es asunto muy interesante. Y aquel joven estudiante y profesor casi niño, en cuyos labios asomaba el primer bozo, que a los diez y nueve años escasos madrugaba para asistir a clases, que pasaba el día entregado a las duras tareas de la enseñanza para subsistir con exiguos honorarios y la prima noche la dedicaba a sus propios estudios encerrado en estrecho cuarto, con palabra fácil, con frase persuasiva y elocuente, con arte de maestro y un tono expansivo que revelaba su sentimentalismo y sus ideales, explicó a los tiernos alumnos, arrobados mientras le oían, el nacimiento y la formación de la República de Esparta y sus hechos heroicos, pintándoles con colores impresivos las virtudes patrióticas de los espartanos.

IV

LABORANTES ESCOLARES

Sin haber cumplido aún los treinta años, Chavarre tenía el aspecto de los hombres maduros: la frente ancha y arrugada, la mirada marchita; el entrecejo fruncido como si un turbión de ideas llenase constantemente su cerebro, pero en los labios cubiertos por un bigote castaño veteado de hilos blancos, vagaba constantemente una sonrisa bondadosa y resignada.

A la hora prefijada, las cuatro de la tarde, en que habían concluído las clases, Ricardo subió al cuarto del pedagogo situado en el tercer piso del edificio al fondo del largo salón dormitorio de los pupilos.

—Echa la llave—le dijo Chavarre—y cubre el hueco de la cerradura.

—¿Sospechas que nos vigilan?—preguntó Ricardo.

—Hay que sospechar de todo y de todo el mundo. ¿Quién te dice que hasta entre esos muchachos inocentes que enseñamos no haya un espía? Apresurémonos para bajar en seguida.

Sobre la cama estaba el libro que Julián había entregado por la mañana en la Universidad. No era un libro: era una caja de cartón artificiosamente disfrazada con la cubierta, los lomos impresos y las hojas aparentes y que se abría por un resorte casi invisible. De su interior extrajo Chavarre varios pliegos cerrados y unos periódicos; abrió uno de los primeros y lo leyó con avidez.

En seguida sacó de un armario un grueso pliego, un paquete abultado y lo colocó cuidadosamente dentro del libro.

—Ricardo—dijo poniéndolo gravemente en manos del jovencito: ten conciencia de tu misión y de tu deber. A ti y a mí están confiados ahora los destinos de la revolución. La fatalidad nos persigue y vemos que ya quedan pocos para llenar estas misiones. Ten tu ánimo preparado para vencer todas las dificultades y corazón y valor para el peligro.

Nuestros mejores amigos han muerto o

están en el presidio y en el destierro. Hay que vencer o morir. Oyelo bien: nuestro puesto en la ciudad y entre los enemigos es de más peligro que en los campos. Sé valiente, sigiloso, astuto y activo.

—No temas, Chavarre—replicó con firmeza y mirándolo con resolución—: me siento capaz de todos los heroísmos.

—Lo sé; por eso te hablo así. En este libro has traído la correspondencia de la Junta de New York para los jefes de Occidente que han de apoyar, con un nuevo levantamiento, la invasión de las Villas por el ejército revolucionario de Camagüey, y aquí llevas, ahora, las comunicaciones de ellos y una gruesa suma, la recolección del mes por los empleados del Ferrocarril de Villanueva... Cuida ese tesoro, Ricardo, con tu vida, y entrégalo a Julián mañana mismo...

—No temas; lo haré como dices.

—Pasado mañana estaré fuera: iré yo mismo a Matanzas a llevar esos papeles y no regresaré hasta el lunes; no digas a dónde he ido, y ahora, que hemos terminado, abre la puerta y sigue platicando de las clases, de tus estudios, de todo, menos de eso... ¡Ah! cuídate mucho del portero, del cabo

improvisado que nos da con su apariencia patente de españolismo... cuídate de todos... que estamos vendidos...

Ricardo abrió la puerta y ambos compañeros siguieron su conversación sobre asuntos triviales hasta que sonó, a las cuatro y media, la campana llamando al refectorio...

Ricardo bajó la escalera llevando en la mano el libro... y al llegar al último peldaño se detuvo Chavarre y le dijo brevemente con voz profunda y conmovida:

—Se me olvidaba, oye. Si en uno de los viajes que hago, me pierdo... te recomiendo a mi buena madre que vive sola, anciana y triste en Batabanó... Ha sido una mujer muy desgraciada, una mártir... Si tú te salvas del naufragio revolucionario, sé para ella un amigo, ya que no tenga lo único que le quedaba en el mundo... el amor de su hijo. ¿Me lo prometes? —¡Te lo juro! Y ambos entraron en el refectorio y se sentaron en las cabeceras respectivas de dos grandes mesas, y comieron tristes su pan departiendo con los alegres colegiales.

V

EL RECIBO

Ricardo llegó a su habitación casi al obscurecer como en el día anterior. En la segunda saleta se hallaban con aspecto indiferente, pero, sin duda aguardando su llegada por curiosidad, para conocerle más, la señora de la casa, la enferma y la niña de trece años.

—Caballerito—le dijo la primera contestando su saludo—; no le he dado aún su recibo... no sé su verdadero nombre...

—Excuse usted dármelo; señora, cuando venza el mes...

—¡Ah! no señor, los negocios en regla. Siéntese; haga el favor de esperar un momento...

—Tendré el gusto de sentarme por estar con ustedes; pero no se moleste.

—¡Ah, no! Tengo que dárselo. ¡Juana!, ¡Juana!, trae mi carpeta y el tintero...

La sirvienta imprescindible y eficaz trajo los recados de escribir.

—Toma, Elisa, escribe tú y yo lo firmaré...

—No... dijo la niña de trece años ruborizándose, yo tengo muy mala letra.

—Pues ya que se empeñan—dijo cortésmente Ricardo—hágalo usted con su mala letra para tener el honor de guardar su autógrafo...

Elisa le miró con sus grandes ojos azules penetrada por aquel rasgo de galantería... y luego dijo:

—Bien, lo haré, pero que no se fije en mi ortografía...

—Es usted tan modesta, niña, que espero que su escritura será perfecta—y contempló de lleno el rostro encantador de la amanuense que inclinó en seguida la cabeza sobre la carpeta.

—¿Cómo es su nombre?—preguntó la señora Cándida.

—Ricardo del Campo.

—¿Es usted pariente del abogado del Campo?—preguntó con voz tenue la enferma.

—No, señora; no tengo parientes en la

Habana; mi familia es del interior de la Isla.

—¿Tiene usted mucha familia?—volvió a preguntar la señora Cándida.

—Soy huérfano de padre, desde muy niño; mi madre reside en Cruces con una hermana soltera; tenía un hermano mayor que yo y... ha muerto el año pasado... lo ma... —y cortó esta palabra, dándose cuenta de que había hablado demasiado.

—¿Lo qué?...—preguntó indiscretamente la señora sin respetar el mutismo súbito del joven.

Pero éste no vaciló ya y agregó:

—Iba usted a dictar el recibo.

—¡Ah! es verdad.—E hizo el dictado a Elisa, quien escribió con mano ligera, y lo firmó después entregándolo a Ricardo.

—¡No lo decía yo!—exclamó éste—: letra arrogante y ortografía correcta.—Mirando luego a la niña añadió sonriente:—lo pondré en un cuadrito para muestra de escritura en mis clases...—y despidiéndose se dirigió a su cuarto...

—¡Qué amable!—murmuró la enferma.

—¡Qué fino!—dijo sonriendo la niña.

—¡Qué interesante!—repitió la señora Cándida.

Ricardo cerró su cuarto, colocó cuidadosamente entre los del estante el libro que no había dejado un momento de la mano: encendió la lámpara, mudó de traje y volvió a abrir de par en par la puerta, mirando cerrada la de la vecina del frente, y se acomodó luego junto a su mesita de trabajo...

Antes de absorberse en el estudio resumió en su memoria todos los accidentes del día: el encuentro con Julián en la Universidad; las palabras de Chavarre; la recomendación de la madre mártir; miró al estante para asegurarse de que estaba allí ignorado y seguro su tesoro revolucionario.... y mientras abría y hojeaba el texto para apoderarse de la lección del día siguiente en la Universidad y levantaba sus ojos de las páginas, percibió dos o tres veces a través de las persianas el busto de Elisa, que pasaba recatándose de la saleta a los cuartos, y su rostro de colores rosáceos con grandes ojos azules que lo buscaban...

VI

EL BOTERO

Al llegar al patio de la Universidad en la mañana siguiente, Ricardo encontró en el mismo sitio que en la anterior a Julián, solitario, engolfado en la lectura.

—Todo está hecho—le dijo.—Toma mi libro y préstame el tuyo;—y con ademán de examinar el texto que Julián leía, se sentó a su lado en el escaño y simuló comentar la lección que aquél repasaba.

—Ricardo—murmuró Julián—, eres un bravo muchacho y un patriota. ¿Te dijo Chavarre lo que traías en esa caja?

—Sí: dinero en billetes y un pliego.

—Bien; al terminar la clase me verás salir en dirección a la Plaza de Armas y al puerto. Sígueme a unos veinte pasos. Al llegar al muelle alquilaré un bote para ir a

Casa Blanca; cuando esté entrando en la lancha, acércate, pide pasaje para Regla y entra también en ella... Nada más; aléjate, pasea por el patio hasta que llegue el catedrático.

Ricardo se alejó hojeando su libro, y se mezcló en los grupos de estudiantes.

—¡Hola, maestro!—le preguntó uno—: ¿qué dice Julián el sabio?...

—Me explicó la teoría de Kant sobre la pena...

—Lástima que sea tan misántropo—dijo otro—: se da poco, siempre solitario; pero hay que quererlo porque sabe mucho y es muy bueno: hasta el catedrático lo respeta.

—Es mi protector—agregó Ricardo—; por su recomendación tengo clases con que gano la vida y puedo pagar mis matrículas; me distingue y le quiero.

—¡Callarse!, que está ahí el Doctor.

Y el grupo de estudiantes se abalanzó a la escalera de piedra a seguir los pasos del catedrático que las ascendió lentamente, saludando y sonriendo a los alegres y bulliciosos estudiantes.

Al terminar la clase Ricardo cumplió al pie de la letra las instrucciones de Julián.

Le siguió a distancia en el trayecto indi-

cado. Pasaron por las puertas de la capilla de Santo Domingo, en cuyos peldaños tendía sus manos a los transeuntes y a las beatas que entraban o salían una doble hilera de mendigos; a la izquierda, en la acera opuesta sobre la esquina de Mercaderes, el café *La Dominica* estaba ya a esa hora lleno de corredores y negociantes, que ocupaban las mesas de la ancha sala tomando el desayuno, o rodeaban la cantina, el largo mostrador de caoba inmediato a la entrada, apurando copas durante su plática; en la esquina de Tacón la fonda *El Correo,* tenía su comedor más modesto, con numerosos comensales que tomaban el almuerzo a la vista de la calle; en los portales del palacio del Segundo Cabo los voluntarios del cuerpo de guardia, sentados en taburetes de cuero o de pie, tertuliaban y platicaban en voz alta sobre la insurrección; por la Plaza de Armas pululaban los ociosos paseando o sentados en los bancos de piedra de las avenidas y por la calle empedrada se aglomeraban los coches de alquiler y los carretones cargados de mercancías que iban o salían de los muelles, por las calles de Obispo y de O'Reilly, armando los aurigas ensordecedora gritería, estimulando con aullidos a los caballos o

dirigiéndose insultos y palabras groseras unos a otros para disputarse el paso; y en las aceras, en la calle, en la plaza, en las puertas de las tiendas y a la entrada del muelle, destacándose con profusión inacabable en la concurrencia los uniformes militares o, cuando menos, las escarapelas en los sombreros de jipijapa adornados de cintas verdes.

Ricardo pasó silencioso por entre los cargadores y empleados del muelle y se acercó al bote en que acababa de acomodarse Julián, preguntando en alta voz al botero que desamarraba la embarcación:

—¿Me lleva usted a Regla?...

—Con gusto, señor—contestó aquél—: por un *real*... éntre.

Ricardo se sentó en el bote bajo la cubierta cóncava de lienzo que cubría el puente, frente a Julián que estaba cercano a la popa, y el botero impulsando con los remos la embarcación, se alejó de la orilla; soltó la vela, y sujetando con su diestra el cabo de la tela cruzado por un engranaje en el borde de la cubierta, se puso en cuclillas junto al remo y dirigió el barco a la orilla opuesta.

—Tomás—dijo Julián, dirigiéndose al botero, sin hacer más movimiento que el de sus

labios—, mira a este joven; conócelo bien; él vendrá todas las semanas, los jueves por la tarde a las cuatro y los sábados por la mañana a esta hora, a llevar y traerte la correspondencia...

El botero y Ricardo se miraron fijamente.

—Ya lo reconoceré siempre—dijo Tomás—, que me conozca él y que se fije en mi bote, *La Asunción* y no nos equivocaremos.

—Los tres—agregó Julián—somos el correo de la revolución... De nuestro valor, serenidad y astucia depende el éxito.

—¡Viva Cuba libre!—dijo con voz sorda, con pasión y vehemencia Tomás.

—Calla—agregó Julián—; ahí tienes el libro; recógelo y ocúltalo con cuidado que contiene dinero y preciosos documentos.

—Descuida, Julián—dijo el botero inclinándose, como si necesitase voltear el cabo que tenía en sus manos, para tomar disimuladamente el libro misterioso colocado por Julián sobre el banco junto a la popa y echarlo bajo la tabla del banco en un cajón lleno de instrumentos, estopas y sogas—; hoy mismo, a las once, cuando lleve a bordo al sobrecargo del *Missouri,* lo pondré en sus manos.

—Ahora, déjame en Casa Blanca; y tú, Ricardo, sigue hasta Regla; darás un paseo por el pueblo y volverás a la Habana como un ocioso por el vaporcito. Hasta mañana.

Tomás, después de recoger la vela, arrimó el barco a la orilla; Julián puso en sus manos *un real* y saltó al muelle alejándose en silencio.

El botero volvió a empujar la lancha y sentándose en medio de ella movió ambos remos, la hizo pasar a través de la fila de barcos amarrados en los muelles y entonó en alta voz el cantar patriótico, popular en la soldadesca española de aquel tiempo:

"Con el tá y el té
Y el toma dame la mano
No me la des.

* * *

En las lomas de Bayamo
Con el tá y el té
Estaba Pancho Aguilera
Enseñando el ejercicio
A la canalla insurrecta."

Cuando el bote hubo volteado los muelles de los almacenes de Santa Catalina y enfila-

ba hacia los de la Empresa Vieja de vapores de Regla, en la ensenada solitaria que no cruzaban a aquella hora otros botes, cortó Tomás su canto y dijo:

—Ya ve usted, cubano, canto siempre esto entre esos boteros patones para que no me tengan por insurrecto. ¡Qué rabia! Hay que echarlos fuera.

Y volvió a cantar el *tá* y el *té* hasta acercarse al espigón de madera de Regla y dejar allí al silencioso viajero.

VII

LA COMISARIA

A medio día del sábado, Chavarre, llevando una maletica de viaje, se encaminó a la calle de Empedrado y se detuvo frente a la puerta del número 48. Clavado al muro en medio del testero entre la gran puerta y la ancha ventana, un farol cuadrado de cubierta y ensambladuras de lata con vidrios blancos y rojos mostraba en su frente este letrero en caracteres negros:

"Comisaría de Policía del Barrio del Angel."

Junto al quicio, elevado a más de un pie del nivel de la calle, estaba sentado en una silla de madera barnizada, un salvaguardia corpulento, cubierto el rostro hasta la línea de los ojos con un gran sombrero de paja de alas anchas volteadas hacia arriba con escarapela roja; vestido de rayadillo, cinturón de cuero con el sable de vaina metálica

encorvado, puesto verticalmente entre las piernas; un gran revólver en el cinto y un tabaco mascado y apagado colgándole de los labios.

—¿Qué quiere usted?—preguntó a Chavarre sin moverse de su asiento y mirándole con ojos medio dormidos.

—Deseo ver al señor comisario.

—¿Para qué?—volvió a interrogar en tono breve.

—Para sacar un *pase*—contestó cortésmente Chavarre.

—Allí, éntre;—terminó el guardia mostrando con la mano una de las dos mesas que ocupaban los ángulos opuestos de la estrecha sala.

Chavarre, descubriéndose, se dirigió al punto indicado, a un individuo sentado de través y encorvado sobre un bufetito de caoba de cuatro patas lisas, que dejaban ver por debajo las piernas flacas del escribiente extendidas como si su cuerpo en aquella postura formase un arco alrededor de la mesa.

—Buenas tardes—dijo Chavarre sacando del bolsillo un papel y mostrándolo al empleado. Este alzó los ojos un instante, miró con dejadez al recién venido y volvió a bajarlos sobre el papel en que escribía sin

contestar su saludo ni hacerle aparentemente caso.

Chavarre de pie, sombrero en mano, esperó pacientemente y dirigió sus miradas tranquilas a los rincones de la pequeña sala.

En el ángulo inmediato, ante una mesa bufete de más apariencia, una mesa de ministro vieja y usada, atestada de papeles, dos hombres sentados de frente y a cada lado parecían entregados al trabajo. El uno corpulento, moreno, de grandes bigotes negros desparramados sobre la mejilla mofletuda, de ceño adusto, de aire y maneras autoritarias; el otro pálido, enjuto, encogido en su asiento y de aspecto sumiso.

En el testero de la pared, sobre la cabeza del hombre de los bigotes, colgaba un cuadro de marco de cedro sin cristal con un retrato grabado en papel de la Reina Isabel II, y bajo el cuadro pegado al muro, con engrudo, un retrato del general Lersundi, visiblemente recortado de un periódico. El abandono o la mala intención realista dejaba allí las imágenes de los dos caídos. Les hacía *pendant* la caricatura de un grupo de insurrectos, del periódico *El Moro Muza* y firmada Landaluze.

La sala comunicaba por una puerta de

cristales cerrada a una habitación interior y por otra de madera abierta en la línea de la de la calle a una saleta o comedor alhajada con una mesa escritorio y ocupada por un empleado y otro salvaguardia sentado a su lado. En el testero entre estas dos puertas se elevaba hasta el techo un gran estante lleno de paquetes de papeles amarrados con cordeles de los que colgaban unos cartones con rótulos diversos, tales como *circulados, vigilados, detenidos, requisitorias,* etcétera; paquetes que un hombrecillo regordete y vestido de dril crudo se ocupaba a la sazón en registrar y colocar en orden.

Entre las dos puertas, la de la calle y la del comedor, estaba adosado a lo largo de la pared un gran banco de pino barnizado, sin espaldar, ocupado por varios individuos de distinto aspecto, desarrapados, silenciosos, con las cabezas descubiertas, los sombreros sobre la rodilla, mirando azorados y temerosos a guardias y comisario: la lepra que la policía recoge a diario en las calles.

—Acaba, muchacho!—gritó con voz estentórea el hombre de los bigotes negros, dirigiéndose a su escribiente—; hay que despachar pronto a esa canalla; y señaló a los del banco.

Al oir este grito, el empleado encorvado como un arco alzó la cabeza y contempló a Chavarre.

—¿Qué se le ofrece?—le preguntó.

—Necesito tomar esta tarde el tren para Matanzas; le ruego me despache el pase;—y le alargó el papel que tenía en las manos.

El escribiente tomó la cédula, la revolvió en sus manos, mirándola por ambas caras; luego se levantó perezoso enderezando su cuerpo flaco y se acercó al Comisario.

—Este señor—dijo—pide pase para Matanzas.

El comisario tomó a su vez la cédula y la registró con la mirada y encarándose con Chavarre le dijo groseramente:

—¿Otro viaje a Matanzas? ¿A qué va usted allí?

—Voy a visitar a un amigo enfermo.

—Está bien; despáchelo....

Mientras el escribiente flaco, nuevamente encorvado en su mesa como un arco, escribía en el reverso de la cédula "Pase de tránsito a Matanzas," estampaba un sello y anotaba el pase en un registro, el Comisario, retorciéndose los grandes bigotes, miraba atentamente a Chavarre y cuando éste salió a la calle llevando su cédula despachada y el ma-

letín, se levantó de su silla y se acercó al hombre regordete que ordenaba los paquetes del estante.

—Trabuco—le dijo en voz baja—, ¿conoces a ese que ha pedido pase?

—Sí, comisario; es el maestro del Santo Angel.

—Uno de los sabios discípulos de don Pepe; debe estar laborando. Disfrázate como puedas y síguelo esta tarde a Matanzas; averigua bien lo que va a hacer allí, con quién se junta. Anda listo, menéate. Es preciso acabar con todos los *suripantos*.

VIII

CHAVARRE

¿Dónde nació Chavarre?

¡Quién lo sabe!

De muchacho no había podido examinarse en el Instituto ni probar cursos académicos porque no tenía fe de bautismo.

Sus compañeros de estudio le miraban con respeto porque era austero, sobrio, aplicado, bueno; porque sabía más que todos y se referían de él cosas extraordinarias.

Decían que era hijo de un pirata que le abandonó en la playa cercana a Batabanó junto con su madre, una mulata en cuyas manos dejó una talega de onzas.

Otros decían que era hijo de un capitán de barco negrero, al que apresaron y fusilaron los ingleses y que la madre y el niño habían sido enviados a tierra en un bote.

Un estudiante se daba el tono de haber conocido a la madre en un sitio de labor cerca de Batabanó, donde residía, y afirmaba que, si no mulata, era muy trigueña, de cabello negro lacio y que hablaba español chapurreado.

Alguna vez uno de los colegiales indiscretos le había preguntado si conoció a su padre y quién fué su padre y él contestó simplemente: "Un hombre de carne y hueso como el tuyo".

Lo que sí se sabía de cierto es que Chavarre hizo sus primeros estudios en una escuela de campo y que un protector generoso, prendado de su aplicación y precocidad, le había llevado a un colegio de la Habana y le costeó su educación; que el protector murió y Chavarre, hecho ya un hombre y un sabio, sin títulos académicos porque no era cristiano o no estaba bautizado, se dedicó al profesorado: a enseñar niños y a cuidarlos como pedagogo o profesor interno.

En estas tareas duras y suaves y monótonas había empleado los doce años mejores de su juventud y sin llegar aún a los treinta estaba envejecido. Tenía para sus alumnos ternuras exquisitas y era amado por ellos.

Los despertaba en la mañana, los acompañaba al refectorio, los enseñaba en las clases, los cuidaba en las horas de recreo y en el salón de estudio y descansaba de noche cuando ellos dormían y descansaban.

Jamás tenía un arrebato apasionado; reñía sonriendo al que penitenciaba y sentaba a su lado a los inquietos y revoltosos para que le ayudaran en la vigilancia, haciéndoles sentir que eran mejores y valían más los que eran buenos.

Los que más le admiraban eran los compañeros profesores.

—Es un ermitaño—se decían maliciosamente—; no se le ha conocido novia.

Alguien dijo que eso no era cierto; que había amado a una sola mujer mucho tiempo, contemplándola de lejos, yendo al paseo alguna vez a verla pasar, sin declararle jamás su pasión secreta... y que aquella mujer, ignorante del amor que inspiraba o cansada de la timidez de su adorador, se había casado con otro...

Chavarre, que era dulce y afable con todos, constante y metódico en el trabajo; que aun en los subalternos ejercía su autoridad de jefe de internos con suavidad y miramientos espontáneos, no revelaba sus penas a nadie y

en las tertulias cordiales con sus jóvenes compañeros, sonreía oyendo las chanzonetas o penetrándose de sus intimidades sin hablar de sí mismo jamás ni responder nunca a preguntas indiscretas.

Un rasgo extraordinario se contaba que le engrandecía a los ojos de sus compañeros.

Cuando estalló la revolución de octubre de 1868 y empezó el éxodo de las familias cubanas y los jóvenes catedráticos de la Universidad y del Instituto y los maestros de los colegios y los estudiantes más conocidos desertaron de sus puestos para ir al extranjero a tomar parte en las expediciones filibusteras o se iban directamente al campo de la guerra a luchar, a sufrir o a morir, Chavarre acompañó a Moralitos [1] hasta el barco en que éste se embarcaba clandestinamente y entregándole su bolsillo con todos sus ahorros, su reloj y leontina, sus botones de oro, su único ajuar de lujo, le dijo:

—No puedo ir contigo; soy dos veces esclavo: de los españoles y de mi deber de hijo; no puedo abandonar a mi madre pobre y sexagenaria, que vive de mí... llévate todo lo que tengo para comprar parte de tu equi-

(1) Rafael Morales.



po y lucha y vence; yo cumpliré aquí también con mi deber como pueda...

Estas cosas se contaban misteriosamente, pero Chavarre no hablaba de ellas: trabajaba, se hacía querer de todos y era mudo como una estatua.

IX

LA CONSULTA DE JUANA

Era domingo, día de amable descanso, y Ricardo para disfrutarlo se levantó y acicaló más temprano que nunca y abrió de par en par la puerta y ventana de su cuartito. Contempló con deleite el pedazo cuadrado de cielo azul que dejaban ver las paredes altas de los edificios contiguos y al bajar los ojos tropezó con el rostro humilde y complaciente de la mulata Juana.

—Buenos días tenga el niño Ricardo—le dijo;—¡cómo madruga el niño!

—Buenos días, Juana... estoy hoy de asueto y quiero hacer el día más largo.

—¿Quiere el niño que le dé una tacita de café?

—Gracias, muchacha, ya lo he tomado.

—¿Cómo? ¿Dónde lo ha tomado el caballero?

—Aquí: yo mismo lo hago. ¿No ves en la mesa el jarro? Mientras me aseo y me visto enciendo el reverbero, hierve el agua, lo cuelo... y bebo una taza riquísima.

—¿Y todas las mañanas se hace su café el niño?...

—Sí, hija, todas las mañanas. Así me voy a clases desayunado. Y, además, me cuesta menos. En el café me costaría *medio* y no tan bueno, y haciéndolo yo me dura una libra de polvo más de una semana: un gasto de un *chico*... y hasta menos.

—¡Qué económico y arreglado es el niño!... Se lo voy a contar a la señora Cándida para que me permita hacerle el café al niño todos los días.

—No le cuentes nada; me quitarás una costumbre que me place...

—Bueno, ya veremos. Yo quiero ser útil al niño Ricardo. Pero, además, yo necesito algo de *su mercé*.

—¿Qué es lo que quieres de mí?...

—El niño Ricardo me ha dicho que estudia para abogado...

—Sí, estudio leyes.

—Bien, yo quiero que el niño me diga qué es *coartarse*...

—¿Por qué deseas saberlo?

—Porque ese mulato Leonardo quiere coartarme...

—Pues coartarse, hija, es anticipar al amo una cantidad en parte del precio de su esclavo y da derecho a éste a trabajar por su cuenta pagándole un jornal...

—De modo, niño, que si yo me coarto, ¿me tengo que ir del lado de la señora Cándida?...

—Si quieres podrías hacerlo.

—¡Ah! no, niño Ricardo; por eso quería saberlo; ese Leonardo es muy malo: yo lo quiero mucho; yo soy su mujer, pero ni por él ni por nadie dejo yo a la señora Cándida...

—Pero, ¿Leonardo es tu marido?...

—Sí, niño, lo es; porque yo voy a su cuarto y estoy con él cuando puedo...

—¿Y la señora Cándida es tu ama?...

—Sí, lo es; pero, es más que eso, es mi madre: yo nací en su casa, me ha criado y ha sido siempre buena conmigo; yo soy su esclava y soy su hija y no la dejo; ahora menos que nunca que es tan desgraciada.

—Veo que tienes muy buenos sentimien-

tos; pero debías apreciar más tu libertad que es la que seguramente busca tu marido Leonardo.

—No, niño Ricardo, eso sería una maldad; dejar a la señora Cándida sin su esclava cuando está sufriendo tanto...

—Bueno, yo te he informado sobre lo que me preguntaste, pero no te aconsejo nada.

—Figúrese el niño: la señora Cándida era muy rica y muy dichosa. Tenía aquí a su marido, el niño Pepe... la casa estaba llena de esclavos: el portero, el calesero, el cocinero, la criada de manos: todos la servían y la querían; a la señora no le faltaba nada: vestidos, prendas, dinero, paseos, teatro...

Pero... vinieron estas cosas... esta insurrección que todo lo ha cambiado. Al niño Pepe lo prendieron a media noche, lo hicieron levantar cuando estaba acostado y al día siguiente lo embarcaron para Fernando Poo... y luego le confiscaron todo lo que tenía: sus casas y sus fincas y sus negros.

El gobierno se llevó los esclavos... no quedamos aquí más que el viejo, el calesero y yo, que somos de la señora Cándida, y a ella no le ha quedado más que esta casa y muy poca cosa para vivir...

—¿Qué me cuentas Juana?

—¡Ah, niño Ricardo; las lágrimas que derrama mi pobre ama para poder mantener toda esta familia de su marido y al niño Pepe desterrado!...

—¿Esa niña que escribió el recibo es hija de la señora?...

—No, caballero, es su sobrina, hija del caballero don Claudio, hermano del niño Pepe, que se casó de nuevo con la señora Lola y tiene esas dos niñas que su mercé ha visto.

—¿Y la señora enferma?

—Es la señora Agustinilla, mujer del niño don Luis, otro hermano del niño Pepe... se fué a la guerra y no se sabe de él.

—¿Y la señorita que vive ahí enfrente?

—¡Ah! la niña Sunta? Pobrecita... es hija de uno que era Procurador y empleado con el niño Pepe.

El día en que embarcaron los amos en el vapor *San Francisco de Borja*... estaba en el muelle con mucha gente para verlos salir; parece que dijo algo por aquella injusticia y los voluntarios le cayeron arriba y le dieron de golpes y lo llevaron preso al Castillo de la Fuerza y allí le formaron un consejo de guerra por orden del General Dulce y en el mismo momento lo fusilaron en el sitio... La señora Cándida recogió a la niña

Sunta que así se quedó huérfana y ahí la tiene usted en su cuartito cosiendo "para afuera" y esperando casarse pronto con su novio...

La señora Cándida ha reunido aquí a las concuñas y sobrinos y a todos los atiende y los cuida... Esta es la casa de las viudas, niño Ricardito.

—¡Cuántas cosas tristes me has contado, Juana!

—¡Ah! niñito, y así quiere Leonardo que yo me *coarte* para dejar sola a la señora Cándida. ¡Ah!, no, que se contente con que yo vaya a verle en su casa cuando pueda: yo quiero ser esclava de la señora Cándida mientras ella viva...

Ricardo contempló con admiración y sentimiento a la humilde sierva ligada por la fidelidad y el cariño a su dueña y le interrumpió en su ligera meditación el rostro fresco y gracioso de la vecinita de enfrente que abrió entonces la puerta de su cuarto y le saludó con una sonrisa y un expresivo:

—Buenos días.

X

JOVENES AMIGOS

Ricardo, por ímpetu casi involuntario, atravesó el patio y se acercó a la joven para devolverle su saludo.

—No he tenido ocasión, señorita, de ofrecerle mis respetos y servicios como vecino; ¿me permite que lo haga ahora?...

—¡Ah! sí—contestó ella sonriente—muchas gracias.

—Como vivimos tan cerca, me parece que me sentiría más dichoso tratándola... ¿Me lo concede usted siquiera por la vecindad?

—¡Cómo no! Se vive menos solo cuando se está entre amigos.

—Espero que lo seamos.

—¿Y hoy no sale usted?

—No, señorita, es domingo; es un día de descanso; ni clases, ni colegio: saldré un momento a almorzar y luego me quedaré en casa, en ese rinconcito que me parece ahora

más grande y más luminoso, porque tengo cerca una vecina tan simpática.

—¡Qué amable! Y ¿en qué emplea usted todo el domingo?

—En leer, en repasar mis libros, en pensar, en hacer versos.

—¿También es poeta?

—Un poquito...

—¿Me leerá algo algún día?

—Con mucho gusto.

—¿Y no va usted de paseo a ninguna parte?...

—¡Pasear! ¿Dónde puede usted pasear en la Habana sin sufrir!... Ya sabe usted qué es lo que se encuentra en las calles: escarapelas, bayonetas, cintas verdes, músicas militares, tropas, gritería, miradas hoscas...

—¿Es usted insurrecto?—preguntó Sunta con voz baja y recatada.

—Debo serlo... soy cubano—contestó Ricardo firmemente.

—Venga la mano, vecino—exclamó Sunta—, pues somos ya amigos. Y ambos jóvenes se estrecharon la mano con efusión.

—Juana me ha contado sus penas: su orfandad...

—¿De veras? ¡Qué buena es esa mulata!

—He sabido por ella que por suerte he

venido a vivir a una casa de patriotas desgraciados.

—Mucho; ¡la pobre Cándida!

—¿Però usted tendrá pronto la dicha de casarse?

—¡Ah! sí, ¿lo sabe usted?

—¿Y entonces se irá usted de aquí?

—Probablemente, vecino, porque el que se casa pone casa.

—Me quedaré en mi cuartito más solo... sin encontrarla para saludarla los domingos de mañana.

—Ya no le faltarán otras amigas.

—Pero siempre es sensible que se vaya la que ya se tiene.

—Bien, vecino, también se casará usted algún día... ¿No tiene usted novia?

—Ni tiempo para tenerla, señorita!

—Es que es usted muy joven.

—Tanto como usted...

—No lo crea, voy para vieja.

—¿Vieja?

—Aunque me esté mal el decirlo... vieja; ya tengo veintinueve años.

—Pues no lo diga: parece usted de quince.

—¡Qué lisonjero! Usted sí que es jovencito. ¿Qué edad tiene?

—Cumpliré diez y nueve pronto.

—Ya lo ve, vecino: usted es un niño y yo una anciana. Pero, vamos, conversamos mucho, tengo que trabajar, la máquina está esperándome.

—¿Trabaja usted el domingo?

—Ya se ve: hoy trabajo para mí: hago yo misma mi ajuar de bodas, mis vestidos.

—¿Su novio no es rico?

—Deberá serlo; hoy no lo es, pero nos queremos, y ¿qué más riqueza?

—Dios la haga dichosa, que lo merece, vecina. Le doy gracias por este buen rato.

—Hasta otra vez, vecino. Mire: si está usted en casa a la tardecita haremos tertulia aquí en el patio con Cándida, Agustinilla y Elisa y todos: es costumbre reunirnos antes del obscurecer. ¿Estará usted aquí?

—¡Cómo no! ¡Qué dicha estar con ustedes!

—Yo lo presentaré; hasta luego, vecinito.

—Adiós, señorita.

Y los dos jóvenes entraron en sus cuartos respectivos con sus corazones llenos de la dulce emoción que proporciona el trato entre dos seres simpáticos, la adquisición de una amistad o de un afecto nuevo que aumenta los goces puros y suaves de la vida.

XI

RICARDO

Fué día de gracia para Ricardo ese primer domingo en la soledad de su agradable cuartito.

La consulta patética de la mulata Juana le hizo pensar tiernamente en la bondad sublime de los seres humildes; la entrevista con Sunta le dió a conocer la sencillez de una joven virtuosa, y estas emociones, en un corazón sano como el suyo, le hicieron sentirse tranquilo y dichoso.

Salió a hacer su almuerzo frugal en el colegio y volvió pronto, más pronto que nunca, a su habitación que tenía ya mayores atractivos. ¡Cómo no! No era aquel rincón un asilo eventual; había cerca de él un ser bueno y fiel como Juana; una amiga joven, jovial y amable como Sunta, y la esperanza

de ensanchar el círculo de sus relaciones con los demás miembros de aquella familia de cubanos.

Entretuvo las horas del medio día en placentera ocupación; repasó sus libros de estudio, los ordenó en su estante; leyó largo rato capítulos de amena literatura y, sobre todo, escribió una larga y efusiva carta a su anciana madre ausente. Le describió su nueva habitación, le habló de las personas que había conocido en ella, de las que esperaba conocer y tratar y cuando escribía esta carta, que llevaba a la buena anciana en expresiones vehementes efluvios de sus satisfacciones... vió pasar más de una vez por la saleta inmediata y mirarle con tímida curiosidad a la linda niña de trece años... y cuando quiso decir algo de ella a su madre no se dió cuenta de que sus dedos se paralizaron y la pluma no copió frases, sino trazó en el papel unos suspensivos prolongados.

Ricardo no era un joven vulgar, sino de cualidades extraordinarias en sus pocos años. Había formado su carácter la educación doméstica, el ejemplo de buenos padres; la vocación innata al saber y sobre todo los sucesos violentos que conmovieron al país, a la sazón en que hacía sus cursos académicos.

Era hijo de padres medianamente acomodados y de posición social prominente en la ciudad de Santa Clara, los cuales le estimularon desde su más tierna edad en su dedicación al estudio, en tanto que al hermano mayor—que le excedía en más de diez años de edad—lo dedicaron a las labores del campo y al cuidado de las propias haciendas.

La familia la completaba una hermana soltera, también mayor que Ricardo en pocos años y de salud delicada.

La dicha de aquel hogar se turbó a la muerte inesperada del padre, ocurrida mientras Ricardo estudiaba en uno de los grandes colegios laicos que existían entonces en la Habana.

El hermano mayor suplió la eterna ausencia del jefe de la familia y sostuvo a Ricardo en el colegio.

El joven estudiante mitigó las penas de su madre viuda y pagó los esfuerzos de su hermano con sus éxitos escolares.

En junio de 1869 Ricardo llevó triunfante y gozoso a su familia su diploma de Bachiller en Artes. Tenía entonces diez y siete años.

Lo mostró también orgulloso a una amiguita contemporánea, hija de unos buenos

vecinos de sus padres, Mercedes, blanca como un lirio y sencilla e ingenua como una paloma, con quien compartía en paseos y juegos las alegrías de las vacaciones anuales en el pueblo, al término de los cursos escolares.

Pero en su familia y en las relaciones que ésta cultivaba todo había cambiado.

Ya lo suponía y lo temía él, que había presenciado en los colegios de la Habana la transformación que operó en todos los órdenes el estallido de la revolución cubana en 10 de octubre del año anterior.

En la población faltaban los jóvenes principales; los padres de familia respetables. Los primeros se habían ido al campo de la guerra; los segundos habían sido desterrados o estaban presos...

Sintió angustias y ansias y encontró compañeros con quienes departir de los sucesos y formó planes para irse también solo o con ellos a la guerra.

Cuando esto proyectaba le llamó una mañana a su despacho su hermano.

—Ricardo—le dijo éste—, eres ya un hombre y como tal quiero hablarte. Oye. La suerte de la familia depende de ti. Las fincas que teníamos han sido destruídas por los

españoles o por los insurrectos. Somos ya pobres o poco menos. Lo que queda bastará para sostener a nuestra madre y hermana.

Oyelo bien; tú te debes a ellas; volverás a la Habana a seguir tus estudios y terminarlos para que seas su sostén mañana y ahora y siempre su consuelo, su apoyo y su esperanza. Yo, Ricardo, me iré a la Revolución esta noche; todo está preparado.

—Yo iré contigo—gritó Ricardo.

—No; júrame que no abandonarás nunca a nuestra madre y hermana. Si ellas muriesen harás lo que quieras. Si viven, te debes a ellas.

—Pero me debo antes a la patria—replicó Ricardo.

—No, hermano mío; escúchame. Las revoluciones son terribles y deben tener su carne de cañón: esto es, hombres apropiados para morir por la patria. Yo soy carne de cañón; tú no. Las revoluciones que triunfan deben tener también hombres de cerebro que las dirijan. Tú eres y debes ser de esos. Trabaja, termina tu carrera y vela por tu madre y tu hermana. No te apartes de ellas y cuida a nuestra hermana, que es joven y bella, para que la miseria, la persecución y el

desamparo no la prostituyan. ¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Y ambos hermanos sellaron su despedida y juramento con un tierno abrazo.

Todo esto formó el carácter de Ricardo.

Su hermano murió a poco en la guerra, víctima heroica de aquel gran sacrificio de los cubanos en el período de los diez años, y él volvió a la Habana a cumplir su promesa, a vivir de su trabajo, a estudiar para ser cerebro ilustrado en el servicio de la patria y para dar protección y amor a la madre anciana y a la hermana huérfana.

Todo eso pasó por su recuerdo ese domingo plácido que le hicieron grato desde temprano una infeliz esclava y una pobre huérfana víctima también, como él, de la hidra revolucionaria.

XII

LA TERTULIA

Ricardo aguardó con ansiedad la hora de la tertulia. La invitación de Sunta lo tenía encantado.

Iba a conocer y tratar a aquella excelente familia en cuyo hogar esperó hallar sólo un rincón casual; a ensanchar su círculo y consolar la soledad en que vivía.

La señora Cándida le era extremadamente interesante; la enferma Agustinilla digna de su respeto y compasión; Sunta le parecía una hermana mayor, y Elisa... ¡ah! Elisa con sus ojos azules y sus cruces atisbadores detrás de las persianas, algo así como una luz o una esperanza.

Se vistió, se aliñó con esmero; puso mayor cuidado que nunca en el lazo de su corbata y no se rizó el bigote naciente... por-

que apenas si se le veía el bozo en los labios.

A las cuatro se reunía la familia en la mesa para la comida diaria; en la Habana se comía a esa hora hace unos treinta años.

Recogidos los platos y los manteles por la infatigable Juana, los comensales fueron al segundo patio junto a la puerta de Sunta y en sillas y mecedoras formaron corro.

Sunta tenía su asiento sobre el quicio y con su rostro alegre daba tono de placidez a la reunión. A su izquierda, junto al ángulo de la puerta y la columna del arco de la saleta, estaba el sillón de la señora Cándida; a su lado el de Agustinilla. A la derecha un sillón vacío de paja y al lado Elisa en una silla pequeña de meple, adecuada para sus ligeros movimientos, para estar presta a levantarse, andar, volver y dar al cuadro la tonalidad de su alegría y de sus movimientos. En el patio entraban y salían las dos niñas más pequeñas que Ricardo encontró el primer día de su llegada a la casa y que triscaban contentas y bulliciosas haciendo preguntas, echándose sobre las piernas de las tertulianas y rompiendo con su algazara la monotonía de la conversación.

Ricardo, que había salido a hacer su comida frugal en el colegio, volvió a poco más

de las cinco de la tarde. La presentación fué cordial, sencilla; actuó de introductora Sunta y para hacerlo tuvo sonrisas más elocuentes que las palabras. Ricardo ocupó confuso una silla en el extremo de la derecha, teniendo a los demás de frente, pudiendo contemplar a todos a la vez y recibiendo sin vueltas de cabeza la inspección de todas las miradas.

En el fondo del patio, en el umbral de la cocina, el viejo negro cocinero, sentado sobre una banqueta de lona sin espaldar, descansaba de la faena del día, fumando un grueso tabaco, y contemplaba sonriente la reunión de los amos. En el interior de la cocina se veía a Juana de pie con un plato levantado a la altura del pecho con la mano izquierda y con la otra llevándose a la boca los bocados de su comida precipitada.

En la caballeriza el calesero de pie junto al caballo lo acariciaba y le preparaba con pajas su cama.

Era la hora plácida cercana al crepúsculo, la hora quieta y apacible del día: la tarde, con cielo limpio y azul, con brisa refrescante, incitadora a la meditación, a las comunicaciones tranquilas, al descanso. Amos y criados la disfrutaban, olvidando cada

uno sus pesares; sustraídos en aquel segundo patio como sitio lejano y sosegado del bullicio y del espectáculo de la calle.

La conversación frívola primero, ligera, sin tema, estalló luego con variedad y franqueza. Se habló de muchas cosas: de los sucesos del día, de las falsas noticias de los periódicos españoles, y de los ausentes. El diálogo se interrumpió un momento con la llegada de la señora Lola, la madrastra de Elisa, la madre de las niñas juguetonas que volteaban en el patio, personaje que aún no había conocido Ricardo. Era mujer hermosa, alta, pero de expresión seria, algo adusta, de ceño fruncido, acaso por la preocupación de sus pesares o de su ingénito carácter. Vivía al lado de la señora Cándida y a su abrigo, con sus hijas, porque al esposo ausente en el destierro, cuyos bienes también habían sido confiscados por el gobierno español, le habían quitado el hogar en que fué rica y dichosa.

Ricardo supo todo esto pronto, en aquella conversación que a grandes rasgos versó sobre las desgracias del país y los infortunios de cada uno.

También él refirió la historia de su familia y su propia historia, con trazos ingenuos

y fácil palabra; pero supo consolar las penas de sus oyentes tristes con los augurios de prontos y felices días y con los lenitivos de fervorosas esperanzas.

—Cuba será libre—dijo—y volverán los ausentes, y seremos otra vez ricos y dichosos.

Su elocuencia la estimuló la verbosidad de Sunta, que tenía la alegría en los labios y talismán para curar la melancolía y consolar a los tristes.

Agustinilla, la pobre enferma, no suspiró en toda la tarde, no sintió ni recordó sus males físicos. La señora Cándida estalló más de una ocasión en francas carcajadas, doña Lola se mostró más locuaz que de costumbre y sólo Elisa, de natural vivaracha, estuvo silenciosa, oyendo con mucha atención los relatos y comentarios de Ricardo, pero sin mirarle fijamente, sin atreverse a resistir sus miradas lanzadas también con timidez, ni siquiera a levantarse de la sillita, dar vueltas por el patio, triscar con los muchachos y volver a su sitio, como acostumbraba...

Al cerrar la noche se encendieron las luces; la tertulia se desbandó... Sunta iba a la saleta a recibir a su novio, la señora Cándida a acompañarla y hacer la vigilancia



tradicional de los prometidos; Agustinilla a recogerse temprano en su cuarto para reparar sus males; doña Lola a encerrarse meditabunda en el suyo; las niñas a dormir... Elisa a voltear desde la saleta a la sala... y Ricardo a entregarse feliz en su cuartito al estudio de las lecciones del día siguiente...

Todas ellas llevaban en el ánimo la agradable impresión de aquel joven tertuliano inteligente y simpático y él la de que había entrado bien en el amable regazo de una familia adorable...

Y al dormirse en su lecho más tarde, en la confusa visión de los recuerdos, le pareció que en una nube vaporosa y blanca le sonreía un rostro de ángel, el de una niña con las facciones de Mercedes, la dulce amiguita de los primeros años en el pueblo natal... pero que se disipaba dejando ver sólo más visible y clara la faz sonrosada y risueña de Elisa que le miraba con sus ojos azules y con una sonrisa ingenua en los labios.

XIII

LAS PESQUISAS DE TRABUCO

Trabuco entró en la comisaría el lunes a las diez de la mañana. Acababa de regresar de Matanzas.

Encontró en la puerta, sentado en el mismo sitio, con los ojos dormidos, el bigote caído y desparramado y un grueso cabo de tabaco entre los dientes, al salvaguardia del sable de vaina metálica. En el rincón de la derecha, encorvado sobre la mesa de cuatro patas, las piernas estiradas y formando arco, el escribiente enjuto, pálido, escribiendo con la pluma cogida entre las uñas largas y amarillentas de sus dedos flacos... y en el otro rincón al señor Comisario, el de ceño adusto y de bigotes negros y espesos, con el cuerpo echado hacia atrás sobre la pared, cubriéndose el rostro con un periódico que sostenía con ambas manos a la altura de la cara y leyéndolo abstraído.

—¡Hola, Trabuco!—dijo el guardia.

—¡Hola, Trabuco!—murmuró el escribiente.

Trabuco les contestó con un: —Buenos días—, y se dirigió a la mesa del Comisario.

—¿Qué hubo?—le preguntó éste.

—Pues, nada—replicó Trabuco en voz baja.—Que tienes un ojo que nadie lo iguala. Que ese maestro está conspirando y que hay que averiguar bien qué es lo que hace.

—Pero, ¿no lo has averiguado?...

—Una parte; espera, que falta averiguar, y óyeme.

Trabuco acercó una silla a la del Comisario y le habló en voz baja. El escribiente flaco alzó los ojos vagamente hacia ellos y continuó escribiendo, despreocupado, pero con oído abierto para percibir lo que hablaban.

Trabuco había seguido a Chavarre a Matanzas, disfrazado con distinto traje y lentes. Le vió bajar del tren en la estación de San Luis, tomar un coche y dirigirse a casa del doctor Hache en la calle del Medio. El doctor estaba enfermo en sus habitaciones interiores y Chavarre pasó el día con él.

A mediodía un hombre de campo visitó al doctor permaneciendo con él y Chavarre

más de dos horas. Aquel hombre había salido de la botica llevando consigo un paquete en los bolsillos, se dirigió a la fonda *Los Cuatro Leones* frente a la estación de Sabanilla y a la tardecita partió a caballo por el camino de Jovellanos... Chavarre pasó todo el santo día con el doctor, quien recibió varias visitas, unas después de otras, sin que se reunieran más de dos dentro. A todos se decía: "El doctor está enfermo", y entraban.

Por la noche, el médico que se decía enfermo salió con Chavarre y fueron a visitar al abogado Linares; volvieron a la botica una hora después y se recogieron. El, Trabuco, no había perdido el tiempo. El doctor era un laborante de marca mayor, que fué suscriptor de *El Siglo* y agenció los periódicos *La Verdad, El Triunfo* y otros papeles revolucionarios cuando el general Dulce promulgó la libertad de imprenta con aquello de "la esperanza en el porvenir y olvido de lo pasado," y en cuanto al abogado Linares, era un hombre rico, riquísimo, que nunca había querido tener esclavos.

—¿Tan rico?—preguntó el Comisario, interrumpiendo el relato de Trabuco.

—Así lo dice todo el mundo y lo parece

la gran casa que ocupa—respondió Trabuco, que siguió relatando detalladamente su viaje.

Chavarre salió de la botica por la mañana dejando al doctor aparentemente enfermo y prometiendo volver a verle, y Trabuco regresó con él en el mismo tren con la convicción de que los viajes eran para conspirar, para fines revolucionarios.

—Te has portado bien—exclamó el comisario—; ahora lo que falta es averiguar más de Linares, qué tiene y cómo lo tiene, y para cogerlos, estar detrás del maestro que es un pelagatos. ¡Trabuco! ¡Trabuco!, bueno es que sirvamos a la patria; pero hay que hacer dinero... porque *semos* o no *semos*.

—Es lo que yo pienso—dijo Trabuco—y usted me manda.

El Comisario se puso de pie, dejó el número de *La Voz de Cuba* que estuvo leyendo, sobre el bufete, se caló su sombrero de jipijapa, tomó entre sus manos el bastón de manatí con ojetes de oro y borlas de seda azul y salió a la calle seguido de Trabuco y del salvaguardia de la puerta.

El que le viera seguir por enmedio de la calle, con la cabeza alta, la mirada altiva, el gran bigote negro desparramado cubriéndole la mejilla, llevando el brazo derecho

cruzado a la espalda, teniendo cogido con la mano por la mitad el vergajo de puño de oro emborlado, seguido por Trabuco, su humilde y astuto correveidile, y del guardia vestido de rayadillo azul con el sable de vaina metálica encorvada, que arrastraba al andar por el pavimento, habría visto en ese séquito ridículo una mezquina reproducción de un mandarín oriental, dueño y señor presuntuoso de todo lo creado.

Cuando hubieron salido de la comisaría, el escribiente enjuto, silencioso y encorvado, sacó de su bolsillo una carterita, escribió en una de sus páginas los nombres abogado Linares, doctor Hache y murmuró entre dientes: —¡Malvados, serán sus víctimas predestinadas; yo veré qué hago!

XIV

LOS LABORANTES

Julián y Chavarre se dieron cita con Ricardo en el café *El Polaco,* al costado del Convento de Santa Catalina, punto de reunión entonces de nuestros estudiantes. Se sentaron alrededor de una de las mesas de mármol y pidieron un refresco al mozo vestido con la blusa y el pantalón militar, como si estuviera pronto a armarse y salir a combate.

Allí era imposible a los tres jóvenes hablar de sus asuntos, porque entraban y salían los voluntarios en grupo, unos tras otros, a tomar copas, de pie junto a la cantina o agrupándose en las mesas. Los únicos vestidos de paisanos eran ellos tres, y punto de mira de los concurrentes, siempre recelosos de los *criollos,* los *bijiritas* de aquella época memorable.

¿Qué ocurría para tanto movimiento de

soldados en la calle? Se estaba acostumbrado a ello porque las marchas y contramarchas eran diarias y a toda hora en una ciudad donde los dueños y empleados de los almacenes y tiendas, los aurigas de los coches de alquiler, los porteros de las casas, eran voluntarios y tenían un uniforme, un fusil y una bayoneta que manejar y ostentar...

Pero aquel día el movimiento era más grande. Los pelotones de tropas marchaban hacia la Plaza de Armas bajo los cortinajes en forma de arcos con los colores nacionales, suspendidos de una a otra acera en todo lo largo de las calles; los curiosos se aglomeraban y corrían detrás de la tropa y las cornetas y los tambores atronaban.

El dependiente que servía a nuestros tres jóvenes les enteró bien pronto de lo que sucedía.

Los voluntarios y la muchedumbre acudían al muelle de San Francisco a recibir al nuevo Capitán General Conde de Valmaseda, que venía de Madrid a sustituir al general Caballero de Rodas, "otro fracasado como el general Dulce y como el general Lersundi que no habían sabido acabar en los campos con los latrofacciosos, los Aguilera

y los Céspedes, ni con los laborantes de las ciudades. Valmaseda, ese sí lo lograría, porque sabía cortar cabezas y dar duro y pronto..."

—Vámonos de aquí—dijo Julián en voz baja—, pues tenemos que hablar de todos modos; salgamos uno a uno por distinto rumbo y reunámonos dentro de una hora en mi casa.

Así lo hicieron, despidiéndose a la vista del dependiente como si se separaran. Julián fué el último en salir, para pagar el gasto. Después, le fué difícil andar por la calle del Obispo hacia las afueras y llegar hasta la puerta de Monserrate, bajo el arco memento de las antiguas murallas. En la plazoleta exterior frente al Casino Español y el teatro Albisu, que acababa de ser construído, se extendía, y hasta llenaba la planicie enhierbada del antiguo foso, más densa y compacta, la muchedumbre aguardando el paso de los batallones que desembarcaban con el Conde de Valmaseda y debían marchar desde el muelle hasta el castillo del Príncipe y la Pirotecnia...

—¡Viva España! ¡Mueran los mambises!...—eran los gritos que resonaban por todas partes.

Julián no detuvo el paso; atravesó el pequeño parque de Isabel II despojado el año anterior de la estatua de esta reina destronada; tomó a la derecha y siguió adelante camino del Prado, entonces quieto y silencioso, por la avenida del centro, sombreada, así como las avenidas laterales mal pavimentadas, por una cuádruple hilera de coposos nogales.

En el número 43, en un edificio de teja, de portal gacho, con horcones de madera, de una sola puerta y una ventana, allí estaba su casa, la vieja casa de sus padres. Al entrar en ella le esperaban sus dos amigos, ansiosos, emocionados como él por el espectáculo militar y la agitación de la ciudad.

Chavarre refirió en un instante los buenos resultados de su viaje a Matanzas; el doctor Hache y el abogado Linares habían comunicado en el día a los jefes insurrectos de las Villas la próxima llegada de la expedición del vapor *Hornet,* bien pertrechado con expedicionarios entusiastas y hábiles y el lugar de la costa en que debía efectuarse el peligroso desembarque. Los refuerzos y las municiones llevarían nueva gente al campo; armas, armas era lo que todos necesitaban; el patriotismo era evidente...

En cuanto al estado de la revolución en las Villas era desconsolador. Sólo el heroísmo más extraordinario podía mantener luchando a partidas de hombres harapientos, sin pólvora, sin cuarteles, perseguidos por todas partes, con el aditamento de las familias que les siguieron a la revuelta. ¡El *Hornet*, el *Hornet* era la esperanza!

Julián, reflexivo y melancólico, trazó la conducta a seguir en los planes revolucionarios.

—Hay que perseverar—dijo—; la suerte está echada. La revolución debió venir: estaba decretada, pero fué un error precipitarla. Sin preparación, sin armas, sin concierto, sin pueblo educado, con la gangrena de la esclavitud en la sangre, frente a un enemigo poderoso, arraigado, inconmovible por la amalgama de los intereses creados, la victoria es dudosa.

Pero a la hora en que estamos hay que luchar de todos modos para alcanzarla; sufrir o morir en la demanda.

En dos años todo se ha desquiciado: nuestros prohombres expulsados del país, desterrados, presos, confinados en horribles destierros; los bienes confiscados, las familias sumidas en la miseria y en las lágrimas; el

orden moral subvertido, las clases bajas elevadas por el militarismo y las pasiones exaltadas, el terror en las ciudades y el exterminio en los campos. La esperanza en la intervención norteamericana casi desvanecida; el Presidente Grant vacilante, desoyendo a los congresistas y sumiso ante las complicaciones diplomáticas.

Amigos míos, el porvenir es obscuro y será cada vez más triste.

—Así y todo triunfaremos—exclamó con pasión Ricardo.

—¡Ah, sí! triunfaremos—respondió con melancolía y convicción Julián—; triunfaremos en un porvenir lejano... muy lejano... por él tendremos que dar vida, ilusiones, cuerpo y alma. El sacrificio necesario de todos nosotros, el de esta generación que se desangra y aniquila es abono fecundo del mañana.

Entre tanto, defendámonos, seamos cautos y laboremos sin cesar.

Y aquellos tres jóvenes revolucionarios, encendidos por el santo amor patrio, se estrecharon en un abrazo, se comunicaron sus planes de trabajo, se dieron cita para otro día y se separaron entristecidos por las desgracias, pero confortados por la fe suprema

en su noble causa y por la palabra de Julián llena de convicción en el triunfo seguro, aunque lejano, de la patria.

Cuando Chavarre y Ricardo salieron en dirección al mar, Trabuco, sentado en un banco de piedra junto a uno de los árboles de la avenida lateral casi oculto por el tronco del árbol, los atisbaba y sonreía socarronamente.

XV

LA FAMILIA POR DENTRO

El éxito de la tertulia del domingo por la jovialidad de Sunta, la sencillez de la señora Cándida, la ternura de Agustinilla y la corrección, verbosidad y modestia de Ricardo, trajo como consecuencia el encuentro, el diálogo y la tertulia diarias. En pocas semanas Ricardo llegó a sentirse y fué considerado como miembro integrante en la familia. Su existencia metódica, su entrar y salir a las mismas horas, su velada estudiosa en la soledad de su cuartito, acrecentaron su prestigio y estimación y abrieron anchos caminos a la cordialidad y la franqueza.

Ricardo pudo así penetrarse íntimamente del profundo y doloroso desorden de aquellas santas familias reunidas por la desgracia y soportando una existencia intranquila y resignada, que le habían hecho conocer en parte las informaciones de la mulata Juana.

La casa, ancha y cómoda, era propiedad exclusiva de la señora Cándida que la había ocupado sola y opulentamente con su esposo, el famoso abogado don José Caraballo. Doña Cándida, de origen modesto, de costumbres sencillas, no había tenido en los tiempos de su prosperidad y brillo esa vana presunción que ciega a las mujeres vulgares y las hace duras y orgullosas, sino había cultivado en la abundancia y en el trato social las virtudes y el recogimiento que afirman la dicha quieta y serena de los hogares.

La señora Lola era la esposa del hermano don Claudio Caraballo, hombre de fama y de negocios atrevidos y brillantes. Hija de padres nobles arruinados, de aquella nobleza ostentosa de pergaminos añejos, que creía enseñorearse de los demás mortales por el presuntuoso color de la sangre, conservaba la altanería heredada de su rango, y los éxitos financieros de su marido la acentuaron; el lujo y la ostentación vanidosa la cegaban.

Don Claudio, el banquero, era viudo y al contraer las segundas nupcias con la señora Lola, llevaba al matrimonio con su fortuna creciente una niña, hija de su primer enlace.

Doña Lola aceptó de buen grado el doble

cargo de esposa y madre de una hija extraña y se consagró a dar a Elisa educación aristocrática. La niña pasó más tiempo en el colegio de las Madres Consagradas que en el hogar de su madrastra, a quien sonrió el cielo con otras dos niñas en los tres primeros años de su boda.

Agustinilla había sido la más desgraciada de las tres; la esposa de Luis Caraballo, el pobre y mala cabeza entre los tres hermanos, pues la familia no había podido sacar partido de ese tronera. Sus malas costumbres y su libertinaje habían hecho constante el infortunio de la pobre mujer que lo amaba entrañablemente porque era buen mozo, elegante, infiel y perdulario.

Agustinilla había contraído la enfermedad terrible que la aniquilaba por aquellas luchas constantes con el esposo querido que la maltrataba con sus infidelidades; que volvía cariñoso y contrito a jurarle amor y constancia y de nuevo la abandonaba; que la dejaba sola noche tras noche esperándole con ansias, mientras él vagaba en garitos y lupanares.

La revolución del 68 cortó el curso y desenvolvimiento de estas tres parejas hermanas.

El úkase inesperado del general Domingo Dulce disponiendo la prisión a media noche y en un solo acto de trescientos sesenta cubanos, jefes de familia, su conducción a las mazmorras del castillo de la Cabaña y su embarque a las veinticuatro horas en el vapor destartalado *San Francisco de Borja,* para ser conducidos a los destierros del Africa, arrancaron esa noche de los brazos de Cándida y Lola a sus respectivos esposos denunciados como sospechosos por el Comisario Arujo.

En cuanto al mala cabeza de don Luis, se escapó de la detención por no estar en casa... y había continuado su *juerga,* como escribió despidiéndose tiernamente de Agustinilla, yéndose a la revolución por caminos seguros para luchar por la redención de la patria y redimir heroicamente sus muchas faltas.

A la deportación de don José y don Claudio siguió la confiscación de todos sus bienes, de que se apoderaron inmediatamente los agentes del gobierno fiscalizados por el insaciable Arujo.

La señora Lola y sus hijas y Agustinilla quedaron reducidas a la última miseria; el gobierno español no reservaba ni aun pen-

siones alimenticias a los familiares de los confiscados.

Sólo la señora Cándida quedó en su propia casa, suya, aportada al matrimonio, con escasas rentas y sus esclavos.

Su corazón magnánimo se expandió en esa hora amarga de supremas desgracias familiares, y llevó a su lado a la altiva Lola con sus dos niñas y con Elisa, traída súbitamente del colegio aristocrático cuyas pensiones ya no podían cubrirse; llevó también a Agustinilla, herida en el corazón y en el alma por el abandono y los desengaños, y a Sunta, la pobre huérfana, y se dispuso a combatir serena y firme la desgracia al frente de aquel asilo de mujeres débiles y tristes, viudas y huérfanas, empobrecidas y solitarias, faltas de apoyo viril, del amor y los cuidados de sus esposos y padres, mártires de la patria.

Aquel triste y hermoso espectáculo encendió el corazón de Ricardo con amor filial, y reverente hacia la señora Cándida.

¡Qué serena, heroica y admirable la contemplaba en su lucha abnegada por los que la rodeaban!

Mientras Agustinilla languidecía y se aniquilaba lentamente sin valor para dominar

sus penas y la señora Lola se encerraba adusta y silenciosa en su cuarto, como espacio limitado de su presuntuoso señorío, iracunda contra la desgracia, ella repartía económicamente sus escasas rentas para subvenir a las necesidades de todos, para sostener la mesa limpia y abundante, para hacer cómoda la casa y soportable la existencia diaria, reservando siempre una parte para enviarla en auxilio de los esposos desterrados.

Consolaban sus penas las alegres expansiones de Sunta, que tenía la esperanza y la fe juveniles y risa para mitigar las aflicciones y sobre todo la confortaban sus tres esclavos, el negro viejo cocinero Pablo, apegado a la casa desde la niñez de Cándida que hacía prodigios con el *diario* para sostener los prestigios de su arte y mantener en la pobreza de la señora una mesa sabrosa y abundante; Juana, la fiel mulata, atenta a todas las labores, pendiente de la quietud y sosiego de su ama y esclavizada a ella más que por la dura ley de la servidumbre por los lazos del cariño y la fidelidad; y por último, Juan, el antiguo calesero que había llevabo al templo a casarse a su ama, en elegante quitrín forado de chagré verde, conducido por hermosa pareja de ca-

ballos principeños con magníficos arreos metálicos, llevando él su librea galoneada de oro, sus grandes botas charoladas, altas hasta los muslos, y las espuelas de plata.

"¡Qué linda, qué fresca y dichosa estaba la niña aquella mañana al entrar en la iglesia del Angel pisando flores del brazo del caballero!"

El quitrín dejó de usarse cuando se empezaron a derribar las murallas y él manejó desde entonces el coche; la lujosa victoria francesa con pareja de caballos blancos.

¡Ay! La señora había tenido que vender los caballos; ya él no podía llevarla en su coche, guardado en el zaguán bajo su forro de listado, acaso pronto a venderse... pero, a él sí no lo vendería la señora porque él era su perro, su mandadero, su portero, su guardián, su mayordomo, sus pies y sus manos; en suma, su esclavo.

Ricardo llegó en breve a ser amigo de todos, de cada uno de los habitantes de aquella triste casa, de las señoras, del ama y de los esclavos, menos de la señora Lola, siempre reservada y ceremoniosa.

Pero, ¡ay! la única que no se acercaba a hablar con él, quieta, a solas y sentados frente a frente o juntos en sillas próximas, que

no le miraba fijamente, sino se recataba, era Elisa, la tierna niña de los trece años que crecía a su vista cada día como fresco botón en un arreate, mostrando en las líneas de su seno virginal y en el color de las mejillas rosadas, pétalos de un botón que se entreabre, las señales atractivas de la juventud y la belleza rebosantes.

XVI

TRISTES AMORES

¡Pobre Sunta!, sus alegrías debían terminar pronto. Ricardo la encontró sollozando una tarde al regresar de sus clases. El novio que la visitaba todas las noches, con quien debía casarse muy pronto y la llevaría de la soledad de su cuartito a un nido más ancho de amores y esperanzas, la había abandonado. Hijo de familia rica, se plegaba a la voluntad de sus padres que no querían casarlo con una mujer pobre... Pretextos para desatar nudos de afectos sencillos, apretados en largas y tiernas confidencias, no le faltaron. Sunta leía y releía, sin comprenderla, la carta ceremoniosa de ruptura y despedida que termina siempre con la fra-

se artificiosa "no me siento capaz de hacerte dichosa... no soy digno de ti..."

El golpe había sido cruel y rudo; sin remedio; hacía muchos días que Sunta lo sospechaba. Las entrevistas diarias eran frías, cortas; las ausencias frecuentes; las dilaciones de la boda inexplicables.

La dignidad de mujer resentida contenía el reproche y la queja porque su buen juicio preveía lo inevitable.

Sunta ya no era una niña: se acercaba a los treinta años y tenía la experiencia necesaria para conocer y apreciar el alcance de ciertos actos; pero, el corazón de la mujer es siempre joven y sensible al desengaño y para resistirlo no tiene más fuerza que las lágrimas.

Por su cuarto desfilaron todas las personas de la familia para oir sus sollozos, para comentar la mala acción del infiel amante, para intentar en vano consolarla.

Aquel suceso aumentó las tristezas de la casa durante muchos días: la única calandria que alegraba el recinto con su charla ligera y su canto, estaba llorando; y cuando por el transcurso de las semanas su dolor se calmó, sus labios permanecieron silenciosos y su ceño arrugado.

—¡Ah!—decía la mulata Juana—, si yo fuera hombre le arrancaba la lengua a ese malvado.

Ricardo sin hablar más de su desengaño a Sunta, tuvo para ella solicitudes exquisitas con la ternura de un hermano.

Le llevó libros de lectura que la distrajeran y él mismo se sentó a leerle todas las tardes—antes de estudiar sus lecciones—una novela en boga. Cándida y Agustinilla formaban también el auditorio.

Sunta, continuando sus labores de costura, oía con atención y parecía abstraerse, pero al término de algún capítulo interesante exclamaba: —¡Qué sé yo! A veces me figuro que volverá... y si volviera arrepentido le perdonaría.

A estas lecturas no asistía Elisa, pero volteaba por la saleta inmediata y atisbaba por las persianas huyendo cuando la mirada de Ricardo, volviendo del libro a aquel sitio, tropezaba con la suya por acaso.

Al cabo de algunos meses el luto de la novia engañada y las visitas de duelo terminaron.

Llegó la nueva de que el amante infiel se había casado con una viuda rica y vieja.

Sunta se transfiguró: —¡Mercachifle!—di-

jo—; yo que lo quise tantos años y que lo he llorado.

Y no habló más de él; y empezó a hablar de cosas nuevas, a alegrar a los que la rodeaban con su charla vivaz y sonriente aunque seguida de silencios prolongados.

En tanto, Agustinilla por sus dolores y por las penas de los demás se agravaba por instantes. Un día sufrió un ataque violento; la misma Sunta se echó a la calle para ir a buscar un remedio urgente.

El boticario la atendió con esmero; la tranquilizó y hasta fué a la casa a enterarse de la enferma.

¿Cómo surgió aquella nueva relación? ¡Quién lo sabe!

La muerte de Agustinilla estrechó el lazo. El boticario asistió a las exequias; hizo las visitas de pésame y ganó por propia suficiencia y por atenciones y halagos el derecho de visita. Sunta tuvo un nuevo amigo: un boticario rico, obsequioso, comedido y galante que una vez por semana iba a rendir un cumplimiento a la joven costurera y a la señora Cándida.

¡Pobre Agustinilla! Sin que nadie se lo dijera presintió que su infiel esposo, aquel mala cabeza que amaba tanto, había muerto

en el campo de batalla luchando por la independencia de la patria. Y porque lo presintió y era cierto y la noticia impresa en los periódicos se le ocultaba, ella, que había vivido esperándole siempre, fué a reunir su espíritu con el del esposo infiel en ese otro mundo incierto y lejano y alto que alucina a los que creen y más a los que sufren y desesperan en las realidades positivas y próximas de aquí abajo.

XVII

DISCORDIA DOMESTICA

En aquel recinto donde gemían tantas penas y sollozaban en silencio tantos desengaños, también ¡ay! latía el roedor de la discordia: el antagonismo sordo, injusto, apasionado y antiguo de la señora Lola con la señora Cándida.

Ya Juana en sus espontáneas conversaciones se lo había hecho conocer a Ricardo. Venía de muy atrás; desde que la hija de casa noble arruinada se casó con el joven banquero de riqueza naciente y alternó con la mujer sencilla de origen obscuro, rica y casada con el opulento abogado.

La envidia, ese microbio ruín de las pasiones humanas, fué el engendro de aquella enemiga sorda, inquieta y disgustante.

El vestido, la joya, el coche, el mobiliario,

el torpe afán de igualarlo y mejorarlo; de aparecer más rica, más bella, de brillar más, fueron los únicos motivos e incentivos de aquel dualismo caprichoso. Pero, sobre todo, lo agriaba el ascendiente que Cándida ejercía por su sencillez y naturales gracias entre todos los familiares y los amigos y relaciones de ambos esposos. La noble, la altanera que ansiaba ser la reina, veía contrariada que la otra, la que no tenía pergaminos ni escudo blasonado, era la que atraía a su redor solícitos cortesanos.

Cándida no se preocupaba de estas pequeñeces. Feliz en su hogar con el amor de su esposo, con el bienestar de la prosperidad y el brillo y fama de los triunfos forenses de su marido, pagaba los desdenes de su concuña con atenciones delicadas.

La hora de la desgracia sonó para ambas con el destierro y confiscación de bienes de los dos hermanos y el corazón magnánimo de Cándida desplegó entonces todas sus bondades trayendo a su lado a la noble pariente empobrecida, con sus hijas, y dándoles como abrigo seguro y tranquilo el mejor rincón de su casa.

Los primeros meses de tribulaciones estrecharon las relaciones fraternales, pero la

vida en comunidad prolongada año tras año, quieta, monótona, el trato más íntimo y cercano, encendieron de nuevo el rencor y la rivalidad.

Mientras la señora Cándida como dueña de la casa cumplía sencillamente su misión proveyendo dentro de sus medios actuales a las necesidades de la familia triplicada, por inclinación natural y sentimiento de deber hacia los hermanos de su esposo, como él desterrados y arruinados, la señora Lola recibía aquellos beneficios como homenajes *debidos,* o como anticipos que habían de ser reintegrados en día no lejano. Además, para ella todo eso era una indemnización, porque su marido no era insurrecto, sino lo comprometieron las exageraciones del hermano don José.

De esta diferencia de criterio la queja, la exigencia, el fruncimiento del ceño, el enojo por la más mínima deficiencia en el servicio de la casa. —¿La mesa? ¡qué mal servida! ¿la sazón? ¡qué mala...! ¿el criado? ¡qué torpe! ¿la vida? ¡qué amarga!

Juana, la asistente solícita de unos y otros; el cochero fiel que servía para cuanto se necesitaba y deseaba complacer a todos, el negro viejo que inventaba en la cocina

con amor a su arte y el amor a sus amos las más sabrosas y económicas salsas recordando en la escasez presente los días pasados de la abundancia; todos sentían la dureza de carácter de la señora Lola comparándola con la dulce benevolencia de Cándida.

Elisa, el botón de trece años que crecía y se desarrollaba bajo la tutela de su madrastra adusta, de mal genio, descontenta, sentía más que sus dos hermanitas, las dos hijas del segundo matrimonio, las durezas de aquel carácter orgulloso, que falto de dominio propio, se encerraba en la estrechez de su cuarto, su propio feudo, y ejercía su soberanía altanera y despótica con las niñas y criados.

¡Cuántos días largos permanecía la señora Lola encerrada en su habitación, haciéndose servir en ella, "sin dejar verse la cara" como decía Juana, rumiando algún resentimiento o enojo por las más fútiles causas y esperando que fueran todos a satisfacerla y desagraviarla!

Penitenciaba entonces a las niñas; sus gritos eran faltas, y a Elisa, que sentía anhelos de correr y cantar y saltar y de estar al lado de Sunta y Cándida y pasar por la saleta cerrada con persianas, la retenía a su lado

como prisionera para que no fuese a llevar sus alegrías a los demás habitantes de la casa.

Como Ricardo había llegado a ser miembro de la familia, agasajado por Sunta, estimado y tratado con maternal afecto por Cándida, también él sintió bien pronto los desdenes de aquella alma irascible y agitada por aprensivos o imaginativos agravios.

¡Cómo habría podido sospechar el joven estudiante que esa injusta prevención ejercería en su existencia un influjo extraordinario!

XVIII

EL SECRETO DEL BOTERO

Tomás, el botero, y Ricardo simpatizaron pronto. La juventud y la locuacidad de ambos eran estímulos bastantes para su intimidad. En los viajes semanales y frecuentes por la bahía para realizar el servicio clandestino de la correspondencia revolucionaria, sus corazones se franquearon. Los encendía por igual, aunque con los tonos distintos de su diversa educación, el amor patrio.

Para alejar sospechas y ejecutar su labor con más seguridad, libres de miradas vigilantes, acordaron reunirse en diferentes lugares del puerto. Unas veces arrimaba Tomás su bote a los espigones desvencijados de madera del muelle de Luz, al pie de los vapores de Herrera, y él se mezclaba entre la turba de boteros que bebían y atisbaban pa-

saje en la plazoleta, alrededor del tenducho de bebidas y refrescos, para ser el primero que ofreciera su embarcación a Ricardo cuando le veía penetrar en la plaza por la calle de San Pedro. Otras veces le aguardaba en el mismo muelle de la Machina, metido en la caseta, entre los carabineros de la Aduana y los policías del puerto o en el embarcadero *El Estribo,* al pie del extremo final de la muralla, en la desembocadura de la calle de Cuba, donde atracaban las barcas de los oficiales y soldados acuartelados en la Cabaña y el Morro. Se juntaban así en el núcleo de los enemigos para hacerse menos visibles.

Ya no se reunían sólo para entregarse y devolverse el libro artificioso en que Chavarre encerraba los pliegos de la correspondencia revolucionaria, sino para esparcir sus corazones en largas confidencias, darse las noticias del campo de la guerra recogidas por uno y otro en los periódicos, en la calle y, sobre todo, por Tomás en los corrillos de la chusma. Prolongaban su paseo por la bahía, recorriéndola en distintas direcciones, para disponer más tiempo en sus pláticas, y no faltó ocasión en que la vela los llevara fuera del puerto por el litoral, bor-

deando los arrecifes de San Lázaro, los inmundos y solitarios basureros de la ciudad, en que se levantaban a trechos las casetas de los baños *Campos Elíseos, San Rafael* y *La Isleña* y cerraban los muros traseros de las casas de San Lázaro manchados con las corrientes infectas de los caños y alcantarillas. El desembarco lo hacía entonces Ricardo en la misma caleta de San Lázaro, pasando el bote por entre las arrias de caballos que bañaban en aquel sitio de la población, frente al asilo de la Beneficencia y el Hospital de San Lázaro, la turba de palafreneros de los establos, desnudos, en cueros, dando alegres alaridos mientras se bañaban también en salvaje promiscuidad con las bestias.

A Ricardo había chocado desde el primer día de su encuentro con Tomás el marcado acento peninsular de su conversación. Pronunciaba la *c* y la *z* y aun por su mismo aspecto parecía un asturiano.

—¿Cómo es eso—le preguntó un día—, siendo tú tan criollo?

—¡Oh! es muy sencillo—replicó el botero.—Mi padre era asturiano rancio. Sirvió al Rey en la escuadra. Cuando se licenció en la Habana compró un bote con su masita

y ganó la vida en el puerto, como yo lo hago ahora. Se encontró con mi madre y me tuvo a mí. Yo no conocí a mi pobre madre: la perdí muy niño; mi padre me dijo siempre que fué una cubanita muy buena; debió serlo, porque era mi madre.

Desde entonces mi padre—que era un hombre rudo, pero de natural sano—me tuvo a su lado como un faldero; me traía en su bote y crecí manejando el remo y la vela y viviendo siempre en comunión con los demás boteros: son todos españoles, licenciados del ejército y hablo como ellos.

Al morir mi padre me dejó este bote y otro de pescar con cubierta que le servía y me sirve para la pesquería fuera del puerto.

Yo hablo *en criollo,* si quiero, porque eso lo he aprendido en tierra entre los míos y sobre todo con Julián; pero si lo hablara me perdía.

—¿Por qué?—preguntó Ricardo.

—Porque para conservar los botes y la matrícula tenía que ser licenciado de la escuadra como mi padre y como los demás boteros. Los cubanos, Ricardo, no podemos ser ni esto. Así he renovado la matrícula de mi padre, cuyo mismo nombre llevo y hablo

como él español, su mismo lenguaje, para que por español me tengan y no me echen. ¿Comprendes ahora?

—Eres listo y más culto que ellos.

—¡Ah! Eso se lo debo a Julián, ese gran corazón de hombre bueno.

—¿Por qué se lo debes?

—Cuando era un chiquitín de unos diez años, entró en el bote un día Julián para ir a Regla; nos cogió un brisote y nos desviamos; pasamos un susto. A Julián le sorprendió la habilidad y serenidad con que ayudé a mi padre en la maniobra y cuando amarramos entró en conversación con nosotros.

—¿Sabes leer?—me preguntó.—No sabía leer; mi padre repuso que no había pensado en eso porque él tampoco sabía leer.

—Ve a casa todas las noches—me dijo—y en poco tiempo yo te enseñaré a leer y valdrás luego más.

Mi padre consintió en ello y fuí a casa de Julián como a emprender una cosa rara y difícil. Julián me enseñó a leer, a escribir, a contar, a pensar y sentir: a saber lo que vale uno mismo. Yo quería a mi padre, a mi bote, al mar; quise a Julián como al mundo entero. Por eso le sirvo, porque me enseñó

más: que el hombre tiene una patria y que debe ser libre.

—¿Y por eso eres insurrecto?

—¡Ah! lo soy por todo, por lo que aprendí y por lo que he visto y sentido.

Cuando empezó la insurrección en octubre del 68 ya mi padre había muerto; todo mal tiene su bien, porque a él, que era español rancio, no le habría ocultado mis sentimientos y lo habría hecho sufrir. Quise irme a la guerra, pero Julián me contuvo. Servirás mejor aquí, me dijo. Y aquí sirvo. Pero tengo el corazón lleno de odio por lo mismo que hago una vida hipócrita entre esta chusma de enemigos.

Cuando miro los botes abanderados y tengo que abanderar el mío, con la bandera de oro y sangre, los días en que llega un general o tropa en los vapores correos de España y tantas otras cosas, me cómo los hígados... Pero, hago mi papel y grito ¡viva Pravia! como ellos y con su tono. ¡Ya llegarán los míos!

—¡Te admiro!

—No te figures. Tengo a veces instintos sanguinarios; los tengo desde el día en que ví ahorcar en la plaza de la Punta a León y Medina, a dos patriotas valientes como leones.

—¿Cómo los viste?

—¡Ah, qué día!... Los habían cogido en la calle del Carmen. Decían que tenían un depósito de armas. La policía y los voluntarios asaltaron su casa y ellos la defendieron atrancándose en ella. La Comisión Militar los condenó a garrote... ahí, en la Punta, en las mismas narices de la población, los ahorcaron. Todo el paseo del Prado y la plaza de la Punta y los fosos estaban llenos de voluntarios; caladas las bayonetas, guardaban la marcha desde la puerta de la cárcel hasta la plaza. La soldadesca furiosa se apiñaba detrás... Al pie del patíbulo otro cuadro de tropa.

Yo estaba en *El Estribo* con mi bote. La curiosidad, la pasión, yo no sé qué, me llevaron a tierra entre la multitud.

León subió al cadalso, firme, con dos capuchinos al lado, y mientras el verdugo preparaba el garrote, se adelantó al borde del tablado y gritó: ¡Viva Cuba Libre!...

¡La que se armó! Sonaron disparos; lo cogieron y lo ahorcaron en seguida mientras los gritos ¡muera!, ¡muera!, cundían; la masa de gente empezó a moverse. La tropa subió al patíbulo para ayudar al verdugo. Sacaron el cuerpo de León del único garrote y

metieron en él en seguida a Medina... y lo *salcocharon*. Hay quien dice que lo mataron a tiros.

Delante de mí había un energúmeno que gritaba: ¡muera Céspedes!, ¡mueran los traidores! y que con su bayoneta atacó a un concurrente que protestaba de tanta injusticia. No sé lo que me dió: ¡guarda el secreto!, Ricardo. Tenía mi cuchillo del bote bajo la blusa... ¡lo dejé clavado en el vientre de aquel asesino! Y entre la avalancha de los que gritaban y corrían, corrí también y seguí en dirección al mar y alcancé mi bote y desde *El Estribo* contemplé cómo se desbandaba disparando sus fusiles, gritando desaforadamente: ¡mueran los mambises! y se desparramaba en las calles de la ciudad aterrada, aquella muchedumbre de voluntarios armados y desalmados dejando en el patíbulo dos cadáveres y en la plaza un montón de muertos y heridos.

XIX

UN COMISARIO

Arujo, el Comisario, no era meramente un hombre de carne y hueso, ni un funcionario, sino una institución. La oficina destartalada, con estantes de pino crudo, sin pintar, atestados de paquetes de papeles amarrados con cordel y rotulados; con bufetes carcomidos en que se sentaban escribientes enjutos y famélicos; con bancos de madera sin barnizar, para los de fuera, con un guardia de bigotes caídos y sable de vaina metálica, incrustado en la puerta como la estatua del Sueño, era, no obstante su misérrima apariencia, el centro de acción y vigilancia de un distrito extenso de población urbana. Arujo actuaba en ella como un bajá; allí estaba el trono de su señorío. Su arte consistía en conocer cada familia, cada individuo

al dedillo: el comercio de fulano, los movimientos de zutano, la manera de actuar, de sentir y de pensar de los vecinos. Sus formas duras, altaneras y despóticas cuadraban con su aspecto vigoroso, su mirar altivo, su voz ronca y sus maneras duras de presuntuoso poderío. Había sido sargento de guardias civiles y en aquel cuerpo de seguridad pública, rural y urbana, de facultades exageradas, ilustró su hoja de servicios con hechos extraordinarios: la persecución de bandidos de terrible reputación en los campos y la detención de conocidos malhechores en las ciudades. Al rigor con los débiles aunaba la adulación y el servilismo con los poderosos. Los primeros le temían, los segundos le halagaban. En un gobierno despótico, Arujo era un elemento valioso e indispensable. El lo sabía bien y desempeñaba su papel a maravilla. Inculto, ignorante, sin ninguna noción del derecho ni sentimiento de justicia, actuaba de inspector de las costumbres públicas, de guardador del orden, de perseguidor de malhechores, de instructor de los sucesos criminosos, de juez, de fiscal y ejecutor, todo en una pieza. "Tenía mando," como él mismo decía, y la acometividad necesaria para ejercerlo. Po-

día amarrar a un hombre en la calle y mandarlo a la cárcel cuando su arbitrio se lo aconsejaba y levantar su manatí y descargarlo en las espaldas de los que le objetaban y resistían. El valor temerario que se le atribuía tenía en estos actos gráfica demostración. Infundía terror, que era lo que se necesitaba. A veces había quejas y protestas por sus excesos, pero los superiores las pasaban por alto. Un ministro como Arujo no se encontraba a todas horas y en todas partes.

Cuando recorría con su inseparable Trabuco y el viejo guardia Medina la calle de la Bomba y el recinto de la Muralla por en medio de la turba de marineros, soldados y populacho grosero, que hacían corte a las escandalosas mesalinas de aquellos inmundos lugares, temblaban estas desgraciadas. Las apostrofaba, les imponía multas y les cobraba el barato. Trabuco era el recaudador de los tributos inmorales.

No era casado ni tenía hijos; se sabía que sus amores eran variados y escogidos entre las dueñas de las más acreditadas casas de lenocinio en las que entraba como señor y con inaudito descaro.

En su distrito estaban los garitos más re-

nombrados y concurridos, donde corrían a chorros las onzas de oro de los pródigos y los jugadores más afamados, y no había temor de ser perseguidos en ellos, los que jugaban, si se entendían con Trabuco, el *factotum* del comisario.

Este prohombre, con todas estas cualidades, era el guardián de las familias y los ciudadanos y firme sostén de un sistema de gobierno adecuado.

Asistía al vecino desde la cuna hasta la tumba, anotando su nacimiento por la expedición de cédulas, su matrimonio, su cambio de residencia, su pase de un lugar a otro, su muerte y su viaje final al cementerio.

¡Ah! Porque conocía bien a todo el mundo, pudo, en 1868, dar una lista extensa de los cubanos que consideró sospechosos de infidencia a la nación y emplear toda una noche, sin descanso, con sus secuaces, en sacarlos por centenares de sus casas y llevarlos prisioneros al castillo de la Cabaña.

Sér tan estúpido y privilegiado, lleno de pasiones brutales, inflado por la vanidad de su poderío, llevaba en el corazón un anhelo, una pasión que lo obsesionaba: alcanzar los favores amorosos y las gracias de la humilde mulata Juana.

XX

EL CORTEJO DE SUNTA

Las tribulaciones económicas de la señora Cándida aumentaban y se complicaban cada día. A la venta de la pareja de caballos que lloraba siempre el calesero Juan como si le hubieran arrancado parte de sus entrañas, siguió la del lujoso coche guardado como una reliquia bajo su forro de lienzo en el zaguán de la casa. El mismo Juan agenció la venta. "Se dió en dos lo que valía ocho. ¡Qué remedio!; el dinero se necesitaba. Más se había perdido con la prisión y la ausencia del caballero don Pepe, que había de volver algún día, porque aquello de la guerra no duraría siempre, y entonces se compraría otro tren y él volvería a llevar a su señora dichosa a las retretas del Parque, a los *Helados de París,* al teatro, a las tiendas y a sus visitas.

Vivir y tener paciencia y ayudar a la señora tan digna de ser amada".

¡Bravo Juan, que tenía un corazón de oro dentro de su negra armazón de esclavo!

Ricardo, confidente ya de tantas penas, llevó unas tras otras al empeñista las últimas joyas de la excelente dama, trayéndole con las sumas del préstamo usurario los documentos del contrato.

Cándida le daba las gracias y con cierto sentimiento de vanidad comprimida le hacía sólo esta recomendación: ¡Que no lo sepa Lola!...

¡Ah! La señora Lola guardaba sus joyas en su antiguo neceser de plata bajo la llave de los armarios, como testimonio de su pasada opulencia, sin ofrecerlas para igual sacrificio ni darse cuenta de las penas que agobiaban a su concuña.

Hasta la misma casa, la ancha mansión solariega, recinto de tantos dulces recuerdos y de tantas penas, había sido hipotecada, y las mensualidades de intereses absorbían las demás rentas escasas.

Sunta y Ricardo conocían al dedillo estas desdichas domésticas, veían las estrecheces que no podían remediar y que aumentaban su veneración y cariño por doña Cándida.

Las noticias de los hermanos desterrados eran desconsoladoras. Habían hecho el viaje de la proscripción en el vapor *San Francisco de Borja,* hacinados por centenares los proscriptos en las bodegas o sollados, diezmados por el cólera, desde la Habana a Puerto Rico y las Canarias, desde estas islas a Mahón, en el Mediterráneo, sin ser admitidos a desembarque en aquellos puertos y por último arrojados en la solitaria, lejana y mortífera Isla de Fernando Poo, en el Africa.

Al cabo de dos años de este largo martirio lograron el traslado y confinamiento en España, y desde Cádiz reclamaban auxilios frecuentes, que Cándida no escatimaba.

—El caballero don Pepe está tan enfermo! ¡Dicen que no rebasa!—exclamaba con dolor Juana dirigiéndose a Ricardo en sus frecuentes conferencias matinales;—yo no sé qué va a ser de mi pobre ama.

En tanto infundía consuelos y esperanzas a las damas, con palabras corteses y atenciones exquisitas, el boticario don Anselmo, que menudeaba sus visitas en las veladas.

Era hombre rico, español influyente, bien relacionado con los elementos oficiales; podría obtener andando el tiempo y cuando

las cosas se tranquilizasen más, que se alzara el destierro de los caballeros.

Su solicitud la redoblaba con Sunta, su verdadera introductora y su predilecta de la casa.

Era un hombre afable, frisón en los cuarenta y cinco años, limpio y acicalado. Su conversación, reposada y dulce, entretenía a las señoras y su visita les resultaba grata.

Ricardo le había visto raras veces, pero oía hablar de él a Sunta con frecuencia y su asiduidad llegó a chocarle.

—Sunta—le dijo un día de improviso—, ¿es que don Anselmo te corteja?

—Sí—respondió ella sonriendo y sin ruborizarse—, me corteja.

—¿Y lo querrás?...

—Ricardo—replicó Sunta—, en este corazón ya no puede haber amor para más nadie; el amor pasó... la juventud también; pero la vida es dura y cruel, hay que pensar en desafiarla.

Ricardo se encerró en su cuarto con el corazón oprimido; recordó a su hermano muerto y la recomendación de su hermana; pensó si, como Sunta, tropezaría con algún ser inhumano que marchitara sus ilusiones primeras con el desengaño, y endulzó su

amargura la voz de Elisa que cantaba en voz alta en el primer patio una canción popular:

¿Qué tienes María?
Tus tristes amores,
María no llores
¡qué triste es llorar!

¡Ah! Elisa, exclamó consigo mismo poniendo su cabeza entre las dos manos posadas sobre la mesa de estudio, si llegaras a quererme, yo trabajaría para hacerte dichosa y que no derramaras nunca una lágrima!

XXI

LABORANTISMO AMBULANTE

Chavarre había recibido una advertencia misteriosa, un billete cerrado que dejó no se supo quién en la portería y que contenía estas solas palabras: "No vaya usted más a Matanzas. Le vigilan".

¿Quién así, con celo oculto, le ponía en guardia contra enemigas acechanzas?...

Julián y Ricardo, instruídos por él de este aviso, creyeron prudente suspender aquellos viajes. Pero sus trabajos revolucionarios no podían suspenderse; los planes combinados con los ausentes y los amigos en el campo necesitaban constante atención. Recoger la correspondencia de los jefes insurrectos para enviarla a Nueva York, remitir la del extranjero al campo, colectar recursos y auxilios de los simpatizadores en la ciudad y hacerlos llegar a su destino, to-

do esto requería su atención y eficacia. Interrumpida la comunicación directa de Chavarre con el doctor matancero, había que recurrir a otros medios.

Conspirar en la Habana en los años de 1870 y 1871 era tarea suprema por lo peligrosa y de imposibilidad casi absoluta. La ciudad era, más que un campamento, un presidio. En cada esquina, la garita de desconfiados centinelas, el café o la bodega servidos por voluntarios, en cada puerta, un guardia, el portero armado. En las casas, cada hombre cubano un vigilado de cerca. Tres paisanos no podían reunirse en una esquina o en las plazas sin despertar sospechas; era temerario llevar prendas de vestir que recordaran el traje criollo; la corbata azul en los hombres era un signo que atraía la persecución y la muerte; el pelo suelto en las mujeres un atentado y a algunas se lo cortó la turba de voluntarios en la calle.

En medio de estos peligros, Chavarre y Julián—citados por Ricardo—se reunían frecuentemente en diversos sitios de la ciudad. Preferían los sitios céntricos y más concurridos a los solitarios, para hacerse menos sospechosos.

Se encontraban casualmente en la tertulia del teatro de Tacón durante las representaciones del actor español Argente, con quien hacía sus primeros triunfos el actor cubano Pildaín, y allí, en las galerías, cambiaban brevemente las palabras estrictamente necesarias. Acudían al Circo de Variedades en la calle de San Rafael y Consulado, donde los acróbatas atraían gran público, o emprendían a veces largos paseos por la ciudad.

Tomaban uno tras otro, como si se encontrasen, al acaso, el carro urbano tirado por tres caballos que partía de la plazuela de San Juan de Dios, junto a los muros ya derruídos del Hospital del mismo nombre; seguían en el trayecto por las calles de Aguiar y Chacón hasta la puerta de Colón, donde el vehículo atravesaba, sobre puente de madera, el antiguo foso y cruzando frente al viejo y célebre teatro de madera *Villanueva*, tornaba a la izquierda por la avenida lateral del Este de la calle del Prado, limitada en toda su longitud por cercados de madera que guardaban diferentes talleres de materiales de construcción y se extendían atrás hasta los fosos de la vieja muralla.

En el extremo del Prado ladeaba el carro

la fuente de Neptuno y doblando la esquina formada por la célebre tienda del *Tocho*, entraba por las calles de Neptuno y de Consulado hasta la de San Rafael, Galiano y Reina. En Belascoaín la línea seguía por en medio del extenso campo despoblado de Peñalver, que servía de basurero de la ciudad y en los Cuatro Caminos volvía a penetrar en vía urbana continuando por la calzada del Monte hasta el lejano Cerro.

En este viaje, de más de una hora, los dos amigos, sentados juntos, bien pegados en el asiento lateral, podían hablar en voz baja de sus asuntos, recatándose de los demás viajeros.

Bajaban del tranvía en lugares distintos y volvían a reunirse en el del retorno.

Desandaban la calzada del Cerro hasta el Puente de Chávez; pasaban a todo lo largo por la fangosa y destartalada Calzada de Vives cercana a los muelles de Tallapiedra; doblaban por la calle de Suárez hasta llegar a la solitaria pila de la India, situada en los solares yermos inmediatos al Campo de Marte, y frente a la muralla, y seguían orillando los fosos por terrenos desiertos desde la Calzada del Monte hasta el paradero de los carros, una casita de made-

ra que servía de apeadero, frente a la embocadura de la calle de San José en el límite del patio de la estación de Villanueva, y cerca de los baños públicos instalados en los fosos de la puerta de Monserrate.

Allí bajaba del carro Julián para dirigirse solo a su casa y Chavarre continuaba la ruta hasta el fin, ladeando el carro la muralla para entrar de nuevo en la ciudad por la puerta de Colón, seguir por el recinto a la derecha y penetrar en la calle de Empedrado hasta las puertas del Hospital de San Juan de Dios, punto terminal de parada y partida.

Eran dos horas de lento y monótono pasaje, pero que daban, a ambos jóvenes conspiradores, largo espacio para sus confidencias.

Una tarde enderezaron sus pasos hacia la Cortina de Valdés; dejaron a su espalda la Pescadería frente a la plazuela de la Catedral, el muelle de desembarque del hielo importado, y se sentaron en uno de los bancos de piedra de aquel paseo solitario al pie de un viejo álamo, contemplando sobre la orilla opuesta del puerto, en la cima de las lomas, la silueta pintoresca del Castillo de la Cabaña con sus leyendas tenebrosas y al pie, en la orilla, inmóvil sobre el agua, el

barco pontón, guardián de la entrada del puerto.

—Chavarre—dijo Julián—, estamos perdidos, la revolución se extingue en las Villas; el conde de Valmaseda ha sembrado en aquel territorio el terror y el exterminio; las partidas que no se han presentado o disuelven se han corrido al Camagüey y a Oriente. La guerra se prolongará sin éxito en aquellos distritos montañosos y nuestro afán de extenderla a Occidente se malogra; el pueblo nuestro no ha respondido, o mejor dicho, no ha podido responder. Hemos intentado una revolución de arriba, de los ricos y de los sabios, de soñadores y teóricos y nos han vencido; el *Hornet,* el *Lillian* y el *Virginius,* todas las expediciones que esperábamos han fracasado. Goicouría va a ser ahorcado... ¿Qué esperanza nos queda?

—¡Morir!... ¡morir luchando!—contestó Chavarre.

—¡Luchemos!, ¡muramos!—murmuró Julián.—El doctor Hache, el abogado Linares nada han podido hacer en Matanzas. Nuestra comunicación con ellos no se ha interrumpido. Esos bravos empleados del ferrocarril de Villanueva son unos grandes patriotas. Sirven a maravilla... Nuestra úni-

ca esperanza de remover las Villas, está en el Inglesito... ¿Logrará penetrar ahí?... Lo dudo.

Los dos amigos interrumpieron su conversación al percibir un ligero ruido a sus espaldas; al pie del árbol estaba acurrucado un mendigo haraposo, de luenga barba y cabellera cana, con un jarro de lata en la mano lleno de restos de alimentos mantecosos.

—¡Una limosnita, por Dios, hermanos!— exclamó.

Julián le arrojó unos centavos y cambiando de conversación dijo a Chavarre:

—¿Y qué sabes de Matilde?

Chavarre le miró dulce y fijamente y con acento triste le contestó:

—Matilde ha muerto y ya ves... ¡yo vivo!

Después se levantaron y se alejaron de aquel sitio. Cuando bajaron la escalera frente a la Maestranza, el mendigo se levantó derecho sobre sus piernas, se arrancó la barba postiza y murmuró:

—¡Ya los tengo; no me equivocaba; son míos!

Era Trabuco.

XXII

LA DECLARACION

Surgió en el corazón de Ricardo la inquietud del primer amor: la ansiedad, el ensueño, la idea fija. El abandono de la labor diaria por la voluntad enferma; el afán de acercarse al objeto amado, de verlo, de oirlo a todas horas. Aquella niña inquieta y ociosa que cruzaba por los patios y detrás de las persianas atisbándole, pero que le huía, estaba clavada en su cerebro y en sus ojos sin intermitencias. La llevaba en su memoria a la Universidad; la tenía consigo mientras explicaba las lecciones a sus discípulos y volvía precipitado a casa para estar más pronto cerca de ella, oirla cantar, si cantaba a lo lejos, y velar ansioso la ocasión de verla pasar por los patios.

La linda niña era movediza como una ar-

dilla; se acercaba al cuarto de Sunta cuando él le hacía visita, pero no se detenía ni se sentaba a platicar con ellos; entraba y salía y volvía a entrar y salir del mismo modo, casi sin mirarle.

Proponíase detenerla con algún reclamo; invitarla a sentarse; componía previamente la frase que habría de decirle; pero cuando llegaba el momento de pronunciarla, los labios le temblaban, le latía el pecho y el ánimo le faltaba.

Por lo que ella se alejaba y él callaba parecían seres enemigos o disgustados uno de otro. Sunta lo comprendía y sonreía.

—¿Qué te pasa, Ricardo, con Elisa?

—Nada—contestaba él.

—¡Hum!—murmuraba ella—, ya tienes el gusanito.

La ansiedad se convirtió en sufrimiento. Ricardo tuvo momentos de honda amargura, sobre todo los días en que Elisa dejaba de verle.

La ingrata no adivinaba cuánto era querida.

Elisa a su vez sentía malestar inexplicable. Aquel joven estudiante que se encerraba todas las noches solo con sus libros, la incomodaba.

Tenía deseos de que se mudara de casa; de que se fuera. Lo sentía salir por la mañana temprano cuando iba a clases y desde que oía sus pasos en el patio o el rumor de sus pláticas con Juana, ya no podía dormir. Se levantaba y no sabía por qué deseaba que sonasen las cinco y media de la tarde para que aquel molesto vecino volviese a su cuarto.

Cuando oía sus pasos, le veía o sabía que ya estaba en casa, se alegraba; pero le contrariaba salir al patio y que él la viera, lo que no obstaba para que lo atisbase a través de la persiana.

Deseaba oirlo y le molestaba que le hablase; sentía disgusto porque leyese libros y versos a Sunta y hasta le motejaba a Juana que fuese tan solícita con aquel recién venido.

Una tarde, al regresar Ricardo de sus clases, tropezó con Elisa en la antesala; no había nadie más que ella en la habitación; los demás de la familia estaban en el interior de la casa. Ella se quedó extática mirándole; él sintió un vuelco en el corazón, palideció, se le humedecieron los ojos y con voz débil y trémula le dijo:

—¡Elisa, te quiero!

Ella le miró brevemente, hizo un gesto de

agrado, sonrió, bajó la cabeza y echó a correr hacia la sala diciendo con dulzura y como reproche:

—¡Qué pesado...!

XXIII

LOS AMORES DE JUANA

La bella mulata, criada de casa rica y de las relevantes cualidades que hemos bosquejado, debía poner su pensamiento alto entre su clase o ser solicitada por galanes distinguidos. Era ya la época en que los esclavos empleados en el servicio doméstico en las ciudades disfrutaban de más expansión que las concedidas a los dedicados a las faenas agrícolas en las fincas y en los ingenios; el maridaje estaba reducido entre los siervos de la misma dotación. Los amos daban esposa o marido a sus criados. La cría fuerte y sana aumentaba el capital.

Juana y Leonardo se amaron y emprendieron sus relaciones clandestinas sin permiso de nadie. Las desgracias de su ama, la

benevolencia de ésta, permitieron estrechar aquellos lazos.

Leonardo era un joven mulato, ingenuo, de esmerada educación, músico y sastre. Tenía fama como uno de los clarinetes de la orquesta famosa de Juan de Dios Alfonso, la que tocaba en los grandes bailes de Tacón y en las recepciones sociales las más dulces danzas y valses en boga; además acompañaba con la flauta el órgano o los cantantes de la Catedral en la misa mayor del domingo y en las grandes festividades de Corpus, San Cristóbal y la Semana Santa. El resto de su tiempo lo empleaba en su casita cortando y haciendo trajes de encargo a los parroquianos que estimaban la habilidad de su tijera.

Leonardo era un mulato buen mozo, fino, respetuoso, de atildados modales; vestía con corrección y con gusto y por sus oficios y por las ganancias que éstos le producían gozaba de prestigio entre los suyos y de estimación general.

Conoció a Juana desde niña. La había visto crecer; la trató más íntimamente en la junta de *ña* Agustina, la comadrona, en la calle de Aguacate, la casa donde se reunía la gente honrada de la clase de color en las

fiestas de San Rafael, el patrono del barrio del Angel, para hacer sabrosas tortillas de maíz, venderlas y cantar y danzar alegremente. La había visitado luego de vez en cuando en el zaguán de la casa de doña Cándida, sentados juntos en el banco de madera pegado a la pared entre la puerta y el coche forrado de lienzo, sitio de tertulia de los criados.

Juana era tan hermosa, tan buena, tan digna de ser querida que aunque despertaba la envidia de otros mulatos libres, la hallaban digna de la pasión de Leonardo.

Las bodas clandestinas no tardaron.

Juana, cuando se lo permitían sus ocupaciones o cuando obtenía licencia para salir, corría apresurada a casa de Leonardo: una casita baja de portal de teja sostenido en tres horcones de madera, con sala, que le servía de taller de sastrería, dos cuartitos, una cocina y un patio, situada en el recinto de la muralla, frente al muro, cerca de la esquina de la calle de Peña Pobre y antes del desemboque de la de Aguiar, en el boquete de la Punta.

Los pabellones abiertos en la muralla del frente, que en una época ocupaban los retenes, estaban ya vacíos y abandonados. Los

dos jóvenes mulatos tenían para su encuentro rápido y apasionado la quietud de un rincón solitario.

—Trabajo y ahorro—le decía Leonardo—para libertarte y casarnos.

—No me libertes hasta que no vuelva el caballero don Pepe y veamos a la señora Cándida dichosa. Déjame estar con ella y yo vendré a verte siempre que tú quieras.

Y dándose besos apasionados se confundían felices en estrecho abrazo, en sus nupcias ilegítimas y santas, los dos corazones enamorados.

XXIV

AMOR PRIMERO

Después del primer encuentro empezó para Elisa y Ricardo la serie infinita y variada de sencillas y sublimes nimiedades de dos seres inocentes y puros que se aman.

No necesitaron decirse que se querían para adorarse. No era preciso advertirse mutuamente que habrían de verse para buscarse.

Ya ella no le huía; se le mostraba. Le miraba con sus suaves ojos azules y le sonreía.

Por las mañanas, cuando él salía temprano a clases, estaba ligeramente entreabierto, al acaso, el postigo de la ventana del cuarto de Elisa que daba al primer patio y por la rendija asomaban unos dedos blancos y finos

con uñas rosadas que se movían diciéndole:
—Hasta la tarde.

Cuando regresaba al anochecer ella estaba en la saleta, o en el primer patio, o en el comedor, contestándole con dulzura las "buenas tardes".

Llegaba hasta la habitación de Sunta estando allí Ricardo y oía la conversación de éste con la costurera o se mezclaba en ella, sin hacer aquellas retiradas que lastimaban antes al joven o le enfurecían.

Se escribían cartitas frecuentes en que se repetían sin variantes: Te quiero; lo mismo que antes necesitaron decirse muchas veces y no habían tenido valor para pronunciarlo.

Al pasar por delante de las persianas mientras Ricardo estudiaba, ya no le atisbaba y huía, sino se detenía y le hacía señales, a veces le hacía gestos de enojo porque no abandonaba el libro, y no dejaba de decirle adiós con la mano cuando llegaba la hora de irse a la cama, porque la señora Lola iba ya a acostarse.

Sunta estaba al tanto de estas relaciones sin ampararlas ni aconsejarlas. —Juicio y quiéranse mucho—, decía dulcemente a Ricardo.

Juana era la confidente resuelta, la que

cambiaba las cartas y daba los recados. ¿Qué más podía desear para Elisa, la niña que había criado, que un joven tan formal como el niño Ricardo, que estudiaba mucho y sería un abogado?

Doña Cándida presumía o sabía por Sunta lo que ocurría; pero no se daba por enterada. Su alma buena estaba llena de estimación por Ricardo; pero Elisa, a quien amaba mucho, no era su hija y su deber era evitar disgustos.

El cochero Juan, hasta el negro viejo cocinero, conversaban sobre aquellas relaciones amorosas, ocultas y simpáticas, que afectaban desconocer y que habían de reservarse de la señora Lola. ¿Qué habría dicho y qué habría hecho esta señora de tan mal carácter, tan orgullosa y tan dura, si las hubiese sospechado?

¡Oh! idilio dulce y tierno de dos corazones nuevos, sensibles y amantes. Viviendo bajo el mismo techo y distanciados; hablándose por signos imperceptibles y por miradas en sus encuentros breves y ocasionales; ansiando sentarse el uno junto al otro para hablarse al oído y cogerse las manos, encendidos sus afanes por el incentivo de las dificultades, pero pensando siempre ella en él y él

en ella, jurándose interiormente con los juramentos más fervorosos y formales, que aquel amor que sentían, que los arrobaba, no lo habría ni lo podría desatar nada ni nadie!

XXV

"ORDENO Y MANDO"

Arujo conoció a Juana la noche de la prisión del caballero don José. La mulata estuvo afanosa al pie de su amo; le hizo la maleta apresuradamente, le acompañó al coche, le dió y recibió los últimos recados y los de despedida de su señora.

Después estuvo presente en las diligencias que siguieron por la ocupación de los bienes y el registro de los papeles del amo.

El Comisario se sintió tocado por la belleza ruda y las formas esculturales de la hermosa mulata.

Le dió vueltas luego; pasó por su calle redoblando allí su vigilancia y al encontrarse con ella la requebró sin ningún miramiento. ¿Qué más respetos merecía la humilde esclava?

Pero Juana siguió su camino sin volver la cara.

Todos los recados, todas las tentativas y ofertas fueron inútiles y encendieron más la pasión bestial del Comisario.

Aquello tenía que ser suyo, ¡qué diantre!

Al cabo se dió cuenta de la verdadera dificultad: el músico Leonardo. Averiguó sus citas, sus encuentros en la casita del recinto de la Peña Pobre, el reducto de las viejas murallas.

¿Cómo arreglar aquello? El ansia y los celos le cegaron. Su despecho necesitaba la venganza.

Para eso estaba allí Trabuco, el secretario activo, asesor en todas las circunstancias, astuto, sagaz, atrevido y mercenario.

Trabuco registró los libros de la comisaría, los talones de cédulas expedidas y relaciones de vigilados.

—¡Tate! Leonardo no había sacado cédula; estaba indocumentado. Además ejercía la industria de sastre sin licencia, defraudando al fisco.

Ya teníamos delito para actuar; lo demás lo podía hacer el Comisario.

Leonardo fué citado a la Comisaría por el

guardia de los bigotes caídos y la vaina metálica encorvada.

—¿Preséntame tu cédula?—le dijo Arujo.

—¿Cédula?—contestó vacilante el mulato—, yo no la tengo.

—¡Ajá!—exclamó el policía—, indocumentado. Tienes una multa de cien pesos.

—¿Cien pesos? Señor, no podré pagarla.

—¿Qué no la pagarás?, ¡perro!; yo te haré pagarla.

—Yo no he dicho eso, señor; yo soy un pobre y no podré...

—¡Atrevido!, ¡insolente!

El mulato bajó la cabeza avergonzado.

—Alza la cara y mira que te hablo—siguió gritando el Comisario.—¿Tampoco tienes licencia de la sastrería?

—¿Qué sastrería? Yo no tengo establecimiento; trabajo de encargo.

—¿Y me desmiente? ¡A la autoridad no se desmiente, miserable!—y al decir esto azotó el rostro de Leonardo con una bofetada.

El mulato así acometido, se echó hacia atrás y exclamó:

—Esto es una injusticia, señor Comisario.

—¡Injusticia! ¡Hase visto! ¡Yo haré que te calles! Y alzando el manatí que tenía en las manos lo descargó dos veces sobre la es-

palda de Leonardo que rugió de dolor y de rabia sujetando con las dos manos, en movimiento de natural defensa, los brazos del iracundo Arujo.

—¡Resistencia a la autoridad!—gritó éste.—Medina, pónle las esposas. ¡Llevarlo a los fosos por vago e indocumentado!

Trabuco extendió la orden escrita. Medina ató las dos manos de Leonardo con trabas de acero y le condujo detenido y recluído a los *Fosos Municipales,* a ser empleado en los trabajos allí, hasta nueva orden y mientras se resolvía sobre su causa.

De esta manera dura, violenta y fácil, el Comisario vengó los desdenes y cortó en flor el idilio amoroso y clandestino de Juana.

XXVI

LA CAIDA

El mutismo de Sunta duró algunos días. Pensaba y sufría. Contemplaba su presente menesteroso al abrigo de una buena protectora cuyos recursos disminuían rápidamente y que acaso necesitaría también muy pronto favores y protección.

Sus costuras, ¿qué le producían?... Las labores que en otra época le encargaba la misma Cándida y algunas señoras de sus relaciones eran ya tan escasas que no le daban medios para reponer sus propios vestidos.

La escasez presente y la miseria para el mañana. Después, entre las trenzas de su abundante cabellera empezaban a aparecer y multiplicarse los hilos de plata...

En su rostro veía quebrarse las líneas suaves de la temprana belleza.

Pronto sería vieja. Sin padres ni hermanos, sin marido... y aquel recuerdo doloroso de su triste desengaño.

Era bello ser virtuosa, trabajar y guardar la estimación de sí misma.

Pero, ¿y la vida larga, triste y necesitada?

Si le faltaba Cándida o Cándida, como era visto, se empobrecía, ¿qué hacer?, ¿qué esperar?

El problema era arduo; la hacía cavilar y sufrir.

Don Anselmo, hombre rico, afable, de modales distinguidos, la asediaba con su solicitud. La amaba; no sentía amor por él, pero no le repugnaba y podría llegar a quererlo.

No era soltero ni era viudo; tenía su mujer enferma en España, de donde procedía; una pobre paralítica que no recobraría nunca la salud, pero que acaso no se moriría antes que él.

Don Anselmo no la engañaba: le decía la verdad; no le ofrecía su mano para consagrar ante el altar bodas legítimas, pero le ofrecía un hogar, recursos y protección.

Casi le doblaba en edad. Era un hombre fuerte y sano. Y ella ¿no iba ya para vieja?

Un compañero juicioso, un hombre serio,

que no tenía trazas de libertino, que la quería, que era sincero y franco, que aseguraría su porvenir.

¿Cómo estimaría su conducta Cándida? ¿Cómo la juzgaría Ricardo? ¿Cómo dar un mal ejemplo a la inocente Elisa?

Don Anselmo al terminar su visita la víspera había arrancado una promesa. Sunta no durmió en toda la noche... trémula, nerviosa e indecisa.

Por la madrugada metió en un cofre sus vestidos más precisos y estalló en sollozos.

Al guardarlos tocaron sus manos un collarcito de cuentas que le había regalado aquel infame que la abandonó y se casó con otra, el culpable de su caída.

Cuando lució el sol abrió la puerta de su cuarto, miró con rubor al del vecino, llamó a Juana y le ordenó que llamase un coche.

Al entrar en el vehículo y despedirse con la mirada de aquella mansión de sus alegrías y de sus desdichas, le preguntó Juana:

—¿A dónde va la niña?

—A correr mi suerte. Cuando despierte Cándida dile que me he ido al campo... dilo a todos... que volveré pronto o que no volveré, y besó llorando a la mulata.

Juana lo comprendió todo; no había nece-

sidad de decírselo. Entró en el patio limpiándose los ojos y diciendo:

—¡Tenía que suceder! ¡Se va con el viejo!

XXVII

TRABUCO EN CAMPAÑA

En tanto Trabuco seguía su espionaje recogiendo datos de acuerdo con Arujo, no para servir a la nación, sino para cazar con seguridad los dineros del abogado Linares.

Todo lo tenía bien averiguado y escrito en un grueso folio de declaraciones, informes y apuntes. Sabía bien y le constaba a qué iba Chavarre a Matanzas, lo que hacía y trataba con el amigo supuestamente enfermo y lo que daba el ricacho Linares.

Comunicaban con los insurrectos en Colón y las Villas y enviaban, por medio de comisionados fieles y seguros, dinero, municiones, ropas y recursos a las partidas que vagaban y se batían en aquellas comarcas.

Chavarre, Julián y Ricardo, y otros más, empleados en el ferrocarril de Villanueva,

estaban comprometidos, pero sobre todo tenía en su poder una carta autógrafa del abogado Linares a Chavarre, interceptada hábilmente, la única prueba contra aquel opulento letrado, de quien nadie sospechaba, porque hasta se le tenía por buen español y amparado por poderosas influencias.

La carta valía un capital; dejarla o no en el proceso debía ser el ardid productivo.

Detener sospechosos, enviarlos a la cárcel, a las comisiones militares, al destierro o al Foso de los Laureles en la Cabaña, cuyo apetito era insaciable, no tenía dificultad; lo difícil dentro de lo fácil era sacar partido ellos, los acusadores, los jueces, los defensores de la integridad nacional.

La hora de proceder sonó. Trabuco y Arujo conferenciaron secretamente en la habitación cerrada que daba a la sala, junto a la mesa en que escribía encorvado como un arco el escribiente enjuto de manos flacas y uñas amarillentas.

El golpe se daría esa noche reduciendo a prisión en sus casas a Chavarre, a Julián y a Ricardo y haciendo detener en Matanzas al médico enfermo y a Linares y traerlos a la Comisaría en el primer tren.

Lo demás, ya Trabuco lo arreglaría.

Linares habría de comprar la carta a precio de oro para ganar la libertad; los demás seguir su destino: el presidio, el destierro o la muerte fusilados o en garrote.

Cuando los dos siniestros inquisidores se echaron a la calle seguidos del guardia Medina, el escribiente flaco, que escribía en su mesa silencioso y con el oído abierto, escribió con la mano izquierda varias líneas en un papel desfigurando su letra, lo encerró en un sobre y guardándolo en el bolsillo salió de la oficina en dirección distinta.

XXVIII

FUGA DE LABORANTES

Chavarre reunía su rebaño de colegiales en el salón de estudios cuando el portero le entregó un pliego. Lo abrió; la letra era la misma que le había dado el aviso de no repetir los viajes a Matanzas.

El papel contenía estos párrafos concisos:

"Está averiguado todo lo que usted iba a hacer a Matanzas. Sus trabajos revolucionarios con el médico Hache y el abogado Linares. Su concurrencia con el señor Julián y el señor Ricardo del Campo. A los dos primeros los traerán mañana conducidos desde Matanzas; ustedes serán presos esta noche. Un español obscuro y pobre que ama el país en que han nacido sus hijos y que lamenta y llora tanto sacrificio estéril, tanta víctima, les da este aviso. Destrúyalo y sálvense como puedan".

Chavarre, pálido y sereno, meditó un ins-

tante. Su delito era cierto; el que así velaba por él no le engañaba. Dejó sus pupilos al cuidado de un ayudante y salió a la calle en busca de Julián. Le halló en su casa.

Releyeron y comentaron aquel escrito misterioso y convinieron en la necesidad de ocultarse.

Uno tras otro, separados, atravesaron la calle del Prado, llena a esa hora, al obscurecer, de piquetes de voluntarios bisoños que se ejercitaban en el manejo del fusil y en pasos y marchas a la vista de la muchedumbre ociosa aglomerada en las aceras, en medio del paseo y molestando hasta entrada la noche a los vecinos con sus trompetas y algazara. Entró Julián en la ciudad por el boquete abierto en la muralla en la calle de Teniente Rey y su amigo por bajo el arco levantado como memorial de las fortificaciones que se iban destruyendo en la antigua Puerta de Tierra.

Chavarre debía dar aviso a Ricardo, Julián entrevistarse con Tomás, el botero, y reunirse todos en el muelle para acordar lo que debía hacerse.

Chavarre llegó retardado a la cita: casi una hora de angustias para los dos que aguardaban.

Tomás le invitó a entrar en el bote para llevarlo a Regla. Dentro de la embarcación estaba Julián en mangas de camisa, los pantalones remangados, sin zapatos, como si fuese un ayudante del marinero.

Volteó el bote el barco de guerra *El Colmado,* anclado en medio de la bahía, y ya lejos de la orilla rompieron su silencio.

—¿Y Ricardo?—preguntó Julián.

—Preso—respondió Chavarre—; le he visto pasar conducido entre dos guardias por la calle de Aguiar en dirección a la Comisaría; no llegué a tiempo.

—Entonces—dijo Tomás—la suerte está echada; es su destino. Veamos el nuestro, señor Chavarre; quítese usted la levita, póngase esta gorra, tire aquella lona, vamos a pescar esta noche; debían venir conmigo dos compañeros, ustedes los sustituyen; todo estaba listo, la red, vayan desenvolviéndola, ¡qué demonios!, tomen ustedes aspecto de marineros y al avío.

Y el bravo Tomás, soltando la vela, enderezó el barquichuelo a la salida del puerto entonando en alta voz su acostumbrado estribillo:

"Con el tá y el té
y el toma dame la mano
no me la des".

Dejaron atrás el Pontón, surcaron el canal, pasaron por debajo del fanal del Morro que volteaba derramando sus rayos intermitentes hacia la tierra y el mar, cruzaron por entre las embarcaciones de pescadores que soltaban sus redes a esa hora y se alejaron más que las otras.

—¿Hasta dónde vas, Tomás?—le gritó un pescador que conoció su bote.

—A pescar más que tú, bobo—le contestó riendo—, un poco más lejos.

Después apagó los faroles, fijó la vela y logró que la brisa arrastrase el débil barco ligeramente.

—¿A dónde nos llevas?—le preguntó Julián.

—A la vida o a la muerte; llevo provisiones para cuarenta y ocho horas; tenemos pan, vino, sardinas, queso... Siempre estuve preparado para esto. Lo difícil era salir y hemos salido. El mar es nuestro, mi bote fuerte y velero. Si no tropezamos con el *Venadito,* el cañonero que ronda por aquí, si no zozobramos por una mar fuerte o un

mal viento, pasado mañana estaremos en Cayo Hueso.

—¡Bravo, Tomás! Su mano experta dirigió la fácil embarcación a través del canal que le ofreció en el largo trayecto una brisa constante y una mar serena.

Al amanecer, el sol brillante iluminó el mar azul y el cielo con colores deslumbrantes mostrando a los ojos de los fugitivos la inmensa soledad, la tranquilizadora soledad del líquido elemento.

—No es la primeva vez que he hecho este viaje trayendo a otros cubanos como ustedes. Se corre el albur, pero también saldremos de éste.

¿No les parece que ahora podemos gritar con todas nuestras fuerzas ¡viva Cuba libre! Pues gritemos, y repitió este grito con loco entusiasmo dos y tres veces.

—¡Pobre Ricardo!—murmuró Chavarre —¿qué será de él?

—Una víctima más—respondió Julián—, un riego más por un ideal cuyo triunfo está lejos aún, muy lejos...

Después los dos amigos expansionaron sus corazones con efusión y tristes confidencias, buscando tras el horizonte, por la popa, la línea invisible y lejana de la patria

abandonada y hacia la proa la dudosa esperanza de otra tierra de asilo y salvación.

—Madre mía—dijo Chavarre—¿qué será de ti?... Y luego él, que había callado siempre sus penas en el bullicio de la ciudad y entre sus compañeros, abrió el pecho y mirando al mar y al cielo habló a Julián de Matilde.

XXIX

MATILDE

—¡La vida, la libertad, la dignidad, el derecho!—decía Chavarre.—¡Cuánto se lucha y se sufre por todo eso que no es más que una noción en la conciencia o una esperanza o desilusión en el pecho! Vamos en este frágil madero desafiando el océano y lo desconocido para huir de enemigos crueles en la tierra y acaso nos reciban peores males en la orilla opuesta; pero huímos del mal y buscamos el bien... ¡Qué incierta es la existencia!

Unos sufren más y otros menos.

Tú, Julián, has nacido en un hogar honrado y tranquilo. Has podido recrearte con el cariño y gloriarte con el valer de tus mayores.

Tu corazón debe ser mejor que el mío.

Yo soy hijo de la miseria y del crimen. Mi madre fué una miserable esclava, hija de mulata y de blanco. Nació en el harén de un colono francés en Oriente: un malvado que tenía un criadero de siervos en Baracoa engendrados por él mismo, en sus pasiones brutales con sus negras, para explotarlos y venderlos. Mi madre, que nació bella, fué vendida a un capitán de barco pirata; a un traficante aventurero e importador de negros africanos.

La pobre mujer fué arrebatada al cariño de su madre, al amor de su elegido y a la amistad de sus tristes compañeros, para correr por mares y tierras ignotas, las aventuras de su dueño y saciar sus apetitos.

De ese contubernio nací yo, que tengo tantas ideas elevadas y tanta sabiduría en el cerebro.

No conocí a mi padre; aquella hiena murió ahorcado en un juanete de su propio barco, y mi madre y yo fuímos echados en tierra por el espíritu compasivo y generoso del jefe del crucero inglés. ¡Ojalá nos hubieran ahorcado también y arrojado al mar, para que la semilla de aquel tronco odioso no quedase podrida en el suelo!

Mi pobre madre consagró su vida a mi

cuidado y a mi educación. Aspiré a salir de mi esfera, ¡qué error!; debí ser siervo como ella, y vegetar en la oscuridad de los humildes, para que no me avergonzaran las prevenciones de los grandes.

A medida que estudié y supe, no hice más que comprender la magnitud de mi pequeñez y encerrarme en el estrecho círculo de mi propia estimación. ¡No era nada!, ¡no podía ser nada!, no debía ser nada!

Fuí maestro, más por necesidad que por vocación; pero he sentido el amor a la niñez, porque la niñez es desvalida e inconsciente y es preciso enderezarla e ilustrarla para el bien de todos.

Luego... he tenido corazón y me he dejado dominar por el sentimiento. ¿Por qué de la unión bestial de un pirata con su esclava, sin amor, sin estimación mutua, nací yo con ideales y ambiciones superiores a mi condición?

Conocí a Matilde. Nos vimos. ¿Qué produjo aquel cariño que a ambos nos alucinó y arrebató? Para comprenderse y amarse dos corazones buenos no es necesario más que una mirada, un gesto, la audición de la voz...

Yo no la busqué, no la solicité, nos en-

contramos. Se sentaba todas las tardes en su balcón a tejer o a leer un libro. Yo me asomaba en el mío un instante y la miraba con simpatía. Al cruce de las miradas siguió el saludo... después el recado, la carta... el desvelo en la cama durante la noche, pensando el uno en el otro y el pensamiento constante durante el día.

¡Pero aquel amor era imposible! Ella, la noble, la rica, la heredera de ingenios y esclavos, la prometida de un alto funcionario español que la llevaría a Madrid a ostentar sus riquezas.

Su padre, el Conde, que paseaba la ciudad en carroza con el escudo de armas en la portezuela, ¿cómo iba a aceptar al pedagogo y plebeyo, rico sólo de sabiduría?

Matilde me amaba; estaba dispuesta a todo: a huir conmigo, a obligar a sus padres a cubrir su honor dándola al elegido de su corazón después de su sacrificio.

Pero yo no podía aceptarlo. ¿Por qué no nació ella pobre y oscura como yo? ¡Qué felices habríamos sido! ¿Pero sacarla de su hogar, marchitarla para imponer sus bodas y ganar por tanta maldad con la mano de una mujer rica una posición en la vida, no ganada y conquistada por mí mismo? Eso

hubiera sido un acto de piratería semejante a los de mi padre secuestrando negros infelices en Guinea y comprando una esclava para saciar sus apetitos.

Me arranqué el corazón y renuncié a Matilde. La abandoné a su destino. Asistí a sus bodas en un rincón del templo...; la ví pasar con su blanco velo y su corona de azahares prendida del brazo del dueño que las convenciones sociales le imponían, con la frente pálida..., con la sonrisa melancólica... y comprimí un sollozo de despedida a toda humana dicha.

Me quedaban mi madre y mi patria.

Es preciso vivir por ellas y para ellas... y apurar hasta las heces la copa del martirio.

—¡Chavarre!—exclamó Julián abrazándole.—El porvenir es tuyo. Eres bueno y eres fuerte. El sufrimiento lo prueba... luchemos y vivamos por nosotros y por todos los que sufren y esperan...

—¡Tierra!—gritó Tomás señalando en el horizonte una línea oscura...: la playa salvadora de Cayo Hueso.

XXX

RICARDO PRESO

La casa de la calle de Tejadillo quedó más triste y desolada que nunca después de la fuga de Sunta. El segundo patio perdió el encanto y la animación de las tertulias vespertinas... El cuarto abierto y vacío ofrecia a las miradas de Ricardo la soledad sepulcral de un nicho como si hubieran extraído de él un cadáver. ¡Ah! lo era... un corazón desengañado, muerto para los ideales de la virtud y del amor legítimo.

La señora Cándida llegaba sola, por la tarde, a platicar brevemente con el joven estudiante o le invitaba a acompañarla en la saleta, para que interrumpiera y reposara de sus labores. La buena señora sentía aumentar cada día su afecto por el joven vecino y le comunicaba, en largas confiden-

cias, sus tristezas y los motivos de sus crecientes penas.

Elisa ya no se acercaba a las horas de estas tertulias. Doña Lola no hallaba bien que una niña como ella estuviese en comunicación con un joven extraño en la familia... Pero los dos jóvenes se veían de lejos, se hablaban con los ojos y se repetían con gestos y actitudes el invariable: —¡Te quiero!

En tanto Juana se mostraba taciturna y abatida. Su Leonardo estaba preso; preso sin saber el motivo. Su mulato no era un ladrón ni había hecho nada malo; ni siquiera podían haberlo detenido como insurrecto, porque él nunca se había metido *en eso.*

Alguna vez quiso visitarle en los Fosos, pero no la dejaron entrar ni verlo.

¿Quién se atrevía en aquellos días de persecuciones constantes, de prisiones y muerte, insistir ante un cuerpo de guardia o un centinela?

Juana tenía el corazón relleno de penas: la ausencia de Sunta y la prisión de Leonardo. —Lo primero, pase—decía para sí—, ella sabía lo que había hecho y por qué lo había hecho. Pero Leonardo, que no había hecho nada...

Como no podía remediar su mal, como sus

amores con Leonardo eran ocultos y en su estado de esclava una rebeldía, se reconcentraba y callaba.

A estas penas se agregó la prisión de Ricardo, realizada por el guardia Medina a las nueve de la noche. El suceso puso en conmoción a toda la familia.

El guardia llegó a la puerta y preguntó por el joven, que estudiaba en su cuarto.

—Venga usted conmigo—le dijo cuando Ricardo acudió—, está usted preso.

Y no le dió tiempo ni para despedirse.

Juana corrió de un lado para otro poniéndose las manos en la cabeza y exclamando:

—¡Qué es esto! ¡Dios mío! ¡Acaban con todo el mundo!

La señora Cándida dijo con amargura:

—¡Más valdría morirse!

Elisa, azorada, sin comprender ni medir el suceso, estalló en sollozos, mientras doña Lola la reprendía por tanta debilidad por un extraño... "que sabe Dios en qué cosas estaría metido... Llora más bien por tu padre que sufre en el destierro"; en tanto el negro Juan seguía a distancia al preso, informándose de que lo conducían a la Comisaría...

—¡El Comisario!—pensó Juana...—De allí viene todo esto; yo soy la causa; yo hago sufrir a Leonardo y ahora sacrifico al niño Ricardito...

—¡Ah, no; yo iré mañana! ¡Sea lo que Dios quiera!

XXXI

EL PRECIO DE JUANA

Ricardo pasó la noche encerrado en un cuarto interior de la Comisaría sobre un duro entarimado de madera, solo, aspirando la escasa brisa que penetraba por un ventanillo enrejado.

Pensaba más que en su suerte en la de sus amigos Julián y Chavarre. ¿Habrían sido descubiertos?

En la sala, Arujo y Trabuco aguardaban el resultado de las gestiones de Medina.

El salvaguardia había estado dos o tres veces en busca de Chavarre y Julián, dejando espías a las puertas de sus casas.

—No fueron hallados; los buscaron en vano.

—¿Habremos errado el golpe?—preguntaba inquieto Arujo.

—¡No es posible!—decía sentenciosamente Trabuco.

Por la mañana Ricardo vió entrar en su estrecho calabozo otro prisionero. No le conocía; no le había visto nunca.

Era el abogado Linares.

El médico de Matanzas tampoco había sido sorprendido. No se le halló en su casa ni en la ciudad.

Arujo bufaba contrariado; pero Trabuco sonreía satisfecho. El que necesitaban coger estaba allí;—el que ha de pagar todas las pesquisas,—decía.—Y si paga hemos hecho el negocio de todos modos... ¡Déjame hacer!

Arujo y Trabuco concertaron en poco tiempo su plan.

Linares fué llamado al despacho contiguo a la sala; al local destinado a las actuaciones secretas.

Arujo fungía de juez; Trabuco de secretario, con un montón de papeles delante.

—¿Sabe usted por qué está detenido?—preguntó el Comisario al abogado que afectaba serenidad, pero que no podía disimular su aspecto contrariado.

—¡Lo ignoro! Soy hombre honrado y no he delinquido.

—Pero, ¿es de usted esta carta?—exclamó Trabuco sacando del rollo de papeles un pliego y mostrándolo al preso.

Linares la leyó y palideció.

—Es mía—dijo balbuceando.

—¡Un hombre de la posición de usted—continuó Trabuco—comprometerse de este modo, exponerse a la ruina, al presidio y a la muerte! La Comisión Militar cuando la vea le condena... Si no fuese este documento nada le perjudicaría.

Arujo se levantó en ese punto de su asiento y dijo:

—¡Bueno! vuelvo al momento; continúen la declaración y éste—señalando a Trabuco—lo arreglará todo y lo dispondrá todo.

Y salió a la sala atusándose el bigote, despidiéndose de Trabuco con un malicioso guiño.

En la sala encontró a Juana sentada en el banco de madera aguardándole.

—¡Hola, mulata!—le dijo sonriendo y cambiando su ceño adusto con una apasionada sonrisa.

—Vengo a saber qué le pasa al niño Ricardito.

—¿Te interesas mucho por él, pícara?—preguntó.



—Se interesa toda la familia. ¿Puede su mercé informarme si le *soltará* pronto?

—Oye, mulata, le *suelto* si consientes en aquello; si no irá a presidio.

—Su mercé sabe que aquello es imposible.

—Pero una vez sola y te daré lo que quieras—agregó encendido por brutal deseo.

La mulata hizo un gesto de desagrado y miró luego fijamente al Comisario.

—Vamos—continuó éste—, consiente y pídeme.

Juana exclamó resueltamente, como si se dispusiera a un supremo designio:

—¿Que le pida? ¡Bueno! Si consiento una vez ¿soltará al niño Ricardo y soltará a Leonardo?

—Sí... lo que quieras—afirmó con pasión el Comisario...—¿Cuándo?

—Cuando estén libres.

—Hoy mismo saldrá Ricardo... y si me ves esta noche, soltaré a Leonardo mañana.

—Pues trato hecho—dijo fríamente la mulata—; si el niño Ricardo sale le veré esta noche a las diez.

—¿Dónde?

—En casa de Leonardo, en el recinto de la Peña Pobre.

—¿Pero no faltarás?

—Ya lo sabe, está dicho... allí le espero. Y la mulata salió de la Comisaría altiva, resuelta, contenta de sí misma y dispuesta con valor y repugnancia al sacrificio.

XXXII

LA INTEGRIDAD NACIONAL

Arujo entró de nuevo orondo y sonriente en el despacho, con aire de Tenorio vencedor y satisfecho. Trabuco había ya hecho su papel a maravilla.

Demostró a Linares su ligereza al escribir la carta que probaba la participación en el laborantismo; Arujo se había apoderado de aquel documento hábilmente con su cooperación y nada más que ellos dos y el Gobernador lo conocían; los demás acusados estaban convictos; algunos se habían fugado; si aquella carta desaparecía, Linares nada tendría que temer. Era un hombre muy estimable, rodeado de prestigios; una lástima que su nombre apareciese con los laborantes e insurrectos que eran el oprobio de la nación: hijos espúreos y degradados.

¡Él, Linares, que era tenido como buen español, fiel a la bandera de oro y gualda, que había contribuído con esplendidez a las suscripciones para la defensa de la integridad nacional!

¡Qué escándalo! ¡Qué se diría! ¡Qué grave iba a ser la pena cuando el sumario se elevase al Gobernador y del Gobernador a la Comisión Militar que procedía sin tardar, pronto y con rigor!

Ya veía el señor Linares: le esperaban las Chafarinas, por lo menos, si no el Foso de los Leones, en la Cabaña, que tragaba tanta gente.

¡Qué suerte que el asunto estuviese en manos del señor Arujo que era un hombre de carácter flexible y humano y él lo había trabajado en su favor!

Pero había que saciar los apetitos del señor Gobernador que se hacía pagar... La mayor parte para éste, algo para Arujo y casi nada para él, el servicial Trabuco.

Con extraer aquella carta, única prueba de su delito en el rollo y hacer una declaración sencilla, breve y recuperarla Linares y destruírla, estaba todo arreglado... Él, libre, podría volver a Matanzas a continuar sus grandes negocios, sin que nadie supiese

nada y aquella detención, por error, y su soltura por haber comprobado su inocencia y disipado las sospechas, acrecentarían su reputación de adicto y fiel a la causa nacional.

Un sacrificio de dinero... ¡poca cosa! Cinco mil pesos en el acto, pronto, por aquella carta acusadora y al avío y punto en boca.

Linares resolvió pronto; aceptó el cohecho; él no sobornaba, le daban la alternativa de verse otra vez libre o morir y prefirió comprar aquellas conciencias que se vendían y pagar su libertad, siquiera fuese por unos días, mientras preparaba y realizaba su fuga a tierras lejanas.

No llevaba dinero encima; no tenía a su disposición en el acto aquella suma, podría arbitrarla en la ciudad durante el día entre sus corresponsales y amigos.

—¡Oh!—dijo Trabuco—no hay que dudar de la corrección de un caballero. Arujo le dará libertad bajo su palabra por todo el día y él vendría... ¿a qué hora? a entregar el dinero, recoger la carta y quedar absolutamente libre, reservando todo lo tratado hasta de su sombra.

Linares ofreció regresar a las diez de la

noche con los cinco mil pesos en billetes del Banco Español para que no pesasen ni hiciesen bulto, ni se viesen por extraños.

Cuando Arujo entró en la habitación el pacto estaba concluído. Trabuco le instruyó en pocas palabras: Linares lo ratificó y Arujo le puso sello con estas palabras:

—Bueno: vaya usted, salga usted y no falte... ¿A qué hora?

—A las diez.

—¿Por qué no más temprano, a las seis?

—Porque no tengo seguridad de tener antes el dinero.

—Bueno; pero sepa que aunque sale libre, le van vigilando de cerca. Y cuando vuelva se entenderá con éste... Él lo arreglará todo.

Linares abandonó la Comisaría, acompañado hasta la puerta por Trabuco, y se dió perfecta cuenta de que seguía sus pasos un espía. No importaba. Había seguridad de que con puñados de oro se compraban las conciencias de los defensores de la causa nacional y fué en busca del dinero que le tranquilizaría.

—Ahora—dijo Arujo a Trabuco, cuando éste volvió al despacho—, saca de esos papeles los que comprometen al mequetrefe que está en el calabozo y suéltalo.

—¿Lo pongo en libertad?...

—¡Sí, en el acto; me conviene!

—Pero hay que proceder contra alguno; los demás se han fugado...

—Requisitoriarlos, para que los cojan vivos o muertos y luego que Linares traiga el pico, elevaremos al Gobernador el proceso. A propósito: no podré estar aquí a las diez, cuando él venga; volveré a media noche, a la madrugada, hazlo todo; tengo confianza en ti y guárdame el dinero; ya tendrás tu partecita, picarón, lo mereces... el diez por ciento.

Trabuco hizo un gesto de desinterés, revolvió los papeles, sacó todo lo que se refería a Ricardo del Campo y le comprometía, lo destruyó y fué, cumpliendo la orden del Comisario, a abrir el calabozo en que languidecía, ignorante y ansioso de su suerte, el joven estudiante.

En la sala le vió salir, con aspecto indiferente, el escribiente, encorvado como un arco en la mesa, acostumbrado en la humildad de su puesto oficial, a presenciar aquellos manejos, y si alguien hubiese podido seguir el curso de sus pensamientos, mientras Arujo y Trabuco terminaban allá dentro sus conciertos, le habría oído murmurar:

—¡Pobre España! ¡Estos son los hombres de su gobierno, los defensores de su integridad, los que enconan y medran, los que empañan su brillo y ensangrientan su suelo!
¡Pobre Cuba!, ¡tierra donde tanta maldad se engendra!

XXXIII

JUSTICIA NEGRA

En la época de este relato aún no se había segado el arroyo que desde la Quinta de los Molinos corría a través de los terrenos extramuros dando nombre a la calle de la Zanja, atravesaba los terrenos del antiguo Jardín Botánico convertido en patio del ferrocarril de la Habana, surtía los baños públicos en la puerta de Monserrate y circulando las murallas por los fosos iba a morir o arrojar su corriente a la entrada del puerto junto al Estribo o boquete de la calle de Cuba.

Como las murallas desde 1861 dejaron de ser fortificaciones y se convirtieron en un estorbo para el ornato, el Ayuntamiento aprovechó los fosos en la porción de las murallas que rodeaban el barrio del Angel y

las aguas de la zanja para su depósito de material rodante, caballerías y servicio de extracción de basuras.

El Depósito Municipal de los fosos rodeaba las murallas en el lado exterior en una larga extensión, desde la puerta de Colón hasta cerca del Estribo, cerrado el terreno por muros de mampostería con dos puertas enrejadas, que daban una a la plazuela de la cárcel, espacio completamente yermo, y otra a la calle del Morro.

A este depósito enviaba antiguamente la policía a los vagos y mal entretenidos que pululaban en la ciudad aplicándolos al servicio público durante su detención, y allí fué conducido el mulato Leonardo.

Sus modales y buena conducta le atrajeron la benevolencia del administrador y los guardianes y se le destinó al cuidado de las caballerizas del jefe, adosadas a la muralla bajo un cobertizo de tejas que llegaba casi al nivel o la línea superior del bastión.

Leonardo, recogido en su covacha, desvelado con sus penas y con el recuerdo de Juana, contempló y midió más de una vez la altura accesible de aquella muralla solitaria que le era fácil vencer para recobrar su libertad. Al otro lado, a pocos pasos del

recinto estaba su casita, donde antes trabajaba tranquilo y recibía las visitas alternativas y cariñosas de su querida. Le asaltaba el deseo de llegar hasta allí; tenía la llave en el bolsillo: visitar en un momento sus muebles, su cama, recrearse con ellos y regresar a su cautiverio hasta el día en que triunfase su inocencia.

Al deseo siguió el impulso de la voluntad. Arrimó una escalera al tabique y ascendió al techo. Se encaramó sobre la muralla y se convenció de que el recinto oscuro estaba solitario. Los pabellones, abiertos como grandes nichos en el ancho muro destinado en otros tiempos a retenes o cuarteles, vacíos, abandonados y sin puertas, estaban desiertos. Atravesó la calle resuelto; abrió con mano firme la puerta de su casita y al entrar en la sala encontró a Juana.

—¿Por qué estás aquí?—le dijo sorprendido y abrazándola.—¿Adivinaste que yo vendría?

—¿Cómo has venido?—le contestó ella.

—He saltado el muro... Quise llegar un instante a ver mi casa, a respirar un segundo libre y volverme a mi encierro.

—Pues vuelve en seguida—exclamó ella—que mañana serás libre. Van a dar las diez;

no pierdas tiempo... espero aquí al Comisario.

—¡Al Comisario!...

—Sí; viene a venderme tu libertad y la del niño Ricardo, que también ha puesto preso.

—¡Venderte!, ¿cómo?

—¡Pues cómo ha de ser!, dándome.

—¡Miserable! ¿y te entregarás a él?

—¿Qué más da? Todos los días prenden y matan y arruinan a la gente, ¿qué importa que yo le dé un momento este cuerpo esclavo y negro a ese puerco, si te veré libre, y libre a ese pobre niño que es tan bueno.

Leonardo contempló con dolor y terror a la mulata y guardó silencio.

—¡Está bien! ¿Vendrá ahora?

—Sí, a las diez.

—Pues te dejo; y entró en el cuartito y abrió un armario y sacó un objeto que guardó bajo los pliegues de su camisa.

—¡Adiós, Juana!—exclamó.—Haz lo que quieras, pero oigas lo que oigas, pase lo que pase, no te muevas de aquí hasta mañana... ¿Me lo juras?

—Bueno, lo juro—repitió ella—, pero vete pronto, vete...

Leonardo salió y atravesó a paso rápido

el precinto; penetró en uno de los pabellones vacíos y oscuros y se puso en acecho.

La calle estaba silenciosa, desierta y cubierta por densa sombra.

Por la esquina de la calle estrecha de la Peña Pobre vió aparecer un hombre llevando el brazo a la espalda y sobre ella atravesado un bastón: el manatí tradicional y siniestro.

El farol de aceite del alumbrado público iluminó su catadura odiosa. Era Arujo que venía satisfecho a robarle, en su propia casa, el amor de su humilde compañera.

Le vió avanzar, sacó de debajo de la camisa el arma que había extraído de su armario y le apuntó bien y tiró del gatillo y le hizo fuego. Le vió caer hacia atrás; oyó el choque de su cuerpo contra el pavimento y arrojando su revólver a la puerta se lanzó sobre el bastión, cruzó la planicie del muro y se descolgó otra vez por el lado opuesto, recogiéndose en su covacha junto a los caballos... contento y triunfante por haberse vengado impunemente y haber librado la tierra de aquel protervo.

XXXIV

TRABUCO DISPARA PARA SI

Un disparo de arma de fuego en la calle, a media noche, o a otra hora, no era asunto que asombrase a las gentes de la Habana, en aquellos tiempos. Los vecinos si lo oían, atrancaban las puertas; los transeuntes se alejaban, la policía pensaba que era algún bisoño voluntario que se entretenía en descargar su arma al aire o en hacer algún blanco... o negro.

El sereno cantó en voz lánguida y ronca las *diez y media y sereno* al fondo de la iglesia del Angel, en la esquina de la calle de Cuarteles; siguió su derrotero por el recinto hasta la calle de Aguiar y tropezó con el cuerpo muerto de Arujo acostado sobre su manatí, bañado en sangre e inerte; tocó el pito de auxilio y vinieron serenos y policías y curiosos.

Se registraron las cercanías; no se halló a nadie. Se llevó el cadáver al anfiteatro del Hospital de San Dionisio para hacerle la autopsia; se armó el escándalo en corrillos y en la prensa y el crimen, "obra de los laborantes," los *palomos ladrones* de la época, quedó en el misterio...

Trabuco corrió de aquí para allí; maldijo, lloró a su jefe; solicitó su puesto y no lo obtuvo, porque aunque era un secretario listo, no había servido al Rey en el ejército ni tenía aspecto de matón y de valiente.

Había cumplido los encargos de Arujo, recibido el dinero de Linares, entregando a éste su carta comprometedora, dándole libertad y circulado a los prófugos.

Arujo le recomendó que le guardara el dinero hasta su vuelta.

Cumplió su orden fielmente; el secreto era de los dos: se guardó el dinero, *ad eternum*.

XXXV

LAS VIRGENES PATRONAS

La prisión sin explicación ni cargos, la libertad recuperada a la mañana siguiente sin más fórmula que la de decirle: "Está usted libre"; la desaparición de Julián, de Chavarre y Tomás, a quienes buscó en vano y cuya suerte le entristecía; el aspecto taciturno de Juana, que guardaba su secreto, mantuvieron muchos días a Ricardo en un estado de inquietud que sólo podía consolar la solicitud de doña Cándida y sobre todo las sonrisas y las miradas de Elisa diciéndole todas las tardes, a través de las persianas: ¡te amo!

No le amilanó el peligro; sintió en él cierto deleite, pensando que le había llegado el momento de sufrir el martirio por la patria.

Pero allí, en su cuartito, cerca de aque-

lla niña que ocupaba sus pensamientos y los iluminaba con el fulgor de las más dulces esperanzas, sentía las emociones gratas de la libertad para seguir luchando por el país, por su madre y por ella... los hermosos ensueños y anhelos supremos de sus juveniles afanes.

¿Qué haría en lo adelante sin el concurso y la dirección de Julián y de Chavarre?

—¡Adelante!, se dijo; ya vendrán nuevos rumbos para mis actividades.

Una mañana de junio se levantó un poco más tarde que de costumbre, compensando en el sueño matinal los desvelos de la noche. Un ruído lejano le anunció que en la ciudad pasaba algo extraordinario.

Debía salir, y se encaminó de su cuartito al zaguán. Ante la puerta cerrada le detuvo el negro Juan.

—¿A dónde va el niño Ricardo?... El niño no debe salir.

—¿Qué pasa?...

—Esa gente... los voluntarios, que van cantando la Covadonga. ¡Ah! niño Ricardo: cuando sacan la virgen de la Covadonga los diablos se sueltan contra los cubanos... ¿No oye el niño?...

Efectivamente; sentíase el bullicio de la

muchedumbre desfilando por las calles inmediatas y el cantar siguiente por un coro desaforado:

"El que diga que Cuba se pierde
mientras Covadonga se venere aquí,
es un vil y traidor laborante,
cobarde insurrecto, canalla mambí.
Cubanos venid; hispanos llegad
a ver de esta virgen que llega
el manto que lleva,
¡qué española va!"

Ricardo miró al negro con admiración; una frase de aquel pobre siervo, hijo de africanos, le había trazado en elocuente síntesis un estado de perturbación social. El culto fanático a una virgen madre de Cristo inspirando los excesos de pasiones diabólicas desenfrenadas. Juan continuó su discurso:

—Han salido en borbotón de la Maestranza los empleados con los fusiles en las manos; se les han agregado todos los hombres de la Pescadería; los bodegueros y los dependientes; hasta del Seminario y de la Catedral han salido los curas y los sacristanes... Más de diez mil hombres, niño, se han juntado y corren para la estación de

Villanueva, armados, dando gritos y cantando... ¡Desgraciados de los *bijiritas* que encuentren a su paso...! No salga, niño Ricardo.

—¿Pero, has averiguado por qué es eso hoy, ya que no tiene nada de nuevo?

—Sí, niño; dicen que han cogido prisionero en el campo al Presidente Carlos Manuel de Céspedes y que lo traen a la Habana en un tren por Villanueva... Van todos juntos a hacerlo picadillo...

Ricardo guardó silencio, sintiendo el corazón opreso por intensa amargura.

Juan continuó:

—¡Ah!, niño Ricardo. Todo lo que yo he visto. Yo estuve en el teatro de Villanueva; yo llevé al niño Pepe en mi coche a aquella función que resultó horrorosa...

Los periódicos de la libertad de imprenta tuvieron la culpa.

Hicieron comprender que se daba un beneficio para los *muchachos de la familia.* Se iba a estrenar una danza de Juan de Dios Alfonso, *La Insurrecta...* y a cantar *El Negro Bueno.*

El teatro se llenó de gente, toda la gente buena de la Habana. Cuando el borracho de la comedia *El Perro Huevero* dijo: *¡Viva*

la tierra que produce la caña!, todo el público gritó ¡viva! Aquello fué el delirio, niño Ricardo, ¡qué entusiasmo!

Pero los voluntarios, que estaban haciendo ejercicio en el foso de la puerta de Colón, rodearon el teatro..., se reunieron más de tres mil con sus fusiles, entraron allí como si fuera un castillo que atacaran: las mujeres empezaron a correr, el público se lanzaba a las puertas y ventanas, por los tejados de las casas de madera vecinas corrían los que huían, cazados a tiros por los asaltantes; los de dentro, que tenían revólver, se defendían... ¡Qué carnicería, niño Ricardo, contra un público que se divertía en un teatro y gritaba "¡viva la tierra de la caña!" Hasta quisieron prender fuego al teatro, que es de madera.

Yo saqué de allí al niño Pepe por la casa de Nin y Pons, los dueños del teatro, que da a la calle del Morro y por donde pudieron escapar muchos.

¡Y oiga el niño cantar a la Covadonga!; a una virgen... cosa del cielo...

—¡Tienes razón!—exclamó meditabundo Ricardo.

—Y después, ya sabe el niño lo que pasó... ¡siguió una semana de sangre!

Atacaron el palacio del niño Miguel Aldama y rompieron todo lo que allí valía en cuadros y estatuas y espejos... y gracias que no lo encontraron, ni a la familia, que si no los sacrifican; después fueron a darla con los niños del café *El Louvre, los tacos,* y acabaron a tiros con el café de Payret e hicieron añicos los espejos de la barbería de Nicolás, junto a los *Helados de París,* y mataron en el café *Los Voluntarios* al fotógrafo americano Cohner porque llevaba una corbata azul, y en el barrio de Jesús María y en el de los Sitios y el Manglar... ¡qué degollina!... Y gracias que los ñáñigos se las cobraban tumbando a una porción de ellos. Si aquello dura una semana más se acaba la Habana... Pero eso se repite todos los meses. ¡Qué triste es vivir así, niño Ricardo!

Mientras hablaba el negro, los ruídos de la calle se habían apagado y sólo se oía un vago e intermitente rumor lejano.

Ricardo se decidió a salir; tenía exámenes en la Universidad a esa hora y no debía faltar. Juan le abrió la puerta y se echó a la calle; el negro le acompañó solícito hasta la plazuela de la Catedral y le despidió diciéndole:

—¡Cuídese el niño de la Covadonga!... Encomiéndese a la Virgen del Cobre para que lo libre, como a todos nosotros, de esos diablos.

XXXVI

UN BUEN ESPAÑOL

La Universidad estaba desierta. Los catedráticos no habían acudido a constituir los tribunales de exámenes y los padres guardaban en sus casas, aterrorizados, a los estudiantes. El viejo bedel Boreti se paseaba por los patios inquieto, entristecido, solitario y falto de su rebaño.

Ricardo decidió volver a su casa. El rumor lejano de voces, el rugido de la muchedumbre contrastaba con el silencio y soledad de aquellos lugares.

No pasaba un alma ni corría un vehículo por la calle. Pensó que tendría tiempo y seguridad para llegar a su cuartito y estar cerca de su amada y emprendió su marcha por la calle de O'Reilly hasta la de Aguiar. En la esquina del callejón de San Juan de Dios, junto a los muros, entonces en demo-

lición, del viejo convento, llegó a sus oídos el rumor próximo de la muchedumbre agitada. Se dió cuenta de su imprudencia y aligeró el paso.

La falsa noticia propalada la noche anterior de que el Presidente de la República cubana, Carlos Manuel de Céspedes, estaba prisionero y lo traía a la Habana el mismo Capitán General, reunió en los alrededores de la Estación de Villanueva una turba de más de treinta mil hombres armados para esperar la llegada del tren y pedir la cabeza del iniciador de la Revolución cubana.

El Capitán General llegó sin la codiciada presa y su coche no pudo pasar a través de la multitud desenfrenada.

Entonces se dijo que para librar de excesos al prisionero se le había sacado del tren en la Quinta de los Molinos y lo llevaron por la caleta de San Lázaro, en una lancha, a la fragata de guerra *Arapiles,* anclada en bahía.

—¡Al puerto!, ¡a la fragata!—gritaron algunas voces, y aquellas treinta mil almas se lanzaron en carrera vertiginosa hacia intramuros desparramándose por la calle del Prado y penetrando con ensordecedora gritería y arrollador empuje por los escasos boque-

tes abiertos en las murallas, parcialmente destruídas.

Las calles de Teniente Rey, O'Reilly y Obispo, dieron paso a la mayor parte de aquella masa armada y tumultuosa dirigiéndose a los muelles; otra porción penetró por el boquete de Empedrado y la puerta de Colón invadiendo las calles de Tejadillo y Chacón y unas y otras se bifurcaron por las calles de Aguiar y Cuba para llegar a los embarcaderos de *El Estribo,* en la Punta, de la Maestranza y la Pescadería.

Todo el que haya presenciado los movimientos de una gran muchedumbre impelida por pasiones exaltadas sabe que son como los desbordamientos de corrientes impetuosas; olas que descienden por planos inclinados alcanzándose las unas a las otras con precipitación vertiginosa y ruídos extraños. El oleaje humano es más terrible que el del líquido elemento.

Ricardo se vió cogido por aquellos torrentes de hombres que corrían y volaban con instintos sanguinarios en pos de una víctima que se les arrebataba.

Tendió su vista en derredor buscando un refugio y no halló una sola puerta abierta. Hasta los *bodegueros* cerraban sus casas pa-

ra librarse de la avalancha humana. La idea de la muerte inerme e indefenso, le acongojó y el sentimiento innato de la conservación le llevó al único espacio en que pudiera sustraerse al empuje de los que corrían.

Se acomodó en el quicio elevado al nivel de la calle de una puerta, encogido en el muro saliente que rodeaba el marco y apretándose a la madera para no ser atropellado.

La turba pasó ante él, compacta, interminable, dando gritos desaforados sin verle o sin preocuparse de él.

Pero, cuando la fila fué menos densa, un voluntario mofletudo, de cara ancha, enrojecida por la embriaguez alcohólica o patriótica, se detuvo y amenazándole con su bayoneta le increpó:

—¡Bijirita!, ¿qué haces ahí tan callado? Grita también ¡muera Céspedes!

Ricardo palideció de coraje y guardó silencio. El no tenía la flexibilidad de Tomás, el botero, que cantaba *el tá y el té.* Su patriotismo era más austero.

El voluntario le sujetó por la solapa y avanzó más y él levantó el brazo para rechazarle.

En este momento se abrió la puerta a sus

espaldas y asomó en ella un hombre alto, flaco, enjuto, pálido, cubierta la cabeza por un kepis galoneado y ostentando en el pecho, sobre una blusa de rayadillo azul, una cruz dorada.

—¿Qué hace usted?—gritó al voluntario.

—Que grite ¡muera Céspedes!

—Está bien; es mi hijo—replicó el hombre del kepis—; muchacho, entra, y empujó a Ricardo dentro de la casa y cubrió la puerta con su cuerpo.

—¡Pero es que no ha gritado muera Céspedes!—vociferó el voluntario mientras sus gestos hacían detenerse a otros de los que corrían.

—Yo gritaré lo que usted quiera—repitió el hombre; soy capitán retirado del ejército. ¡Viva España!

—¡Adelante!, ¡viva!... ¡al puerto!—gritaron a la vez los que se habían detenido y los que venían detrás, arrastrando al voluntario de la bayoneta, y en pocos momentos la turba se alejó dejando solo y triunfante en el quicio al hombre flaco del kepis.

Cuando todo quedó quieto penetró en la sala y cerró la puerta.

—¡Canallas!—dijo.—¡Con el santo nombre de España la están deshonrando!—Y lue-

go, dirigiéndose a una mujer echada en un sillón en un ángulo de la estrecha sala, abrazada con dos niños que sollozaban llenos de miedo, le gritó:—¡Susana!, da un vaso de agua a este joven para que se serene.

—Deme usted la mano; no necesito tomar nada; me ha salvado usted—dijo Ricardo.

—¡Dios mío!—exclamó el capitán—, ¡a dónde irá a parar esta gente! Han vivido y viven en un país que explotan; saben que este pueblo se ha rebelado con razón, porque lo gobiernan mal, y se exaltan y cometen atropellos, y matan y asesinan; no dejan al gobierno de la nación arreglar estos conflictos y sofocan la voz de los españoles buenos.

—¡Cállate, Antonio!—murmuró débilmente la mujer—, habla bajo.

—¡Cómo quieres que me refrene! Lersundi, aquel hipócrita realista, formó estos cuerpos de voluntarios para contrariar al gobierno de la revolución de septiembre y sembrar para su reina destronada. Elevó a la canalla y deprimió y envileció al ejército; soy una prueba de ello: soy un buen español, mis servicios en Marruecos, en Santo Domingo, en México, ¿qué me han valido?... vivir en la miseria.

El general Dulce pudo arreglar todo esto, dar libertades a los cubanos, satisfacerlos, y estos voluntarios lo depusieron y arrojaron como a un trasto y a la fuerza.

Ahora tienen lo que necesitan: a este tigre de Valmaseda que los adula y los alienta.

Mientras el capitán hablaba exaltado por la indignación, Ricardo le oía con respeto y le contemplaba atento. Creía haberle visto antes en alguna parte.

—Joven—siguió hablando el capitán—, yo le conozco a usted; ¡usted es laborante!... está bien, ¡es usted patriota!, no lo censuro; estos dos niños, mis hijos, son cubanos como usted, mi mujer es cubana; yo les infundo amor a la España buena, a la patria grande y noble; no la odie usted, joven, que ella hará o deberá hacer justicia a ustedes; la España de aquí es otra: es dura y cruel, es mala hasta con nosotros, los españoles netos; aquí me tiene usted a mí, que he servido a mi patria en el ejército, que estoy inútil y viejo, que no levanto cabeza porque pienso de esta manera y me tienen humillado y comiendo tierra: viviendo de mi retiro y de un sueldo humillante.

¿Me mira usted? ¡Usted me conoce! Usted me vió el día en que le tuvieron pre-



so... el día en que huyó el señor Chavarre, que se fué a Cayo Hueso. Yo soy el escribiente de la Comisaría del Angel.

XXXVII

EL CAMBIO DE SORTIJA

Del 68 hasta el 71 corrió el trienio terrible de los habaneros. El cadalso se levantó varias veces a las faldas del Castillo del Príncipe.

Medina, los Agüero, Goicouría, murieron de esa manera ante turbas enfurecidas que demandaban cabezas.

A la expulsión violenta del general Domingo Dulce por los voluntarios, al ataque del café *El Louvre* y las matanzas en los barrios de los Sitios y Jesús María; al asalto del Palacio de Aldama y el más sangriento del teatro Villanueva, durante un espectáculo concurrido en 1869; al entierro del gorrión y al de Castañón en 1870, que se consagraron derramando sangre de transeuntes inocentes, debió seguir la horrible hecatombe de los estudiantes de medicina en 1871.

Las familias cubanas vivían aterrorizadas y en constante inquietud: la violencia, el desorden y la fuerza brutal en las calles y la angustia y la zozobra constante en los hogares.

El 26 de noviembre la gran parada militar convocada por el general Segundo Cabo don Robustiano Crespo—ausente en operaciones el Capitán General Valmaseda—, y celebrada ocupando los batallones en dos filas la larga línea del paseo del Prado, doblando el Campo de Marte y prolongándose hasta el final de la alameda de Carlos III, fué la hoguera preparada para una horrorosa conflagración.

El rumor de que los estudiantes de medicina, presos en el aula de San Dionisio por el Gobernador López Robert habían profanado el sepulcro de Castañón, en el cementerio de Espada, exaltó las pasiones de aquella soldadesca improvisada, que lucía sus uniformes en las ciudades y lo paseaba presuntuoso, humillando a los criollos, sin ir al campo a enlodarlo y desgarrarlo en lucha heroica. De la parada se lanzaron en turbión, piquete tras piquete, hacia la cárcel a pedir a gritos y a la fuerza las cabezas de los estudiantes detenidos.

El motín duró veinticuatro horas mortales. Las turbas armadas no cesaron de cruzar las calles durante las largas horas de la noche y del día vociferando airadas en su afán sangriento.

Las puertas de las casas estuvieron cerradas; ningún vecino osaba salir a la calle.

En esas veinticuatro horas largas y tristes que terminaron con el fusilamiento en la plaza pública de ocho niños inocentes y la condenación de cuarenta a presidio, no hubo casa—por lo menos en los barrios cercanos y sobre todo en el del Angel,—en que se recogiera nadie en su lecho ni se pusieran los manteles en las mesas. El vocerío ensordecedor turbó el silencio de aquella noche esplendorosa de luna llena y cielo claro y despejado, robando a los vecinos el reposo y el sueño y durante el día las turbas renovaron sus idas y venidas con aullidos y estrépito de trompetas, sembrando en todos los corazones el miedo.

En ese día amargo de inquietudes y tormentos, Ricardo y Elisa se acercaron por primera vez, juntos, sentados en un sofá en el círculo de la familia apretada por la ansiedad y el terror.

Amos y criados reunidos, con las puertas

cerradas y los corazones suspensos, comentaban con angustia los sucesos, mientras los dos jóvenes cruzando sus manos, se consolaron y animaron con la efusión muda de sus puros sentimientos.

—Elisa—le dijo él con un murmullo que ella sólo pudo percibir.—Si algún día me toca morir como esos pobres compañeros ¿tendré un recuerdo tuyo que me dé valor y consuelo?

—Toma—le contestó ella, quitándose una sortija con piedra de ágata que usaba constantemente, poniéndosela a Ricardo en el dedo meñique—, ésta te dirá que te querré siempre.

—Toma la mía—respondió Ricardo con los ojos humedecidos, colocando a su vez su anillo en las manos de su amada—, ¿me amarás mientras viva?

—¡Te quiero mucho!, ¡te quiero!—murmuró ella.

Y cuando sus ojos se miraron dulcemente para reiterar con su expresión la santidad de aquel voto efusivo y tierno, la brisa del obscurecer trajo en sus ondas el estampido de los disparos que segaban la existencia de ocho niños inocentes en la plaza de la Punta y regaban el odio y la muerte.

XXXVIII

LA PIEDAD DE SUNTA

El fusilamiento de los estudiantes produjo una crisis conveniente. Los autores se aterraron de su propia obra y ante la reprobación del mundo, la nación sintió vergüenza. Se quiso cubrir más tarde aquel baldón con el arrepentimiento.

Pero la vida se aquietó en las poblaciones y en la Habana las pasiones de la soldadesca se contuvieron.

En la casa triste de la señora Cándida transcurrieron lánguidos los meses con la monotonía y la tristeza de lo que cae y se debilita por momentos.

La buena señora vendía una por una todas sus joyas y las piezas de su mobiliario, viendo acercarse la crisis final y en perspectiva la estrechez y la miseria. El acreedor implacable demandaba ya los plazos venci-

dos y la casa, el hogar de las dichas y las ilusiones pasadas, iba pronto a ser presa de la subasta pública y del mejor postor.

Del esposo desterrado venían cada quince días, por el correo de España, las nuevas más desgarradoras; el mal profundo que minó su cuerpo endeble en el destierro de Fernando Poo, seguía su curso destructor y lo agravaba la dureza del invierno. Era necesario enviarle frecuentemente recursos que la buena mujer libraba con sacrificios tremendos para que no careciese de nada y se curara y pudiese volver al hogar cuando la guerra tuviese fin y se alzara su proscripción.

La nueva fatal vino al cabo: el esposo amado había muerto lejos de su casa y de los cuidados cariñosos de su fiel compañera.

¡Ah!, debía hacer traer su cadáver para que reposara cerca de ella y en el regazo de la patria, por la que había sufrido y muerto.

Pero eso costaba dinero, mucho dinero y la pobre Cándida no lo tenía ya. ¿Cómo procurarlo si todo estaba empeñado y vendido? El llanto surcaba el rostro marchito de la viuda sin consuelo.

—No se aflija la señora—le dijo el negro calesero Juan—, deme la niña papel para

buscar amo. Véndame, y con lo que den por mí traerá su mercé a enterrar al niño Pepe.

—¡Venderte!—contestó doña Cándida—¡no!, quédense ustedes conmigo, tú y Juana, que estoy muy sola en el mundo y ya no tengo más que a ustedes.

Juana, que había recobrado a su Leonardo después de la muerte de Arujo, dueños ellos dos solos de su secreto, animó a su ama, la confortó, entró, salió, comentando con dolor la pérdida del caballero.

Ricardo, con su Elisa en el corazón y en el pensamiento y con la esperanza juvenil de ser rico y fuerte en el futuro, contemplaba aquel gran dolor de doña Cándida, ansiando su consuelo y poder serle útil algún día.

Juana trajo el calmante de la ansiedad de la señora.

Fué a contarlo todo a Sunta, a la fugitiva, que en la vergüenza de su retiro, no se había atrevido aún a comunicar a aquella familia abandonada sus noticias.

Sunta enviaba, por medio de Juana, esta carta sencilla: "Cándida, mi buena amiga, mi madre: deja que te consuele en tu cuita. Sé tu dolor, que lo aumenta tu afán imposible de hacer venir el cadáver de tu esposo querido.

”Mi Anselmo es bueno; le he contado tu pena, le he pedido y me ha dado para satisfacer mi capricho.

”Te mando ese billete de mil pesos; admítelo para que tengas el lenitivo de ver y besar sus restos; no lo rechaces; es mío, como será siempre tuyo el afecto de tu Sunta agradecida”.

Cándida estalló en sollozos y aceptó el presente.

Su marido tendría su reposo eterno cerca de ella y en la tierra nativa.

XXXIX

LA DESPEDIDA

En 1873 el gobierno de la República de España, proclamada después de la abdicación del trono por Amadeo de Saboya, suavizó en Cuba un tanto las durezas de gobernantes anteriores.

Muchos de los deportados confinados en distintas ciudades de la Metrópoli obtuvieron licencia para regresar a sus hogares, restituyéndoles sus bienes confiscados. Entre éstos figuró don Claudio Caraballo, padre de Elisa. Su carácter convencional y sus ideas menos exaltadas e intransigentes que las de su hermano, ya difunto, el mártir don José, le permitieron alcanzar aquel favor y hasta relacionarse estrechamente con personajes del gobierno de la Colonia, el Capitán General, el general Segundo Cabo, el

general de Marina, el Intendente de Hacienda, el Regente de la Audiencia, el Alcalde Corregidor de la Habana, en fin, toda la suprema jerarquía de los privilegiados y poderosos.

Era tiempo de que don Claudio volviera, el único superviviente de la familia arruinada por los accidentes de la revolución.

La casa de Cándida, ya destartalada y casi sin muebles, iba a ser puesta en remate público; hasta sus tres fieles esclavos lo habrían sido y sujetos al embargo judicial si una consulta oportuna de Ricardo no hubiese iluminado a Cándida y facilitado su ardiente deseo de libertarlos.

Ante el alguacil ejecutor y el escribano que daba fe de la ocupación y depósito de los negros esclavos, Cándida, asistida por el novel letrado, orgulloso de su primera consulta, expuso y lo firmó, que les había dado su carta de libertad por documento privado. "Libertas non revocantum," dijo pedantescamente el jurisconsulto novicio.

Ricardo, que había ya obtenido su diploma de abogado en la Universidad, casi desierta—sin luto aparente, pero enlutada en su espíritu desde 1871—abandonó el cuartito donde endulzaron sus vigilias la contem-

plación y el amor de Elisa y fué por unas semanas al campo a llevar a su anciana madre y a su buena hermana, las alegrías y esperanzas de su triunfo...

Cándida le despidió llorando y reiterándole las expresiones de su afecto maternal; doña Lola lo felicitó ceremoniosamente; Juana le llevó hasta el coche el equipaje y le apretó las manos jubilosa, feliz por el éxito del niñito, y en la ventana de la calle, cuando Ricardo salía asomó furtivamente Elisa su bello rostro.

—¡Mi padre viene y tú te vas!—le dijo.

—Volveré pronto, Elisa—contestó él con intenso cariño,—a trabajar, a luchar por ti y a pedirle a tu padre que me conceda la dicha de que seas siempre mía.

—¡Adiós!, te quiero.

—¡Adiós!; llevo para no olvidarte un instante tu juramento y tu sortija.

Las manos se apretaron; los ojos húmedos se contemplaron fijamente con miradas tiernas e intensas, y los latidos de sus corazones revelaron la dicha recíproca de ser correspondidos en la misma tristeza de la separación. El mundo podría tener muchas penas; pero para ellos dos en la efusiva y momentánea correspondencia casi muda, de

su cariño, no podría haber más que esperanzas en la tierra y luces y dichas bajo el cielo.

XL

TODO CAMBIA

Don Claudio regresó al fin; un tanto canoso, envejecido, pero sano y fuerte. Los abrazos y las ternuras del recibimiento mostraron mezcladas las alegrías del padre que regresaba de nuevo al hogar, las de doña Lola, a quien la suerte devolvía sano a su esposo, con las melancólicas manifestaciones de Cándida que inquiría de su cuñado la relación de los últimos momentos de su inolvidable compañero.

Después... la calma y las realidades de la existencia.

Era un hombre activo y habilidoso don Claudio. En pocas semanas se penetró bien de la situación. Los asuntos de la señora Cándida estaban más que complicados, perdidos. Pero a él le importaba conservar

aquella casa, montarla dignamente, rehabilitar su crédito, relacionarse, abrir su despacho.

Convocó a los acreedores de su cuñada y halló la solución. Cándida le vendería la casa y su alcance en la herencia de don Pepe, que no había testado, y él se haría cargo del pago de las deudas en plazos convenientes con nuevas garantías: las de su firma y sus propios bienes, que le habían sido restituidos.

Así se hizo y de esta manera sencilla cambiaron los papeles de doña Cándida y doña Lola en aquel recinto.

Esta última, que había sido asilada, se convirtió en dueña y señora; aquélla, que le había dado generoso abrigo, quedó en asilo.

Las habitaciones del lado izquierdo que ocupó Cándida las necesitaba don Claudio para instalar su biblioteca y su despacho.

Las de la derecha, que tuvo siempre doña Lola, no había de cederlas: se decoraron y alhajaron de nuevo.

Cándida tenía bastante con el cuartito vacío de Sunta y allí se encerró con sus penas y sus recuerdos.

Doña Lola no podía soportar más al viejo cocinero que la mató de hambre, al cochero

Juan, insolente, que no había tenido nunca atenciones para ella, y los despidió. Los dos negros, libres, dejaron a la buena niña Cándida llorando y bendiciéndola.

Juana dormía fuera, en la casita de la Peña Pobre con su Leonardo y podía venir durante el día a asistir, si le placía, a su antigua dueña.

Y mientras la casa restaurada, pintada y alhajada de nuevo se llenaba de gente, de visitas, de clientes que acudían al despacho del comisionista banquero, otra vez próspero e influyente, y un coche flamante ocupaba el zaguán y doña Lola salía ricamente puesta a tiendas, teatros y paseos, llevando a su lado a su marido triunfante y a veces a Elisa y sus dos niñas en el testero, Cándida, olvidada en su cuartito, envejecía y se consumía devorando desdenes y alimentando sus tristes recuerdos.

XLI

CONTRARIEDAD

Ricardo regresó a la Habana esperanzado y contento. Venía a abrir su despacho, a comenzar seriamente la lucha por la vida, a iniciar sus pasos hacia la fortuna y la gloria; a preparar una casita a donde traer a su madre anciana y a su hermana querida y con ellas formar un nido que viniera a embellecer y alegrar al fin su amada Elisa.

Pensando en ella, soñando con ella, besando, seguro de su amor, la sortija que le dió en prenda de eterno cariño, todo lo hallaba fácil, pronto y hacedero.

Previo el aviso clandestino por Juana y la aquiescencia de Elisa, se presentó acicalado en el despacho de don Claudio. ¡Ah!, ya éste estaba preparado por doña Lola.

¿Cómo habían de consentir los amores y el compromiso de un pobrete, un abogadillo sin pleitos, sin porvenir, que no sabía

más que hacer versos? Elisa tenía en perspectivas mejores destinos: el hijo del Intendente, que la miraba cuando los visitaba con ojos abstraídos, o el sobrino del Corregidor, que era un buen mozo y heredaría al tío y tenía ya un buen empleo en la Aduana; esto es, una plaza adecuada para hacer pronta fortuna.

¡De ningún modo!; él, don Claudio, no la obligaría a ella, doña Lola, a cuidar novios imposibles...

Cuando Ricardo, balbuceante y ansioso, expuso a don Claudio su pretensión de ser recibido en la casa como prometido de Elisa, el padre le contestó secamente: ¡No sé de eso!; no sé si la niña ha sido demasiado imprudente; es muy joven, no ha completado su educación y cuando vuelva del colegio, si insiste, ya veremos. Pero, quítense eso de la cabeza.

Ricardo salió de aquella casa, en la cual había vivido y alimentado tantas ilusiones juveniles, con el corazón apretado y la dignidad ofendida.

Doña Lola y don Claudio fueron inexorables: llevaron a Elisa a un convento para educarla y para distraerla. Al salir, protestando contra esta dureza y el encierro injus-

to, cuando ya tenía diez y seis años y no era una chiquilla, escribió en un papel y dió a Juana, para Ricardo, estas líneas: "Espérame, no te olvidaré, ¡te quiero!"

Ricardo durante algunos meses volteó por mañana y noche los muros del convento buscando a través de sus postigos enrejados las miradas de Elisa: mientras tanto trabajaba con ardor y fe para asegurar su porvenir y para ella... sólo para ella.

Al cabo de algunos meses la severidad de doña Lola adoptó otros caminos: el convento exacerbaba a Elisa y mantenía su amor a Ricardo.

¡Distraigámosla!, dijo, y la llevaron de nuevo a casa y la presentaron en los salones. El teatro, los bailes y las fiestas, pensaban, serían un excelente remedio.

En vano las tentativas de Ricardo para acercarse a ella, para verla o escribirle. El mundo que Elisa frecuentaba no era su mundo. La mirada vigilante de doña Lola a todas horas se interponía.

Sólo de vez en cuando un recado de Elisa por Juana repetía al enamorado afligido, encendiendo su fe y su confianza, el tierno e invariable estribillo:

"¡Te quiero!, ¡te quiero!"

XLII

LA FUGA DE CANDIDA

La vida de Cándida se hizo insoportable. Doña Lola, como avergonzada de su presencia, la sustraía a todo trato y la relegaba como huésped molesto en su cuartito.

¡Qué iba a consentir que asistiese a la mesa entre sus convidados, los grandes señores que formaban ahora su corte y ensanchaban la esfera creciente de su marido!

¡Una humillación por día!

Cándida había protestado del encierro de Elisa en el convento. ¡Era una crueldad combatir el amor de aquella niña por un joven de los méritos y prometimientos de Ricardo!

Esta discusión colmó la medida de los agravios de doña Lola.

—¡No debes permanecer en esta casa si

has de seguir corrompiendo con tus consejos a mi hija!—le gritó enfurecida.

Cándida oyó la advertencia con dolor.

Cuando Juana llegó a visitarla y servirla por la tardecita, la encontró sollozando.

—¿Por qué llora la niña? ¡Es que su mercé no se siente bien aquí! ¡Ah!, no sufra más la señora. Véngase con nosotros, con Leonardo y conmigo. Allí, en la casita de la Peña Pobre la cuidarán y la querrán siempre sus dos esclavos... sus hijos.

Cándida no respondió, siguió sollozando.

Pero en la madrugada siguiente ató en un paquete sus pobres vestidos, hizo que el portero le trajese un coche de alquiler, se metió en él en dirección a la casita cariñosa que Juana le ofrecía y salió fugitiva, sin despedirse, como Sunta, de la que fué y ya no era su casa en la calle de Tejadillo.

XLIII

EL DESENLACE

¿Qué ocurrió después?

¿Cómo pasó aquello?

El joven enamorado, soñador y poeta, experimentó en la separación y la ausencia desazones inmensas.

Ya no recibía recados de su amada, las dulces comunicaciones frecuentes que reaniman en el corazón desmayado el calor y la luz de la amorosa hoguera.

En las fiestas, en los teatros, en la sociedad con elementos oficiales, para él antipáticos, a que la llevaban sus padres, la virgen de sus ensueños se entregaba a otras influencias. El lujo la rodeaba y la atraía: placeres ostentosos y nuevos esfumaban lentamente los recuerdos y los compromisos del pasado en su joven conciencia.

Ricardo, entristecido, se dió cuenta de ello. Su carácter austero no podía aceptar los términos medios. Buscó decidido la ocasión con ansias, y en un salón de visitas, mientras doña Lola departía orgullosa con sus amigas, se encontró un momento a solas con Elisa.

—Es necesario resolver esta situación—le dijo—; para vencer la resistencia de tus padres hay un camino: pedir licencia al juez, que te deposite y casarnos si aceptas mi pobreza y mi cariño.

—¿Por qué estás tan impaciente?—contestó ella con ligereza.—Podemos esperar dos años, tres... tú sabes que te quiero.

—Pero es que necesito verte y oirte a todas horas, saber que eres mía.

—A propósito—respondió ella sonriendo con dejadez—, estoy cansada de que me reprendan y persigan. Toma tu sortija, dame la mía para usarla, para que Lola la vea y crea que nuestras relaciones han concluído.

Ricardo sintió que le subía al corazón una oleada de sangre, su mirada se turbó, apenas si pudo contemplar el rostro sonriente de Elisa. ¡Él que se sentía fuerte y digno con aquella prenda que le atestiguaba el cariño y el juramento de su amada!

Con ella podía orgulloso y feliz decir a to-

dos: ¡me quiere!; ella mantiene también ante el mundo la verdad y la firmeza de su cariño.

¡Hacer creer que todo había concluído! ¡Qué pequeñez!, ¡qué indignidad!, ¡qué hipocresía!

¡Rebajarse ante su enemiga y otorgarle el triunfo aparente en aquella lucha del amor y de la injusticia!

Con un movimiento súbito tomó el anillo que le alargaba Elisa. Se arrancó el suyo del dedo como si se arrancase las entrañas y se lo entregó, diciéndole con voz ronca y alejándose después de ella:

—¡Tómala; adiós, Elisa! Pero no mientas, no seas hipócrita, di la verdad: di a doña Lola y al mundo entero que ahora, y para siempre, nuestros amores han concluído.

FIN.

APÉNDICE

APENDICE

El importante diario cubano HERALDO DE CUBA inició la publicación de esta novela en su folletín y la anunció con los siguientes benévolos reclamos:

NUESTRO FOLLETIN PROXIMO

"SOMBRAS QUE PASAN"

"El doctor Raimundo Cabrera, notable literato de los que no quedan inéditos, patriota de todos los tiempos, estilista fácil, escritor conceptuoso, hombre público de raro valer, ha escrito una novela patriótica con el título SOMBRAS QUE PASAN. Nosotros, que nos honramos con la amistad del eminente cubano, hemos sido admitidos a la audición de una lectura íntima del trabajo que el infatigable productor intelectual concibió y llevó al papel en su quinta cerca de la Universidad y especialmente en su biblioteca serena, cubierta de frondosos árboles, en el medio del jardín, especie de Armenonville del escritor cubano.

La lectura nos ha cautivado. Ante nuestros ojos ha pasado la antigua Habana; hemos visto con repugnancia una época que fué; hemos asistido a las últi-

mas tiernas escenas de la esclavitud, a los heroísmos patrióticos, al desplome de una sociedad, al crimen para salvar el honor, a todo un mundo de lágrimas, de goces, de febril agitación, de plácidos y penosos ocasos.

La novela halla comparación en nuestra literatura, solamente, con aquella *Cecilia Valdés,* de Cirilo Villaverde, que ha constituído la pintura clásica de todo un período histórico.

En honor de nuestros lectores, y para su deleite, hemos solicitado del señor Raimundo Cabrera, publicar en folletín su novela. El viejo escritor deseaba mantenerla inédita o para más tarde publicarla para sus amigos. Pero a nuestros ruegos, nos la ha ofrecido. Los lectores están de plácemes. Nuestras tradiciones recibirán una poderosa contribución en las páginas de HERALDO DE CUBA.''

(7 julio 1916.)

''Ya lo decíamos ayer: la novela de Raimundo Cabrera, SOMBRAS QUE PASAN, es, indiscutiblemente, un bello romance de galantería que el fecundo escritor va a permitir saborear a los lectores de HERALDO DE CUBA.

Caracteriza el dramático relato, una prosa incisiva, sobria, sembrada de delicadezas exquisitas y tocada con vigorosas entonaciones de un cubanismo sincero. Cuarenta capítulos forman intersante total de este libro a través de los cuales el lector va como por sen-



da encantada con el espíritu deslumbrado y palpitante.

El galano escritor de esta bella obra, se revela en toda ella un buen novelista. Hay en su hermoso cuento todo el talento analítico y la minuciosa observación que eran de esperarse de las extraordinarias cualidades del eximio escritor y el estilo pulcro y fácil de quien está al tanto de los usos y costumbres de la época en que se desarrolla la acción del libro, no pocas de cuyas escenas podemos decir que las vivió el señor Cabrera.

SOMBRAS QUE PASAN es la primera de una serie, o, por lo menos, de una segunda que se llamará *La Mañana* y en su emocionante relato van envueltas la caída de la familia cubana y la muerte del ideal en las almas durante la cruel lucha redentora del 68.''

(8 julio 1916.)

''SOMBRAS QUE PASAN es un libro de dolor supremo, pero ante todo, es un libro de suprema verdad... Tal nuestra exclamación al volver la última cuartilla del manuscrito de la novela del señor Cabrera, cuyas primicias con tanta galantería nos ofreciera su autor.

En SOMBRAS QUE PASAN, el notable escritor, que no pudo sustraerse a la imperante forma naturalista moderna, desaparece por completo en la acción que narra; él pone en esecena a los personajes, pero nunca se exhibe con ellos al final de una frase ni usa el



recurso docente de la moraleja, o la sentencia. El señor Cabrera ha escrito para que los lectores saquen sus conclusiones; no lo veremos, pues, reir o llorar con sus personajes, cuyo carácter moral y psicológico ha sabido modelar tan sorprendentemente en su *Ricardo* poeta, soñador, idealista puro; en *Julián,* joven filósofo que acepta la revolución como hecho consumado, pero que la cree un error de los teóricos; en *Chavarre,* mulato abnegado, dispuesto a todos los sacrificios; en su *Sunta,* interesante y bella, en el comisario colonial, feroz, sensual y arbitrario...

Y, luego, es admirable la pintura de aquella Habana de 1870, con los restos de sus murallas, sus fosos y su soldadesca. Es un hermoso libro este del señor Cabrera, y de sus bellezas no tardarán en juzgar nuestros lectores.''

(9 julio 1916).

''SOMBRAS QUE PASAN''

''Aún después de las guerras emancipadoras, el pensamiento de nuestra América, quedó sometido a Europa: por las ideas a Francia; por la forma al casticismo de España.

Así, la obra literaria, histórica, política o de mero entretenimiento, novela y poesía, fué libresca, libros que reflejaron libros, con ambiente de París o de Madrid, con raras excepciones, y hasta con paisajes exóticos.



Pero las repúblicas americanas han crecido; al aumento de riqueza, ha correspondido el progreso intelectual; hay ya en ellas movimiento científico, disciplinas filosóficas, naciente mentalidad autóctona, y por consiguiente, literatura con las características nacionales.

La montaña ingente, los grandes ríos, las llanuras dilatadas, son ya en nuestras letras el paisaje en que aspira el hombre, un tipo humano que modeló actitud heroica en las guerras de independencia y también en las frecuentes revoluciones, escribiendo con su sangre hermosos cantos de un nuevo Romancero.

En la evolución de las letras americanas, la novela ha alcanzado éxito brillante: lienzo en el cual se copia la realidad, la pequeña historia cotidiana, trágica con frecuencia, vil a veces, exaltación de la potencia individual bajo el sol ardiente; pero que recoge en sus páginas la naturaleza, campos y ciudades, cuanto muere y nace por las renovaciones del progreso, los recuerdos y tradiciones; el alma colectiva.

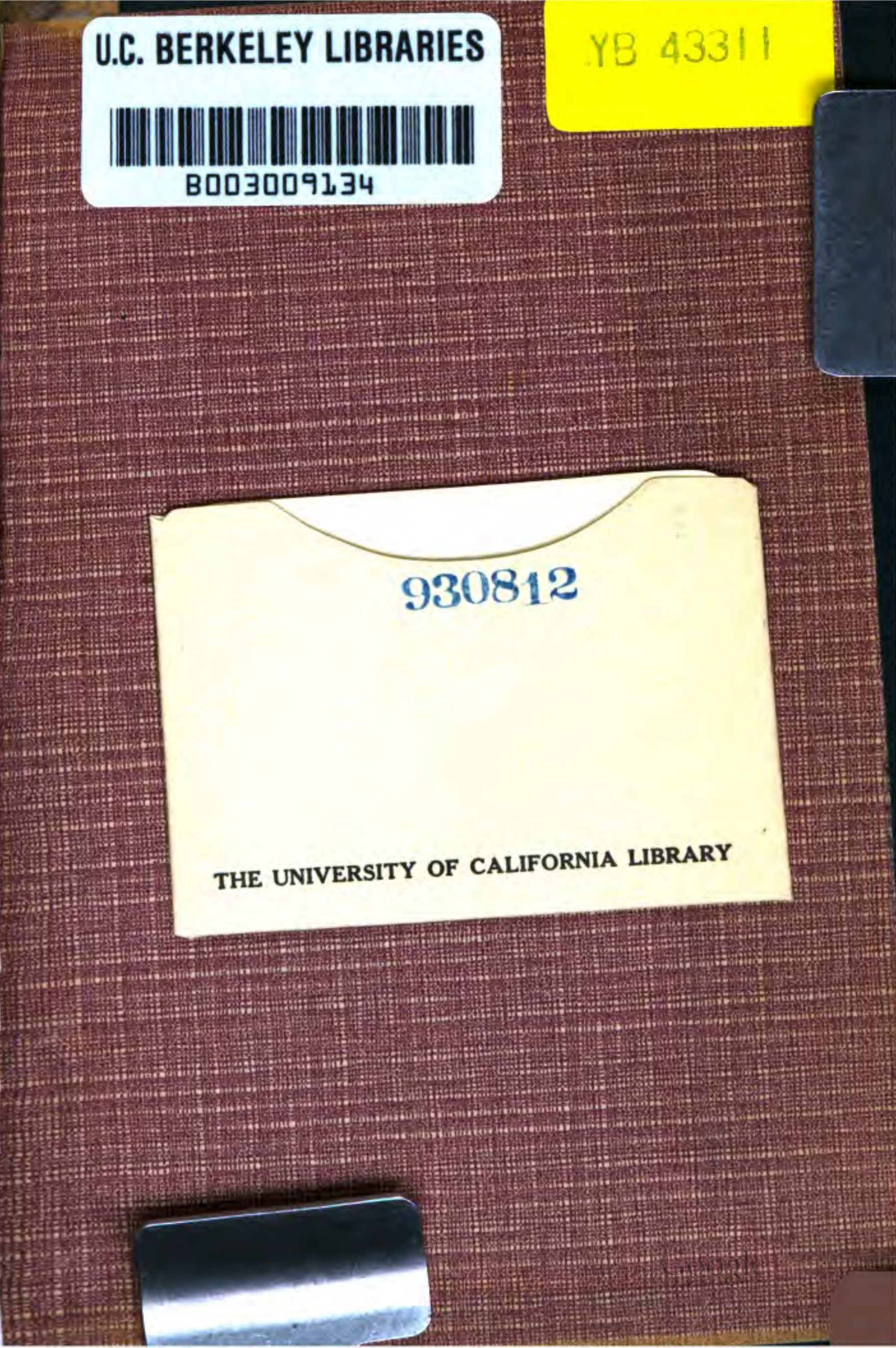
Tales generosos empeños tienen en Cuba precedentes, y no de hoy, en los cuales lo bello del arte se concilia con lo útil social: *Cecilia Valdés, Leonela, La Conjura,* entre otros. A éstos, la pluma prócer de don Raimundo Cabrera, suma uno más: SOMBRAS QUE PASAN, libro evocador, páginas de pasión noble y sincera, escritas con sangre, como aconseja el filósofo, y que por tanto serán perdurables.''

(10 julio 1916).



ÍNDICE

INDICE



U.C. BERKELEY LIBRARIES
B003009134
YB 43311
930812
THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

